

 HARLEQUIN™

Jazmin™



LA MUJER
DEL HEREDERO
MYRNA MACKENZIE

Jazmin

MYRNA MACKENZIE

La mujer del heredero

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Myrna Topol
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La mujer del heredero, n.º 2220 - abril 2019
Título original: The Heir's Convenient Wife
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1307-876-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

EL DÍA en que Regina Landers O’Ryan decidió quitarse la venda de los ojos, hacía un calor terrible en Boston. Aquel día se dio cuenta del gran error que había cometido un año atrás. Se había casado con el hombre equivocado, o más bien, le había permitido a Dell casarse con ella. Y estaba siendo su marido quien estaba pagando el precio del error. Pero al fin se había dado cuenta.

«Está bien, es la última vez», pensó Regina mientras miraba las manecillas del reloj. Dell llegaría pronto a casa. Regina nunca estaba cuando él regresaba de trabajar. A esas horas solía estar en el cuarto oscuro, revelando carretes de fotos. Ella y unas amigas, las Bellas, tenían un negocio de bodas. La empresa se llamaba Bodas Bellas. Con su trabajo se consagraba a convertir en realidad los sueños de las parejas de enamorados. La ironía radicaba en que ella trabajaba dando forma a un romanticismo en el que ya no creía. Pero el problema no era de Regina, sino de Dell. Quizá Dell todavía pudiera encontrar a la mujer de sus sueños. Regina debía dejarlo libre. Decidió sentarse a esperar.

Dell entró en casa. Había vivido toda su vida en aquella mansión. La mansión de los O’Ryan estaba decorada con un gusto exquisito. Nada más entrar, Dell percibió que algo no iba bien. Y no, no se trataba de los fantasmas de la familia O’Ryan. No eran las ánimas de los aristócratas fallecidos lo que le estaban poniendo el vello de punta.

Regina lo esperaba sentada en un vetusto diván que había pertenecido a la familia desde tiempos inmemoriales. Era bastante incómodo. Dell se inquietó de inmediato. Regina jamás lo esperaba.

Al verlo, se levantó a recibirlo. Llevaba en una mano unos papeles. Dell la miró a los ojos fijamente.

–¿Qué te pasa? –preguntó Dell.

–Tenemos que hablar –respondió ella–, ahora.

Regina se aclaró la voz y trató de mostrarse tranquila. No obstante, estaba muy alterada.

–Está bien –contestó Dell.

–No, no nada está bien. Pero qué le vamos a hacer –repuso Regina.

Regina le mostró los papeles que tenía en la mano. El primero era un recorte de una revista local.

–¿Has visto esto? –le preguntó a Dell.

No, no había visto nada. La revista pretendía ser una guía de ocio de Boston, pero en realidad era de cotilleos y rumores.

Dell levantó una ceja sorprendido.

–No, no suelo leer ese tipo de prensa –respondió.

Regina se puso un poco colorada. Dell se dio cuenta que era la primera vez que la veía enrojecer. En realidad no la conocía nada, su matrimonio había sido de conveniencia. Apenas habían pasado tiempo juntos. Ambos vivían bajo el mismo techo pero no se comunicaban. Igual que había sucedido con sus padres, dos extraños viviendo bajo el mismo techo. De todas maneras, la expresión de la cara de Regina lo inquietaba y, además, aquél no era el mejor momento para recibir sorpresas.

Regina asintió con la cabeza. Dell se preguntó si le había leído el pensamiento.

–No. Ya sé que no es el tipo de revista que los hombres como tú leen –dijo–, pero he contrastado la información, y es verdad.

Regina se dio la vuelta, la voz se le entrecortó aunque mantuvo la cabeza alta. Era una mujer de marcadas curvas, pero Dell la encontró más delgada. Mucho más que el año anterior, cuando Regina había entrado en su vida. Había sufrido mucho los últimos meses y si estaba infeliz, en parte era por culpa de Dell. Sin duda sus acciones, intencionadas o no, la afectaban.

–Así que has comprobado datos. Y dime, ¿cuáles son esos datos? –dijo Dell con tono áspero.

Regina se dio la vuelta para mirarle de frente.

–Estuviste a punto de casarte con Elise Allensby cuando tú... cuando nos...

–Nos casamos –completó Dell.

–Ya, pero sólo te casaste conmigo para ayudarme. En realidad querías casarte con Elise. Todo el mundo estaba esperando que anunciarais el compromiso. Yo no sabía nada de eso. Si lo hubiera sabido, no te hubiera... por lo menos eso creo... no te hubiera dado el sí –concluyó Regina obviamente perturbada.

–No te hagas eso a ti misma, Regina –le ordenó–. Si lo que piensas es que destruiste mi historia de amor, no es verdad. Elise y yo jamás hablamos de matrimonio. Y no me rompió el corazón.

Pero en cierto sentido, Regina tenía razón. Si Dell no se hubiera casado con ella, era verdad que se habría planteado afianzar la relación con Elise. De hecho, así lo había hecho antes de contraer matrimonio y exclusivamente por motivos de carácter práctico. Dell no era un hombre romántico, su vida era el imperio O’Ryan. Y Elise provenía de buena familia, además de ser guapa y lista. Ella hubiera sabido cómo comportarse en público.

Sin embargo, desde que se había casado con Regina, no había acudido a ningún evento social con ella. Pero no por culpa de Regina. Dell había tomado la decisión de no tener una vida social compartida. No quería exigir nada a Regina en sus circunstancias. Dell siempre había tenido la sensación de que no tenía derecho a pedirle nada.

–¿Y a ella, le rompiste el corazón?

–No lo sé –respondió Dell. Aunque guardaba un secreto. Nunca le había hablado de la visita privada que Elise había hecho a su despacho el día después de la boda. Nunca había visto a Elise tan emocionada como aquel día. De hecho, había sido la única vez en la que había revelado sus emociones ante él. Pero todo eso había pasado hacía más de un año. Aunque Dell seguía pensando que, por proteger a una mujer, había herido a otra.

Hizo una mueca.

–¿Y por qué le ha dado a esa basura de revista por escribir sobre este tema? –Dell se aproximó un poco más a ella–. Puede ser que Elise hubiera contemplado la posibilidad de casarse conmigo. Y puede que alguien más hubiera barajado la opción. Pero yo jamás se lo propuse. Ya sabes que, si le hubiera prometido algo, o si se hubiera quedado embarazada, habría hecho lo correcto, Regina.

Regina se recostó en el diván. Su respiración era pesada y profunda.

–Sé que habrías hecho lo correcto. Crees en el valor del deber. Fuiste tú quien me rescató.

«Sí, aunque no sirvió de nada», pensó Dell. Regina ya no era una mujer desesperada. Ya no era la mujer necesitada con la que se había casado. Ahora tenía confianza en sí misma y un trabajo con el que disfrutaba. Pero sus ojos no se iluminaban como antes, ya no tenían aquella chispa.

Dell todavía se acordaba del brillo en la mirada de Regina cuando un día, dieciocho meses atrás, se había presentado en su casa. Le habían llevado a ella, por equivocación, el correo de Dell. Desde aquel día, a Regina sólo le habían pasado desdichas. Y Dell había sido el responsable involuntario de muchas de ellas.

–Ya sabes que en lo que a ti respecta, no siempre he hecho lo adecuado –le confesó Dell.

Regina negó levemente con la cabeza. Su cabello castaño rozó la blusa de color amarillo pálido.

–Yo tampoco he hecho siempre lo correcto en lo que a ti se refiere. La semana pasada...

Regina frunció el cejo y empezó a caminar.

Dell se acercó a ella impidiéndola que avanzara. Se acercó más para intentar descifrar la expresión de su rostro, pero ella se resistía a ser observada.

–¿Qué ocurrió la semana pasada? –preguntó Dell. Regina soltó un fuerte suspiro.

–Estaba en una boda haciendo las fotografías. De repente una señora mayor, Adele Tidings, se fijó en el nombre de mi pegatina de identificación. Me preguntó si tenía lazos de sangre contigo. Cuando le dije que era tu esposa, se preguntó cómo era posible que no me hubiera visto en los actos sociales en los que te había visto a ti solo. Entonces me di cuenta de lo horrible de la situación. Y no supe qué decirle. Así que la mentí. Le dije que había estado enferma durante mucho tiempo.

–Regina. Adele es buena persona, pero se mete donde no la llaman. No tiene ningún derecho a preguntarte sobre asuntos personales. No te preocupes por ella –le intentó tranquilizar Dell. Pero Regina negó con la cabeza.

–Pero tú y yo sabemos perfectamente que no he estado enferma. Tú me ayudaste a recuperarme casándote conmigo. Pero desde entonces, ni siquiera me he planteado acompañarte a ningún acto social. Aunque sabía perfectamente que era parte del trato, de tus negocios. En definitiva, no he cumplido mi parte del trato.

–Regina, no hicimos ningún trato. Nos casamos por una buena razón, aunque fuera poco convencional. Y también es verdad que este año no ha sido el más alegre de nuestras vidas. No tienes por qué disculparte.

Pero Regina no lo creía. No le convencían las razones de Dell.

–Jamás me has mencionado nada –continuó Regina–, pero en este artículo dicen que se rumorea que tienes planes de abrir una sede en Chicago. Dice que alguno de tus ricos clientes te está presionando para que expandas tus negocios por esa zona y que una mujer ha reunido a un grupo de amigos de influencia para convencerte de que te mudes allí. Están dispuestos a hacer todo lo que sea necesario, a darte toda la cobertura económica para que te marches a Chicago. Sin embargo, tú pareces negarte a pesar de que es una oportunidad única. Incluso la ciudad de Chicago piensa que sería un gran éxito tenerte entre ellos. Y grandes personalidades de la ciudad se preguntan cómo es posible que rechaces tal oferta.

Dell dejó escapar un sonoro suspiro.

–Muchas veces, la gente hace elucubraciones sobre cosas de las que no tienen la menor idea.

–De hecho la revista dice que no te planteas mudarte porque tu esposa tiene un negocio en Boston y no quieres enfadarla con una mudanza a otra ciudad –continuó Regina.

Parecía tan enfadada, pero tan dulce al mismo tiempo, que a Dell le dieron ganas de sonreír.

–Pues tendríamos que hacerles saber que la sede del negocio está precisamente en Boston. Que aquí también está la casa familiar donde quiero vivir y que quizá lo que realmente pase es que no me apetece expandir el negocio al Medio Oeste.

Regina frunció el ceño.

–¿Es ésa la verdadera razón? –le preguntó.

No. No era verdad. A Dell le encantaba Chicago. Y llevaba tiempo pensando en expandir su negocio a esa zona. Pero hubiera sido una locura por su parte abandonar a su frágil mujer en ese periodo tan delicado. En aquel momento no se podía permitir ni viajar ni el nivel de trabajo que la expansión le exigiría. No podía embarcarse en un proyecto tal con Regina en aquel estado. Sí, los rumores eran ciertos, al menos en parte. Pero los O’Ryan siempre se habían caracterizado por priorizar a la familia y Dell conservaría la buena reputación del apellido. Abandonar a su mujer, sólo un año después

de la boda, haría correr como la pólvora los rumores.

–Sólo te digo que, como en todo en la vida, no existe una única razón detrás de una decisión, sino un cúmulo de circunstancias –le dijo a Regina, dando un rodeo a la pregunta que le había planteado–, y no quiero que te preocupes por esto, ya me encargaré yo.

Regina se levantó y se acercó a él.

–Cuando tú tenías seis años y yo tenía diez no nos conocíamos. Pero como todo el mundo en la ciudad, sabía perfectamente quién eras. Recuerdo que un día de verano pasé por delante de tu casa. Tu padre te estaba explicando por qué un O’Ryan no podía andar descalzo por ahí como hacían los otros niños. Tenías en los ojos una mirada de deseo, de inocencia. No te dabas todavía cuenta de que vivíamos en mundos totalmente diferentes. Me diste pena. Y creo que acabo de ver esa misma mirada en tus ojos ahora mismo. Los rumores son ciertos. Te gustaría ir a Chicago. Pero no lo haces porque te sientes responsable de mí. Bueno, pues ya está bien. Dell, quiero que pongamos fin a este matrimonio.

Aquella última frase le pilló desprevenido. Sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el pecho. El dolor le atravesó el cuerpo.

–¿Perdona? –logró decir Dell–. ¿Por qué?

Una triste sonrisa se apoderó de los labios de ella. Los ojos castaños también se entristecieron.

–Nos casamos por los motivos equivocados. En aquel entonces, nos parecieron razonables. En parte, tú querías protegerme. Y te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Todo lo que has sacrificado por mí. Sabes lo agradecida que estoy, pero ya no estoy a la deriva. Y no soy el tipo de mujer que necesita sentirse protegida, Dell, no tenemos nada en común.

–Sí. Tenemos un matrimonio en común.

Dell no sabía bien qué estaba haciendo, por qué estaba discutiendo. La realidad era que no tenían absolutamente nada en común. Eran dos personas totalmente distintas.

Regina soltó una carcajada. Deliciosa y suave.

–Sabes perfectamente que no es suficiente. Tú perteneces a la vieja guardia, a una familia de aristócratas, estás acostumbrado a acatar órdenes y a hacer lo correcto. Y yo en cambio soy un poco salvaje y caótica. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

Dell abrió la boca. Regina le puso la mano sobre los labios para impedir

que hablara.

–No tienes por qué defenderme. Me he pasado la vida entera tratando de parecerme a lo que mis padres querían que fuera. Pero por fin me he dado cuenta de que soy diferente. Y no sólo eso. Me gusta serlo, disfruto siendo distinta. Y por fin he aceptado mi creatividad y mi tendencia al desorden. Por su puesto, no encajo en tu mundo. Es cierto que te sacó cuatro años, pero tú siempre has sido el adulto. Y yo siempre he sido la... no sé. Siempre he sido yo misma.

–Pero es que no hay nada malo en ti –repuso Dell.

–Sí. Es verdad, no hay nada malo en mí. Lo único es que no te convengo y....

–Y yo no encajo contigo –completó Dell.

Regina lo miró con angustia.

–No he querido decir eso. No busco un romance. No quiero nada de eso, así que no te preocupes por mi vida amorosa –repuso Regina.

–¿Crees que estoy interfiriendo en tu vida amorosa?

–¡No! –la voz de Regina sonó un tanto vehemente, lo que hizo que Dell tuviera ganas de sonreír. Pero se contuvo.

–Mentirosa. Ser una O’Ryan no es precisamente divertido si no estás acostumbrada –siguió Dell.

Regina miró de reojo la revista que todavía tenía en la mano.

–La gente te mira con lupa, te juzgan. Y yo no te estoy ni siquiera ayudando –dijo.

–Regina, yo no estoy preocupado –respondió Dell.

Por lo menos no estaba preocupado por eso. Existían razones de peso que justificaban la ausencia de Regina en actos sociales. Su matrimonio no era normal. Desde luego, no era el matrimonio perfecto que ambos hubieran elegido. Y no les había traído satisfacciones.

La mirada de Regina reflejaba dolor.

–Todos los días atiendo a mujeres felices en la tienda. Están felices porque se van a casar y es lo que más desean en este mundo y así es como debe ser. Admítelo, Dell, lo nuestro no funciona. No somos una pareja normal. Ni siquiera nos tocamos.

Las últimas palabras las dijo en voz muy baja.

Dell suspiró.

–Pero podríamos tener una relación física –le propuso a Regina.

Dell jamás la había tocado, sólo como a una amiga y antes de casarse. La noche de bodas Regina no había podido evitar llorar. Había sollozado en silencio y Dell se había dado cuenta y se había detenido. A partir de aquella noche, Dell se había limitado a ganarse el pan y llevar dinero a casa. Había estado dispuesto a ser paciente, a esperar.

–No, no podemos hacerlo, no funcionaría. Sería una farsa –continuó ella.

Dell estudió las facciones de Regina. Evidentemente, había pensado con cuidado lo que le estaba diciendo.

–¿Y cómo estás tan segura de que no funcionaría?

Regina pestañeó. La pregunta la había sorprendido.

–Quiero decir el matrimonio –continuó Dell–, no me refiero a la parte física. ¿Cómo estás tan segura de que nuestro matrimonio no va a funcionar?

Regina miró a Dell. Los ojos de ambos se encontraron.

–Porque no ha funcionado –dijo ella con seguridad, recordando los meses pasados.

Dell también recordaba los meses pasados. Pensaba que Regina había dejado de ser una mujer feliz el día en que se había casado con él. Dell se había pasado la vida aprendiendo a comportarse como un O’Ryan. Se había empeñado en cuidar la reputación de la familia. La boda con Regina disipó cualquier atisbo de escándalo. Pero al mismo tiempo hizo que dejara de lado su vida personal, como si ya hubiera cumplido con la misión encomendada. El matrimonio no había sido satisfactorio, pero sin embargo...

–En realidad no hemos intentado que el matrimonio funcione, ¿verdad? –le preguntó a Regina–. Dices que a Adele le sorprende que no se te vea más conmigo, pero es que de hecho nadie nos ha visto juntos. Es como si sólo estuviéramos casados en el papel.

–Pero hay una explicación para todo. Te casaste conmigo casi obligado.

Dell se contuvo, no quería reaccionar de manera inapropiada.

–Yo elegí casarme contigo, Regina –dijo esto aún sabiendo, en lo más profundo de su ser, que no era del todo verdad. Se había casado con Regina por muchas razones. Entre ellas por honor, porque se sentía culpable, porque sabía que era su deber. Y sobre todo, para proteger el nombre de la familia y el de ella.

Pero ¿la había protegido? ¿Había hecho las cosas bien?

Quizás. Pero lo cierto era que desde el día en que Regina le había llevado aquellas cartas, se habían distanciado. Tanto que parecían amigos lejanos.

Regina no era el tipo de mujer con la que Dell hubiera salido, tampoco con la que se hubiera acostado ni a la que hubiera elegido para traer al mundo al próximo heredero O’Ryan.

Sin embargo, a Dell le gustaba Regina. Era cálida y espontánea. No se conocían mucho, pero hubieran podido llegar a ser buenos amigos si él no hubiera cometido aquel error. Si él no hubiera tomado aquella infame decisión que había puesto el mundo de ambos patas arriba obligándoles a convertirse en marido y mujer.

Y de nuevo se encontraban en un momento difícil. Obligados a tomar una decisión complicada. Una decisión imprudente. Pero él no era un hombre alocado. Eran las emociones exacerbadas las que producían decisiones inapropiadas. Y él era un hombre que sabía controlar las emociones. Sabía que la irresponsabilidad sólo conducía al dolor, la ruina y la frustración.

–Elegí casarme contigo –dijo de nuevo Dell–. Pero no he sido un buen marido. Y creo que antes de tirar la toalla, deberíamos darnos la oportunidad de enmendar este matrimonio.

Regina respiró profundamente. Avanzó unos pasitos, claramente perturbada.

Dell la siguió. De repente Regina se dio la vuelta y casi se tocaron. Estaban más cerca el uno del otro de lo que jamás habían estado. Dell percibió el sutil perfume a miel de ella. Sintió un pequeño arrebató de deseo. Se controló.

–Pero tú no me quieres –dijo ella–. Elise...

–No –repuso Dell–, no te quiero. Pero tampoco quiero a Elise. No estoy interesado en el amor. Y no creo que el amor sea el factor más importante en un matrimonio. Además, acabas de decir que tú tampoco buscas amor ni un romance. Podemos intentarlo. Podemos seguir casados. Ya lo estamos, ¿por qué abandonar ahora?

–Porque ahora que puedo pensar con claridad, me he dado cuenta de que no seré una buena O’Ryan.

–Demasiado tarde. Ya eres una O’Ryan.

–Pero sólo debido a un ritual y a un papel. De hecho, ni siquiera me acuerdo de la ceremonia.

–Pero todo eso cuenta también –repuso Dell.

Regina le sonrió levemente, con una sonrisa encantadora. Dell tuvo que contener un instinto masculino que le impelía a acercarse más a ella.

–Dell. No he tenido un buen año. Pero por fin he recuperado mi sentido del equilibrio y mi independencia. Ayúdame a salir de aquí. Sólo intento hacer lo

correcto.

Dell negó con la cabeza.

—Estás intentando hacerme un favor. Intentas dejarme libre para que siga con mi vida. Pero el divorcio no es la solución. No cuando ni siquiera lo hemos intentado. Estamos casados Regina. Y eso es innegable, a pesar de que no nos casáramos como tus clientes se casan. Por lo menos deberíamos darnos la oportunidad de conocernos antes de iniciar el camino del divorcio. Puede que tengamos éxito. De hecho, si tenemos éxito, nos evitaremos muchos problemas y toda la farándula y mala prensa que se da a los jóvenes matrimonios que se divorcian demasiado pronto. ¿Entiendes?

Regina parecía un poco contrariada, pero asintió.

—Sí. Supongo que sí.

Pero ¿como era posible que Dell hubiera adivinado que lo estaba haciendo por él?

—¿Qué periodo de prueba nos ponemos? —le preguntó.

—¿Qué te parecen dos meses? ¿Suficiente como para conocernos y convertirnos en una pareja?

—No sé —dijo Regina—, me da la sensación de que no es justo para ti.

A Dell le parecía lo mejor que podían hacer. Los O’Ryan jamás actuaban por impulso. De hecho, el único impulso que había seguido en su vida había sido casarse con Regina. Y el fracaso de aquel matrimonio era la prueba de que las cosas meditadas y lentas salen mejor.

Regina había sido una habitante silenciosa y extraña en la casa. Dell había aceptado ese hecho y, con el tiempo, ella se había curado. Sus ojos volvían a brillar. Ahora era una mujer con energía que estaba renaciendo de las cenizas. Pero Dell apenas la conocía. Quería por lo menos conocer a la mujer de la que se suponía se iba a divorciar. Y bueno, quizás decidieran seguir casados... Había llegado el momento de hacer las cosas bien. Despacio y metódicamente.

—Si todavía te agobia que no seamos una pareja al uso, no te debes preocupar más —le dijo—. Lo mejor para un matrimonio es no estar enamorados. El amor sólo trae complicaciones, decisiones aceleradas y equivocadas. Si lo piensas, los lazos emocionales harían el divorcio muy difícil, si es eso lo que ocurre en un futuro.

Decisiones aceleradas. Dell se maldijo a sí mismo cuando escuchó esas palabras salir de su boca. Regina se había quedado de piedra al oírlas. Dell se acercó a ella y le tocó la barbilla con el dedo índice.

–Vamos a darle a nuestro matrimonio la oportunidad que se merece –le pidió.

Despacio, Regina asintió. Dell sintió el contacto de la mandíbula de Regina en su mano y sintió la urgencia de acariciarla.

–Si es eso lo que quieres –respondió Regina.

Dell no tenía ni idea de lo que quería. Lo único que sabía era que quería tomar decisiones racionales. Aunque cuando miraba a Regina su racionalidad se tambaleaba un poco. Ella alzó la barbilla. El dedo de Dell acarició el cuello de Regina y disfrutó de aquella piel suave. Una piel pensada para la caricia masculina.

–¿Y qué vamos a hacer con la parte física? –le preguntó Regina de repente, como si le estuviera leyendo el pensamiento. El cuerpo de él se puso tenso. Regina lo miró con preocupación. Él se aclaró la garganta.

–Ese tema puede esperar –contestó tratando de tranquilizarla. Dell se preguntó si su voz habría sonado normal–. Por ahora sólo nos estamos tomando un tiempo para ver si podemos estar juntos.

–O para ver si nos separaremos –añadió Regina.

Dell tuvo la sensación de que Regina ya había tomado su decisión. Estaba decidida a terminar con el matrimonio. Y probablemente así sería. De hecho, no tenían nada que ver el uno con el otro. Pero un O’Ryan nunca se amedrentaba ante un reto. Tenía que darlo todo en la batalla.

No podía resignarse a dejar marchar a su esposa sin haber probado sus besos. Dell se dio cuenta de la nueva atracción que estaba sintiendo por ella. Por aquella piel de seda y aquellos labios sensuales. Sabía que tendría que controlarse. Tenía que hacer las cosas bien. No se podía dejar llevar por los impulsos. Pero la imagen de aquellos labios carnosos siguió revoloteando en su mente mucho después de que Regina se fuera.

Capítulo 2

AL DÍA siguiente, Regina estaba en su despacho de Bodas Bellas. Estaba haciendo como que revisaba los horarios de la semana siguiente para distraerse y no pensar en su futuro. No quería pensar que en un plazo corto de tiempo tendría que volver a casa. La conversación de la noche anterior con Dell la había alterado un poco. Con ese porte alto y delgado, con ese cabello siempre bien peinado y esos ojos calculadores de color ámbar, Dell era el representante perfecto de la élite.

Regina se volvió a sentir ridícula. ¿Cómo era posible que un hombre como él se hubiera casado con una mujer como ella? Era un desastre y no le convenía a Dell en absoluto.

Regina odiaba aquella sensación. Le recordaba demasiado a sus padres, a cómo siempre la habían advertido para que usara la lógica antes de tomar decisiones.

«Ojalá fuera tan sencillo», pensó. A ella le hubiera encantado ser el tipo de mujer sofisticada que sabía hablar a un hombre como Dell, con aquel tono aristocrático. El tipo de mujer que no se ofuscaba. La conversación de la noche anterior no había salido como ella había esperado. De repente, se acordó de la sugerencia que Dell le había hecho. Comenzar de cero en su matrimonio e intentar gozar de una relación física.

El pensamiento le provocó tal espasmo que el lápiz que tenía en la mano rodó por el suelo. Cuando se agachó a recogerlo golpeó un álbum de fotografías que cayó al suelo causando un gran estruendo.

—¿Estás bien? —le preguntó Julie desde la recepción.

La verdad es que no, no estaba bien. Hacía dos días hubiera dicho que sí, que estaba estupendamente. Pero la nueva situación con Dell la había alterado de tal manera que sentía como si su corazón fuera a un ritmo más acelerado de

lo normal.

–Estoy perfectamente –respondió mientras se agachaba a recoger el álbum.

–Genial. ¿Podrías venir un momento? –la voz de Julie sonó tensa. Regina se apresuró hacia la recepción. La luz del atardecer se colaba por los ventanales, tiñendo de un color dorado la estancia decorada en tonos ocres y suelos de madera. Casi era la hora de cerrar. No quedaba ningún cliente y la tienda estaba tranquila. Todo parecía normal. Lo único fuera de lo corriente eran las cajas de margaritas amarillas que había en la puerta de la entrada.

–¿Y estas cajas de dónde han salido? –la voz era de Serena, que estaba saliendo de su oficina cargando con una pieza de satén del vestido en el que estaba trabajando–. Callie, ¿has encargado las margaritas? ¡No tengo ni un vestido que vaya a juego con el color de estas margaritas!

–A mí no me mires. No las he encargado yo –respondió Callie con los ojos verdes abiertos como platos asomándose del taller donde preparaba los arreglos florales. Se quedó mirando las misteriosas cajas–. No ha habido ningún encargo de margaritas últimamente.

–No. Deben de ser para Bella –Natalie se metió unas cuantas recetas de pasteles en el bolsillo mientras se acercaba a examinar el contenido de las cajas.

–Tendríais que haber visto el espectáculo cuando llegó el repartidor con toda la carga de margaritas en los brazos –informó Julie a las demás–. Me ha dado un poco de pena verle cargar una y otra vez, y yo sentada aquí. ¿Dónde las ponemos?

–No lo sé, pero desde luego don Perfecto quiere dar la nota –Audra soltó un silbido–, la verdad es que no sabía que Bella tuviera debilidad por las margaritas. Pero desde luego, como contable, tengo que admirar la generosidad de este hombre.

–Por lo visto la cita fue bastante bien –añadió Regina.

Unas amigas de Bella le habían presentado a aquel hombre con la esperanza de que volviera a enamorarse.

–Lo mismo ya ha encontrado a su don Perfecto –dijo Callie.

El asunto de si era cierto o no que a cada mujer le correspondía su príncipe azul había salido en varias ocasiones en las partidas de póquer que solían jugar todas las semanas. Todas las Bellas eran amigas desde hacía años, mucho antes de que pusieran el negocio juntas. Y los hombres eran un tema de conversación frecuente entre ellas. Aunque Regina no se sentía siempre a gusto

hablando sobre ese tema. Nunca habían logrado ponerse de acuerdo sobre la cuestión del príncipe azul. Algunas de las Bellas, como Regina, habían tenido relaciones desastrosas en el pasado. ¿Existía el príncipe azul? Podía ser que sí. En tal caso, Regina estaba convencida de que su príncipe azul vivía en otro planeta y no tenía previsto aparecer por la Tierra.

Sonó la puerta al abrirse y Bella hizo acto de presencia. Ella vivía en el apartamento de arriba y probablemente hubiera decidido bajar a la tienda al oír el ruido de la conversación. Todas tenían en mente la cita del día anterior y las margaritas, desde luego, no eran fáciles de ignorar. La presencia de Bella era imponente. Era una mujer alta, de amplias curvas, y de una belleza radiante. Llevaba el pelo plateado arreglado en un moño. Era una mujer que llamaba la atención sin proponérselo. Además era la persona más generosa y amable que Regina había conocido en su vida. Bella había heredado el edificio entero y allí había montado su apartamento y la tienda. Era la dueña del negocio y se ocupaba de todas las Bellas como si fueran hijas suyas. Todas la querían y todas se estaban preguntando qué significaban aquellas flores.

–Bueno, ¿es tu príncipe azul o no? –preguntó Audra. Bella dejó escapar un suspiro.

–Cariño. Me temo que yo ya he conocido a mi príncipe azul, y cuando Mathew murió se acabó para mí. No habrá ningún otro príncipe. Ahora sólo quiero encontrar a un hombre con el que pueda sentirme acompañada, poco más. Pero desde luego éste no es. Al principio fue bien, pero luego se comportó como un patoso. Casi me arranca el botón de la manga de mi mejor blusa de seda.

–Bueno, pues entonces, ya es historia –dijo Regina mientras daba un abrazo a su amiga. A Bella le encantaban las cosas de calidad. Especialmente la ropa–. Supongo que ni siquiera te preguntó antes.

Bella le devolvió el abrazo.

–La verdad es que casi le dejé impedido, por el bien de otras mujeres –dijo–. Me lo quité de encima fácilmente. Le di un golpe en la cabeza con el bolso y le enseñé dónde estaba la puerta.

Julie se rió. El bolso de Bella era un arma arrojadiza. Era inmenso.

–Pues da la impresión de que está arrepentido –dijo Natalie señalando las flores–, o lo mismo no. Son un poco patéticas estas margaritas.

–Cariño, qué más da –dijo Bella con su delicioso acento sureño–. Era lo último que me faltaba. Ni siquiera me lo pasé bien y fue bastante embarazoso.

¡Imagínate, una mujer, a mi edad quitándose de encima a un hombre! A pesar de las constantes llamadas de mi amiga Rae Anne para que siga en el mercado, se acabó lo de salir con hombres. Ahora me dedicaré a sentarme a disfrutar de vosotras y de vuestra compañía. Y a dejar que el resto de las mujeres se dediquen a buscar el amor.

Una cascada de objeciones airadas se escucharon en la habitación. Regina y todas las demás tenían sus historias de amores y desamores. Pero todas deseaban que Bella encontrara a un hombre que la supiera apreciar.

–Tengo la tienda, una buena vida y os tengo a todas vosotras. Sois mi familia –insistió Bella, eso es todo lo que necesito. Así que dejad ya de preocuparos por mí. Tenemos trabajo que hacer, bodas que planear y vosotras una vida que vivir.

Esto último lo dijo con un destello maternal en la mirada. Las miró a todas, una a una. Cuando la mirada de Bella se posó en la de Regina, ésta quiso temblar. Todas las Bellas habían estado muy preocupadas por ella el año anterior. Y ellas eran sus mejores amigas. De verdad se preocupaban por ella. Pero no les podía revelar lo que había hablado con Dell la noche anterior o se sentiría como si lo estuviera traicionando. No podía traicionar al hombre que había dado tanto por ella.

–Dell está pensando en abrir una sede en Chicago –dijo finalmente. ¿Por qué ponían todas sus amigas esa cara de sorpresa?–. ¿Qué? –les preguntó Regina.

Audra negó con la cabeza.

–Nada. Es que normalmente no cuentas nada sobre tu marido. Suele costarte mucho, siempre hay que preguntarte.

–Ya lo sé. Supongo que es porque... –«no estoy bien», pensó Regina. Después de la conversación que había tenido la noche anterior–. Es que estoy contenta –dijo un poco torpemente–, estoy contenta porque los negocios le van bien.

Por todos los santos, ¿por qué estaba divagando de esa forma? Probablemente porque se había comprometido a actuar como una esposa. Como el tipo de esposa que Dell hubiera tenido. ¡Y no tenía ni idea de cómo hacerlo! Para transformarse en la esposa perfecta tendría que, en primer lugar, ver más a Dell, pasar más tiempo junto a él y empezar a pensar incluso en el contacto físico.

De hecho, la memoria del dedo de Dell en su barbilla la produjo una gran

sensación de bienestar. ¡Dios mío, necesitaba un abanico!

–Regina, estás temblando –le dijo Natalie.

–Sí que debes de estar muy contenta por las últimas aventuras empresariales de Dell –espetó Callie, arqueando una ceja.

–Pues sí, y Dell debe de estarlo también –dijo Serena.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Regina, pero su amiga estaba concentrada mirando por la ventana.

Regina se asomó también a la ventana y se quedó de piedra al ver cómo la figura de Dell, en un traje negro, se acercaba a la tienda. El corazón de Regina se puso a cien por hora. Le pareció ridículo.

–Eh..., él..., lo mismo tiene algo que hacer en la tienda –dijo Regina dándose cuenta de lo tonto que sonaba lo que acababa de decir. Sabía perfectamente lo que Dell estaba haciendo. Su matrimonio estaba en periodo de pruebas. Y Dell empezaba con fuerza.

–Humm, mira que tiene poder este hombre, pero la verdad es que una no piensa precisamente en negocios al verlo –reflexionó Bella.

No. Definitivamente no. Incluso con aquella expresión seria en la cara, Dell era imponente. De hecho, de camino a la puerta Dell se cruzó con varias mujeres que parecieron derretirse a su paso.

Regina frunció el ceño sin saber muy bien por qué.

–Sí, la verdad es que es un hombre atractivo –admitió finalmente.

Natalie arqueó una ceja en señal de asombro.

–Lo dices como si te acabaras de dar cuenta –respondió Natalie.

–Pues claro que no –contestó Regina sin decir toda la verdad. Siempre había hecho todo lo posible por evitar darse cuenta. Seguramente porque, en realidad, su matrimonio jamás le había resultado real.

–Creo que es la primera vez que te oigo decir algo así sobre Dell –añadió Audra.

–Bueno, seguro que no es la primera vez. Es mi marido. Y tiene un cuerpo de impresión. Tengo que haber comentado algo antes –las palabras salieron de manera poco natural de la boca de Regina. Era como si estuviera esperando a que un desastre sucediera de manera inminente.

Llevaba casi un año intentando no pensar en Dell como en su marido. Cuando se habían casado, Regina había estado embarazada de un primo de Dell que la había abandonado. La había dejado desamparada, confiando en que Dell la rescataría. Y así había sido. Por supuesto que sí. Después de todo

habían estado en juego el honor y el nombre de la familia. Además del futuro de un bebé. Dadas las circunstancias, Regina siempre había concebido a Dell como su salvador y no como su marido. El matrimonio les había convertido en compañeros de piso, nada más. Y después, después del aborto... El mero recuerdo de aquel trance le hacía quedarse sin respiración. Después de aquello, Regina había pensado lo mínimo sobre su relación con Dell. Hasta aquel momento.

–Es mi marido –añadió Regina.

«Por lo menos lo será dos meses más», pensó.

–Ya, ya lo sabemos cariño –dijo Bella–, y por lo visto él también, por eso está aquí.

Regina se miró a los pies. Calzaba unas alpargatas de color rojo.

Había pensado que, a pesar de la conversación, todo iba a seguir igual. La misma rutina de siempre, que nada iba a cambiar. Se dedicaría a pasar la mayor parte de su tiempo en la tienda, donde se sentía libre y segura de sí misma. Entre tanto, Dell pasaría el día en su despacho en el centro de la ciudad y en la mansión.

Obviamente, Regina se había equivocado. Ahí estaba aquel hombre con una masculinidad imponente. La viva imagen del hombre respetable. Y allí estaba ella, una insignificante mujer, una mujer de lo más normal. Una mujer que sólo se mostraba confiada y segura apretando el gatillo de una cámara de fotos. No tenían nada que ver.

–Regina, te veo un poco pálida, ¿te encuentras bien? –le preguntó Julie mientras se acercaba a ella, en un gesto protector. Regina asintió con la cabeza.

–Oh, sí, sí. Estoy estupendamente. Sólo que me ha pillado un poco desprevenida –aseguró.

Y no tuvo más tiempo para ponerse en guardia. En aquel instante, Dell empujó la puerta. Al entrar, la campanilla de la puerta sonó como si quisiera decir: «Aquí estoy, soy Dell. Y ahora todas las mujeres a comportarse como bobas».

«Yo no. No me comportaré como una boba», pensó Regina. Acto seguido fingió una sonrisa e intentó seguir con el plan acordado.

–Dell, ¡qué alegría verte! –exclamó en tono un poco forzado. Evitó cruzar la mirada con las Bellas. Trató de ignorar el hecho de que sus Bellas se preguntarían a qué se debía aquel cambio de actitud. Había pasado de ser una

esposa pasiva e indiferente a una que alababa a su marido en público y a quien se le dibujaba una sonrisa tonta cuando lo veía.

A Dell se le puso una expresión de sorpresa en el rostro.

–Yo también me alegro mucho de verte –contestó.

–Yo... ¿Necesitas algo? –le preguntó Regina. Porque, ¡menuda sorpresa verte por aquí!

–Pues no...ya sabes, estamos casados –le recordó Dell.

A pesar del riesgo que suponía, Regina miró a Dell a los ojos.

–Ya lo sé –de hecho, se sentía como una recién casada. Como una novia recién casada que apenas conoce a su recién estrenado marido. La mirada de Dell se posó, imperturbable e intensa, sobre los ojos de Regina.

–He pensado que podríamos salir a cenar fuera esta noche –propuso él.

La voz de Dell sonó suave. Regina sabía que sólo estaba haciendo un esfuerzo para cumplir lo pactado. Pero no pudo evitar sentirse un poco revuelta al ver que sus Bellas la observaban. ¿Se estaría mostrando atolondrada como todas las mujeres con su marido? ¿Qué pasaría si alguien la fotografiara en aquel momento, con aquella cara de tonta? ¡Sería una gran humillación, una vergüenza!

Regina intentó apartar aquellos pensamientos.

–¿A cenar juntos? Suena... bien.

Dell soltó una carcajada.

–Tal y como lo dices parece que te estoy forzando a quedarte un mes en casa viendo películas –respondió Dell.

Regina no se pudo contener y soltó una carcajada.

–Sí estaría bien salir a cenar –repitió ella.

La verdad es que Dell no tenía la culpa de su atractivo.

–Voy a por el bolso y la cámara y nos podemos marchar –anunció Regina.

Pasó por delante de sus amigas, que la lanzaron miradas de interrogación. Regina sabía que estaba colorada y que se le había notado que había pasado un mal rato. Pero ninguna de ellas le hizo ningún comentario a Dell. Cuando Regina salió con sus cosas, sus Bellas y Dell charlaban animadamente sobre Chicago. Las Bellas de Bodas Bellas se protegían las unas a las otras y también respetaban y aceptaban los límites de cada una. Y eso era algo que Regina adoraba de ellas. Todas sabían perfectamente que Regina no estaba preparada para conversar sobre los detalles de su matrimonio.

Lo que estaba bien, sobre todo teniendo en cuenta que no había nada de lo

que hablar.

Hasta ese momento.

Haciendo un esfuerzo por no pensar en nada, Regina se dirigió hacia la puerta y se despidió de todas. Dell se adelantó a Regina para abrirla la puerta. La siguió hasta el exterior. Estaba atardeciendo. Casi por arte de magia, una limusina surgió de la nada. Pero es que Dell siempre había sabido tenerlo todo bajo control. Nada que ver con ella.

–Muchas gracias por invitarme a cenar –consiguió decir Regina–, pero también he de decir que no es propio de ti presentarte así, sin más.

–Sí, es verdad. Pero ahora estamos navegando por un territorio inexplorado, ¿no crees?

–¿Qué quieres decir? –inquirió Regina.

–Nunca he sido un marido de verdad –dijo con voz profunda, sosegada. Regina pensó cómo sería un marido de verdad. En todas las cosas que un marido haría con su mujer. Como dormir desnudo en la cama... Tenía que parar cuanto antes ese tipo de pensamientos.

–Bueno, yo tampoco he sido una esposa de verdad.

–Sí, precisamente por eso tenemos que hablar. Ayer dejamos muchos cabos sin atar. Debemos pensar en un plan.

La voz profunda de Dell pareció envolverlo todo. A Regina le empezaron a temblar las manos. A ella nunca se le habían dado bien los planes. Precisamente por ello había cometido tantas estupideces. Precisamente por ello había terminado casada con Dell. Él era un gran planificador y había sido quien le había propuesto la idea de la boda.

Incapaz de parar la cadena de pensamientos que la asediaban, Regina cruzó los brazos sobre su pecho intentando calmarse.

–¿Regina? –preguntó preocupado Dell.

–Haremos un plan –concedió ella.

–Bien –respondió con una sonrisa tal que Regina sintió una oleada de calor en su interior–, voy a hacer todo lo posible para llegar a ser el marido perfecto.

Regina sintió la necesidad de decirle que no lo hiciera. El suyo era un matrimonio de conveniencia. Regina no quería arriesgarse a sentir más. Podría ser un desastre. Pero...

–Yo también intentaré ser una esposa modélica –repuso con voz débil aunque no sabía cómo intentar ser la esposa ideal sin ponerse en peligro.

–¿Dell?

–Sí.

–Exactamente, ¿cómo es una esposa modélica en el mundo de los O’Ryan?

Dell miró a Regina con ojos llenos de asombro. Le tomó la mano izquierda y pasó el dedo pulgar por la alianza de Regina.

–Vamos a cenar –sentenció.

Pero no había respondido a la pregunta de Regina, ¿por qué? Quizá la respuesta no fuera importante. Quizá Dell supiera de sobra que Regina jamás podría ser la esposa ideal para la familia O’Ryan. Al fin y al cabo, se había casado por pena, por honor. Y ahora se veía abocado a tener como esposa a una mala sustituta de Elise Allenby, quien sí habría sido la esposa perfecta.

Una sensación poco familiar de miedo recorrió el cuerpo de Regina, seguida de otra sensación mucho más familiar, la indignación. Se había pasado la vida entera tratando de agradar y fallando en el intento. Se había prometido que jamás volvería a tomar ese camino. Pero sin embargo, no había sido capaz de oponerse ni al matrimonio ni al plan que urdía Dell.

Estaba bien. Dell era quien se había empeñado en aquellos dos meses de prueba. Él sabía perfectamente qué tipo de esposa era ella.

¿Lo sabía?

«Lo mismo soy capaz de ser la perfecta esposa O’Ryan», pensó Regina. Pero no llegó más lejos con aquella reflexión. No podía hacer mucho más. En muchas ocasiones, una mujer debe abandonarse a la suerte de la fe, la esperanza y los milagros.

Capítulo 3

DELL observaba cómo comía Regina. ¿Se estaría sintiendo agobiada? Seguramente. Dell se había pasado la vida entera aprendiendo a comportarse como un O’Ryan y le resultaba complicado recordarse a sí mismo que no tenía que actuar de la misma manera con su esposa.

Su esposa. ¿Cómo era posible que fuera su esposa? ¿Cómo había ocurrido todo?

–Regina, antes de que empecemos a hablar quiero decirte que siento mucho todo lo que ha pasado.

Regina se detuvo un instante y miró a Dell con sus ojos de color caramelo. Tenía los ojos más impresionantes del mundo, claros e intensos. El comentario de Dell la puso nerviosa.

–No debería haberte emparejado con Lee –prosiguió Dell. Súbitamente se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que pronunciaba en voz alta el nombre de su primo.

Regina negó con la cabeza.

–No tienes ninguna culpa de lo que pasó –respondió ella.

–¿Y si te dijera que sí tuve la culpa?

–No tienes nada que decir –continuó ella mientras cortaba un espárrago–, lo que pasó con Lee es responsabilidad mía.

Pero estaba equivocada. El día que Regina había aparecido con el correo en casa de Dell, había dado la casualidad de que él había estado especialmente preocupado por su primo. Para Dell, Lee era como un hermano. Lee se había quedado huérfano cuando había sido muy pequeño. Desde aquel momento, había sido criado en la casa O’Ryan. Lee había tendido siempre hacia el lado más salvaje de la vida. Había tenido dificultades en las relaciones sociales y, en especial, con las mujeres. La inesperada aparición de Regina en aquel

instante había parecido un regalo. Ella había surgido de la nada rebotante de alegría y de buena disposición y a Dell le había parecido perfecta para proporcionarle a Lee la seguridad y confianza que necesitaba para ocupar la posición en el imperio O’Ryan que le estaba designada. Así que Dell había sacrificado a Regina por su primo y lo que había sucedido después ocupaba un lugar importante en su conciencia.

Dell abrió la boca dispuesto a contarle todo aquello.

Instantáneamente, ella se acercó a él un poco más.

–No hagas la típica cosa que los O’Ryan soléis hacer –le dijo ella. Dell parpadeó sorprendido.

–¿A qué te refieres?

Regina puso las manos sobre el mantel de color Burdeos.

–Dell, sé la cantidad de responsabilidades que tienes. La Galería O’Ryan debe de darte una cantidad de trabajo increíble y es sólo una pequeña parte de la Compañía O’Ryan. Te debe de llevar una ingente cantidad de tiempo coordinar todos los negocios. Por lo tanto, no tienes por qué cargar además con mis problemas. Lo que me ha pasado este año no tiene nada que ver contigo.

Dell frunció el ceño, preparándose para objetar.

–Además necesito superarlo sola –añadió ella adelantándose para así no darle oportunidad de hablar.

–Está bien. Dejemos el tema –Dell respiró profundamente y se recostó en la silla. No es que estuviera de acuerdo con ella. Pero si necesitaba sentirse responsable de sus propios actos, no se iba a interponer. Al menos por el momento.

Se hizo un denso silencio. Regina miró a su alrededor, estaba rodeada de elegancia. Las paredes del salón estaban tapizadas y un cuarteto de cuerda tocaba mientras los camareros, vestidos de frac, se apresuraban de un lado a otro. Regina jugueteaba con la cucharilla mientras se intentaba calmar.

–Es muy bonito –declaró.

Dell se dio cuenta de que Regina no había tocado apenas la comida.

–Aunque no es tu estilo, ¿verdad?

–No tiene por qué ser mi estilo. Es tu estilo. Además realmente no tengo estilo propio, así que más vale que por lo menos tú lo tengas.

Dell no pudo evitar reírse por el comentario. Regina sonrió. Dell se dio cuenta de que no había visto una sonrisa auténtica en el rostro de Regina desde

que habían comenzado con el fraudulento matrimonio. Y había sido precisamente la disposición alegre de Regina la que le había convencido de que era ideal para Lee.

Dell hizo un esfuerzo por apartar aquellos pensamientos de su mente y concentró su mirada en el rostro de ella. Se quedó embelesado observando los labios de Regina, suaves y de un color tentador. La clase de labios que a un hombre le gustaba besar. Desde luego entendía por qué Lee se había dejado llevar hasta el punto de perder el control.

Dell se dio cuenta de que estaba poniendo nerviosa a Regina al observarla y pudo apreciar que se estaba sonrojando.

–Deberías sonreír más –afirmó Dell casi sin pensar en lo que estaba diciendo. Ella asintió de manera casi imperceptible.

–Intentaré recordarlo. Sonreírnos tendría que formar también parte del plan, ¿no crees?

«Ah, sí, el plan», recordó Dell.

–Supongo que deberíamos empezar a pensar en el plan –aceptó Dell, contento de que ella hubiera mantenido la cabeza fría mientras él se perdía en sus labios. Se sacó del bolsillo de la chaqueta un cuadernito negro y un lápiz.

Los ojos de Regina se abrieron como platos.

–¿Qué? –le preguntó él.

–Realmente te lo tomas en serio. Eres bueno en lo tuyo –dijo Regina–. Quiero decir que por supuesto lo eres. Eres el presidente de un imperio. Empleas y despides a personas, sales con mujeres despampanantes y eres el centro de atención de gente muy importante. Los políticos, los abogados y las estrellas de cine debéis de ser todas así.

–¿Y todo esto lo dices porque me he sacado de la chaqueta papel y lápiz?

–No, más por la manera en la que lo has hecho. Es como si no tuvieras ninguna duda de que vamos a elaborar un plan y que va a salir todo a la perfección. Es como si todo fuera tan natural. Eres un O’Ryan y por tanto llevas en los genes el control y la seguridad –Regina le dijo todo aquello como si se acabara de dar cuenta. Como si acabara de descubrir esas cualidades en el hombre con el que llevaba casada varios meses.

–Pareces preocupada. ¿Te estoy atosigando?

Ella estudió la cara de Dell por unos instantes. Después procedió a negar con la cabeza.

–No, es más la actitud. Siempre pareces tan seguro de que todo saldrá como

tú quieres que me pongo un poco nerviosa. Me da miedo estropearlo todo. Normalmente tiendo a que las cosas fluyan. A veces funciona, pero de vez en cuando la cosa sale bastante mal. Aunque... –dijo mientras se encogía de hombros– no estoy segura de si sería capaz de arruinar uno de tus planes una vez lo hubieras puesto en marcha...

Ups. Dell siempre había trabajado duro para aprender a organizar y estar al cargo de todo. Desde luego, esa capacidad había sido clave para salvar el matrimonio de sus padres. También le había ayudado a superar un desamor de juventud y por supuesto le había mantenido en la cresta de la ola de los negocios. Pero para una persona como Regina esa cualidad resultaba un tanto arrogante y despótica.

–Estás frunciendo el ceño. Lo siento. No debería haber dicho... lo que he dicho –la voz de Regina era dulce y suave. Dell levantó una mano.

–Está bien que digas lo que piensas, forma parte del contrato matrimonial –sentenció Dell.

–¿Cómo lo sabes?

Dell sonrió y se encogió de hombros.

–Lo supongo.

Regina le devolvió la sonrisa.

–Sí, probablemente tengas razón y necesitemos un plan. Y tengas razón también en... todo.

Dell arqueó una ceja.

–Bueno, en casi todo. Estoy segura de que no eres perfecto –añadió ella. La sonrisa de Dell se hizo más amplia–. Seguro que tienes puntos débiles –siguió razonando Regina–, como todo el mundo.

–Eres increíble –apuntó él. Las mejillas de Regina se tiñeron de rosa. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes de que ella se sonrojaba con tanta facilidad? Había algo absolutamente delicioso y erótico en el rubor de una mujer.

–¿Increíble? Quizá haya sobrevalorado tu criterio –dijo Regina, todavía bastante colorada–. Vamos, toma tu lápiz y pongámonos manos a la obra. ¿Cómo podemos empezar con nuestro plan de matrimonio? ¿Cómo lo hacemos?

«Besarnos». Ése fue el primer pensamiento que se le pasó por la mente a Dell. Rápidamente lo apartó. Regina había pasado un año muy duro. Había tenido que afrontar un embarazo inesperado, la traición del hombre en el que

había depositado su confianza, una boda precipitada y un aborto que la había dejado desolada. Habían empezado la vida de casados demasiado atropelladamente. Dell conocía mejor al cartero y al portero de su oficina que a su propia esposa. Para cuando intimaran, si alguna vez lo llegaban a hacer, era importante que Regina supiera a quién estaba besando. Tenían que establecer las bases para la confianza mutua y, teniendo en cuenta el pasado de ella, debían hacer las cosas despacio y con cautela. Necesitaban tiempo.

–Me gustaría pasar a verte otra vez al trabajo –anunció Dell, apuntándolo en el bloc de notas.

–¿Por qué? –preguntó bastante sorprendida.

«Porque ahí tienes a tus amigas que se preocupan por ti, que te cuidan y que te protegerían si hiciera alguna tontería», pensó Dell.

–Porque nunca te he visto en el trabajo –contestó, lo cual era también verdad.

–Yo tampoco te he visto nunca en tu trabajo –repuso ella.

Dell pensó en su oficina. Sofisticada, elegante y aséptica. Le encantaba su trabajo, pero las oficinas estaban decoradas igual que en tiempos de su abuelo. Transmitían el aura del legado de la familia O’Ryan y según los estándares modernos eran un tanto sobrias. Regina era la síntesis de la modernidad, tenía predilección por los colores vivos y era muy creativa. No había más que mirar sus brillantes zapatos de charol y estaba siempre rodeada de cámaras digitales. Era, sin duda, una mujer moderna.

–Puede que te parezca un poco aburrido –aseveró Dell sorprendido de que le importara lo que pensara Regina de su oficina. Nunca le había importado lo que pensarán los demás sobre él.

–Hay que ir a medias –continuó ella–, si tú visitas Bodas Bellas, yo visitaré Empresas O’Ryan.

–Tienes razón –asintió Dell.

–¿Qué más deberíamos hacer? Supongo que un matrimonio normal en mi mundo, es bastante diferente a los matrimonios normales en el tuyo. ¿Qué tipo de cosas hacen las parejas casadas en tu ambiente? –investigó Regina.

«Duermen juntos, hacen el amor», pensó Dell para sus adentros. El pensamiento hizo que su cuerpo se excitara, así que se esforzó en tranquilizarse.

–Creo que lo mejor será que pongamos nuestras propias reglas. Parece que los dos estamos de acuerdo en que nuestro matrimonio no es convencional y

que lo que queremos es... formar una pareja –dijo él. Regina asintió.

–¿Un compañero? –propuso ella.

–Sí, más o menos.

–¿Y tú qué esperarías de tu compañera? –siguió investigando Regina. Parecía un poco nerviosa.

–Relájate, Regina –dijo Dell estirando el brazo sobre la mesa para tomar en su mano—. No te forzaré a que conozcas a la reina.

Por un momento, los ojos de Regina parecieron abrirse más de lo normal, hasta que se empezó a reír a carcajadas.

–Bien. Yo no te haré venir conmigo a los rincones sórdidos a los que voy de vez en cuando para sacar fotos.

Dell saboreó las palabras que ella acababa de pronunciar. Palabras interesantes y alarmantes. ¿Habría estado su esposa en callejones oscuros que él no conocía? ¿Habría sido prudente? ¿Podrían de veras ignorar todo lo que les separaba y salvar su matrimonio?

Él así lo esperaba. Suficiente esfuerzo le había llevado interceptar la mala publicidad cuando se habían casado como para echarlo todo a perder. Un divorcio tras tan poco tiempo de casados dispararía los rumores. Además, la prensa investigaría en profundidad su pasado y el de ella. El nombre O’Ryan se mancharía y correrían rumores sobre Regina. Los medios descubrirían y publicarían la anterior relación de Regina con Lee. Y muchos, sin duda, la acusarían de haberse casado por interés, de ser una cazafortunas. Dell no quería que eso afectara el negocio de las Bellas, la vida de Regina. Así que evitar el divorcio iba a ser lo mejor.

–Está bien –dijo por fin Dell–, ahora que parece que nos ponemos en marcha, me gustaría conocer a la gente con la que pasas más tiempo.

«Y quiero asegurarme de que estás protegida y a salvo», pensó también.

–Dell, la tienda no es, digamos, el sitio más masculino del mundo. ¿Estás seguro?

Él se limitó a sonreír.

–Seré valiente y no me meteré en tus cosas. Vamos a intentarlo, sólo para probar. Y ahora, cuéntame de esos sitios sórdidos que comentabas...

Regina frunció el ceño y lo miró directamente.

–No voy a esa clase de lugares para ponerte en un aprieto –soltó ella a la defensiva.

–Yo no he dicho eso –repuso Dell rápidamente.

–Y no es que vaya muy a menudo, pero...

Dell esperó pacientemente.

–En mi tiempo libre hago mis propios trabajos. Ahora estoy trabajando en un reportaje gráfico sobre Boston. Así que estoy fotografiando un territorio bastante amplio y unos escenarios muy variados. Negocios, puentes, artistas, ejecutivos, amas de casa, representantes de museos, puestos de comida en la calle, gente sin techo y sí, también prostitutas y drogadictos. Los entrevisto. Escucho las historias que me cuentan. Y así me dejan tomar fotos. Es mi trabajo –declaró con solemnidad–, es lo que me importa.

–Comprendido –dijo él sin más–. Pero por lo que me preocupo es por tu seguridad. Podría contratar a alguien.

Regina se lo pensó un instante.

–No creo que me sintiera cómoda con alguien. Pero tendré cuidado, siempre lo tengo. Y no me dedico a la fotografía nocturna, así que normalmente trabajo a la luz del día y en domingo. El riesgo es bastante pequeño.

Las miradas de los dos se encontraron. Dell pensó que su concepto del riesgo debía de ser diferente al concepto de ella. Pero Regina ya se sentía bastante incómoda con todas las preguntas que le estaba haciendo, así que éste decidió cambiar de tema.

Por el momento, Dell se centraría en hacer un par de sugerencias más sobre lo que podían hacer juntos. Se aseguraría de que hubiera medios de comunicación en los lugares a los que fueran juntos. Así, si las cosas no salían bien y el matrimonio se rompía, el mundo sabría qué tipo de persona era Regina en realidad. Una mujer auténtica y valiosa por sí misma, no sólo la esposa de Dell O’Ryan.

–¿Dell? –dijo ella de repente. Él la miró. Regina jugueteaba con el vaso de agua.

–Lo siento. ¿Me he pasado un poco? ¿Hay algo que debemos cambiar u omitir? –le preguntó desconcertado. Regina se acomodó en la silla y respiró profundamente.

–Sólo quiero que sepas que me voy a esforzar y voy a hacer todo lo posible para que esto salga adelante. Voy a poner todo de mi parte. Al fin y al cabo... podremos ser al menos amigos, ¿no?

Los ojos de los dos se encontraron.

–Sí, espero que sí, que lleguemos al punto de al menos ser amigos.

Obviamente ese matrimonio era algo que jamás hubieran planeado si no se

hubiesen dado aquellas circunstancias. Regina obviamente había tenido una relación con Lee en su momento. Y la había perdido. El matrimonio con Dell O’Ryan no lo había intentado sustituir aquella relación.

–¿Estás segura de que te sientes bien con el plan? –le preguntó Dell caballerosamente una vez más. Regina pareció un poco turbada, pero asintió con la cabeza. El pelo sedoso le rozó los hombros.

–Absolutamente.

–Está bien entonces. Trato hecho –dijo Dell.

–Y ahora, ¿qué hacemos? –preguntó Regina mirando cómo el restaurante se había quedado casi vacío.

–Nos vamos a casa –respondió Dell con simpleza. Pero al levantarse se dio cuenta de que no había nada de simple en irse a casa juntos. Esa misma noche daba comienzo una nueva era en la que los dos caminarían por un sendero que les podría arrastrar hasta un lugar que llevaban evitando desde que se habían casado.

Él y Regina iban a empezar a pasar tiempo juntos, a salir juntos. Nada más casarse, los reporteros los habían perseguido incansablemente, pero como no habían hecho ninguna aparición pública se habían acabado cansando y el interés por ellos desapareció. Si el interés volvía a resurgir, los periodistas harían preguntas sobre la relación. El aborto de Regina saldría a la luz.

Dell trató de parar el dolor instantáneo que le produjo aquel pensamiento, pero era muy difícil. Se concentró en pensar que iba a hacer todo lo posible por proteger a Regina y que los reporteros no hablaran sobre el aborto. Eso quería decir darles otros temas sobre los que hablar.

–Puedo...

«Abrazarte», pensó Dell. Pero dadas las circunstancias y lo novedoso de la situación desechó la opción. En cambio, decidió entrelazar su mano con la de Regina. Su piel era cálida, suave y fina. Resplandeciente. Dell se limitó a tomarle la mano, pero aquella caricia le pareció un acto de lo más íntimo.

Regina bajó la cabeza y miró a las dos manos entrelazadas.

–Desde luego –contestó ella–, las parejas casadas van de la mano.

Dell se sentiría a salvo en casa, nadie los vería. Allí estarían en un lugar estrictamente privado. Inmediatamente apartó de su mente la fantasía de tener a Regina entre sus brazos. Sólo habían llegado al acuerdo del plan nada más. Sin ir más lejos, el día anterior Regina le había pedido el divorcio. Su matrimonio todavía no era real.

Y quizá nunca lo llegara a ser.

Por primera vez en mucho tiempo, a Regina le dio un poco de temor ver a las Bellas. Sus amigas la conocían tan bien, la querían tanto que prácticamente podían leerle el pensamiento. Y la verdad era que la noche anterior, al llegar a casa con Dell, Regina había sido consciente por primera vez de la atracción que sentía por él. Por primera vez lo había visto como a un hombre.

Aquello era muy peligroso. Regina en primer lugar había sufrido con hombres que habían querido sólo una amistad con ella. Y después había conocido a Lee, el hombre que la había dejado embarazada. Embarazada y totalmente desamparada económicamente ya que había puesto todos sus ahorros en montar el negocio de Bodas Bellas. Regina se había enfrentado entonces al temible panorama de sacar adelante a una criatura con apenas dinero.

–Y ahora estoy...

«Mejor», quiso decir Regina. Pero la verdad era que estaba hecha un lío. Mientras pensaba en estas cosas, se puso unos vaqueros azules y se calzó unos zuecos color azul eléctrico con tachuelas plateadas a los lados. El plan con Dell la hacía sentir incómoda y nerviosa. Incluso físicamente los dos eran tan diferentes como la noche y el día. Él era alto y delgado con un aspecto formidable. Y ella tenía cinco kilos de más. Pero lo peor era que los dos procedían de clases sociales muy diferentes. Y los dos tenían criterios y filosofías de vida totalmente opuestas.

El hecho de que se estuvieran esforzando por comportarse como marido y mujer estaba volviendo loca a Regina. Cuando la noche anterior Dell la había tomado de la mano, su cuerpo se había puesto en tensión. Cuando, todavía de la mano, habían entrado en la casa Regina sólo había podido pensar lo que Dell habría hecho en la cama con otras mujeres.

Y entonces se había dado cuenta de que él se había visto forzado a no acostarse con ninguna mujer durante todo aquel año. Era imposible no preguntarse si se sentiría frustrado sexualmente o si albergaba algún deseo sexual por ella.

–¡Agh! –exclamó en voz alta mientras se ponía una blusa de color azul pálido con mangas en forma de campana–. ¡Ni se te ocurra pensar en esas cosas!

Tenía que pensar en el presente y planificar el día, tal y como haría Dell.

–Está bien –se dijo a sí misma–, pero en cuanto Dell aparezca por la tienda, las Bellas se van a dar cuenta de que los dos nos comportamos de manera diferente.

Y eso no era nada bueno. Ya había estado suficientemente perturbada desde que había perdido al bebé. Estaba empezando a remontar el vuelo y las Bellas temían que hiciera alguna tontería, como enamorarse de un hombre que no la correspondiera. Si Dell la tomaba la mano en la tienda o le susurraba algo al oído, seguro que sus amigas se darían cuenta. La conocían perfectamente.

Regina soltó un gruñido. Su intención de ser firme con el plan se desmoronaba. Se había comprometido a intentarlo, pero aquel matrimonio tan de mentira no aguantaría el escrutinio de los ojos de las personas que la querían de verdad. Dell la había rescatado y salvado cuando ella más lo había necesitado. Él deseaba un matrimonio auténtico y ella no lo podía traicionar contándoles a las Bellas la realidad sobre su matrimonio, pero tampoco las podía mentir.

¿Qué pasaría si le preguntaran a él directamente qué se traían entre manos?

«Él es un hombre de honor, diría la verdad», pensó Regina. Entonces, las Bellas le odiarían inmediatamente. Y si sus amigas odiaban a Dell...

–Las cosas serían más que desagradables –expresó en voz alta Regina–. Incluso un matrimonio bien avenido sufriría en esas circunstancias.

Sólo había una salida. Mantener la distancia entre Dell y las Bellas el mayor tiempo posible hasta que el matrimonio se afanzara o se acabara por disolver. Pero por el momento...

Capítulo 4

SÓLO para que lo sepáis, Dell se pasará por aquí hoy –anunció Regina a las Bellas justo antes de abrir la tienda.

Todas las Bellas se giraron para mirarla.

–¡Hala! Ya van dos veces esta semana. Y eso que antes nunca se venía por aquí. ¿Hay algo que nos quieras contar? –inquirió Julie.

A Regina le costó encontrar las palabras adecuadas para responder.

–Aparte de: «no husmees en mi matrimonio»... –añadió Callie.

El comentario de Callie provocó una carcajada generalizada que ayudó a Regina a relajarse un poco.

–Ya sé que tenéis curiosidad porque os preocupáis por mí, pero no hay nada que contar. Sólo es un buen hombre –explicó Regina con sencillez.

–Está bien, ya veo –dijo solemnemente Audra, que para ella era decir mucho. Después de que la hubieran dejado plantada en el altar, Audra tenía sus propios problemas–. Estoy segura de que ahí fuera todavía quedan hombres que merecen la pena. Fíjate en Matt y Julie, o en Jared y Callie, o sin ir más lejos en don Perfecto y Serena.

Julie sonrió al pensar en el amor que se profesaban ella y su prometido. Serena no se molestó en levantar la vista, estaba ocupada trabajando en un patrón sobre el maniquí. Pero era verdad que aquellos días Serena había estado más reservada de lo habitual sobre su vida amorosa. Regina se había dado cuenta, sabía que algunas cosas sólo las podía vivir una a solas.

–Está bien, corazón. No nos puedes echar la culpa por nuestra curiosidad. Esta súbita actitud sociable de Dell desde luego llama la atención. Pero es tu matrimonio, te dejaremos en paz. Y para serte sincera, el mero hecho de tenerlo por aquí ya es todo un placer. Quizás el hecho de tener a una celebridad por aquí hace que suba el negocio y nos convirtamos en más

famosas que las mismísimas Vandivers –comentó Callie.

La boda de una Vandiver era el evento más importante que habían montado en Bodas Bellas. Se trataba de la boda de una mujer muy famosa.

–Por lo menos no será tan difícil como con las Vandivers –dijo Julie–, Dell siempre es educado. Nada que ver con Liz Vandiver. ¡Menudo carácter tiene la novia!

–Sí. Ya ha cambiado cuatro veces de opinión sobre el pastel de boda –añadió Natalie.

–Y cinco veces sobre las flores –continuó Callie.

–Pero por lo menos tenemos su número de cuenta –apostilló Serena, y pareció que todas las Bellas estuvieron de acuerdo. Los Vandivers se estaban gastando muchísimo dinero en los preparativos de la boda, y el mero hecho de tenerla como clienta estaba atrayendo nueva clientela.

–Ya basta de hablar de los Vandivers –dijo por fin Regina–, puede que su boda sea la que esté moviendo más dinero, pero desde luego no es la única de la ciudad.

–Tienes razón, y menos mal porque, si fuera la única, estaríamos acabadas como negocio –apuntó Julie soltando una gran carcajada–. Pero desde luego el matrimonio Vandiver será la boda más grande que organicemos en todo el año.

Todas las Bellas se intercambiaron miradas.

–Sí, va a ser espectacular –dijo Regina, aunque iba a ser Julie quien iba a tener la boda más especial del año, sólo que no lo sabía. Ella y Matt no tenían dinero suficiente para costearse los gastos de la boda, así que las Bellas habían decidido sorprenderla. La iban a regalar una boda digna de un cuento de hadas.

Regina trató de no recordar lo seca y carente de emociones que había sido su boda por lo civil. Al menos sus amigas podrían tener bodas de cuento de hadas. Callie, Julie y si todo salía bien probablemente también Serena.

Regina, en cambio, jamás viviría el cuento de hadas. Por otra parte, ya no lo quería. De hecho, lo que quería, pero... bueno, en realidad no sabía lo que quería. Dell no era su marido. No podía ser su marido. No podía perder la cabeza por un hombre como Dell cuando se había casado con él por conveniencia. Sin duda, enamorarse de él sería el error más estúpido que jamás pudiera cometer.

En cualquier caso, Dell aparecería por la tienda en cualquier instante. ¿Cómo era posible que estuviera tan nerviosa si llevaba viéndole tanto

tiempo?

Probablemente porque antes Dell fuera sólo una parte secundaria de su vida. Había ocupado un segundo plano en su cotidianidad. Sin embargo, ya no podía evitar pensar en un plano mucho más íntimo con él. Además, le había prometido que le enseñaría su estudio, una habitación pequeña, pero acogedora.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y corrió hacia el estudio a intentar poner un poco de orden.

–Está bien. Dime qué te pasa, Regina –le pidió Dell.

Regina se detuvo y dejó para otro momento su explicación sobre las diferencias entre la fotografía de bodas y otros tipos de fotografía. Miró a los ojos de Dell. Menudo error. Él se había aproximado más a ella sin que se hubiera dado cuenta. Los labios de Dell estaban al alcance de Regina si sólo se ponía de puntillas. Aquel mero pensamiento la hizo sentirse cálida y vulnerable.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó a Dell, quien sonrió.

–Pues, por decirlo educadamente, estás hablando a toda velocidad y me miras de una manera extraña... como si mi intención fuera cazarte, o algo así.

–¿De verdad? No me he dado cuenta.

–¿Te estoy incomodando? ¿Quieres que me vaya? –preguntó.

–No, no. No eres tú. Es sólo que... –Regina se quedó sin palabras. Dell esperó pacientemente–. Es sólo que... bueno, que me pienso demasiado todo lo que te digo. Lo que te estoy contando no te debe de interesar...

Los ojos del color del ámbar de Dell se entrecerraron levemente.

–Pensé que habíamos decidido que íbamos a conocernos más el uno al otro. Y tu trabajo es una parte muy importante de tu vida. ¿No es así?

Regina recorrió con la mirada la habitación que había sido su vía de escape durante los últimos tiempos.

–Creo que yo sola me complico la vida –respondió Regina–. A veces me preocupo demasiado por las cosas.

–Entonces, si te tengo que conocer, también debo conocer esta faceta tuya –dijo Dell comprensivamente, y le tendió la mano.

Regina lo comprendió todo. Dell funcionaba con listas y métodos. Hacer que su matrimonio funcionara era como cualquier otro negocio. De alguna

manera, esa certeza hizo que Regina se sintiera mucho más relajada y cómoda.

«Son sólo negocios», pensó Regina. «Es un plan bastante sencillo. Empezamos a conocernos y nos dejamos ver en público. Nos convertimos en una pareja y hacemos que el matrimonio funcione. Tiene mucho sentido».

Pero una vez más, lo miró con una sonrisa en la cara y se volvió a percatar de lo cerca que estaban el uno del otro. La altura de Dell, la anchura de sus hombros... el cuerpo de Regina estaba demasiado despierto, demasiado sensible.

Regina se apartó.

–Está bien. Mira, aquí tenemos unas muestras de las telas que utilizo en los montajes de los escenarios. También empleo, de vez en cuando, flores y otros complementos que tomo prestados de las Bellas. La luz, por su puesto, siempre es muy importante. También las cámaras y el ordenador son fundamentales. Todavía hago fotos con la cámara analógica, pero sobre todo trabajo con cámaras digitales. Básicamente porque son mucho más versátiles y no me tengo que andar preocupando por si pierdo esta pose o la otra. Cuando pierdes algún momento importante a las novias les sienta muy mal. Cuando retratas bodas es muy importante no perder detalle. Con la cámara digital puedo sacar fotos de todo o de casi todo. Además no me tengo que preocupar por el espacio. Y me puedo lanzar a tirar fotos un poco más atrevidas que con la réflex. En algunos casos, me piden que saque fotos de todo, hasta de la despedida de novios o de la apertura de los regalos.

–Tú no tuviste nada de esto, ¿verdad? Nada de lo que una novia debe y puede esperar de su boda.

La voz de Dell interrumpió el discurso de Regina, quien siguió jugueteando nerviosamente con un pedazo de tul rosa que tenía entre las manos. Dell parecía preocupado y estudiaba a Regina con demasiado detalle.

–Eso era lo que te hubiera gustado con Lee –añadió con calma–, y es lo que deberías haber tenido.

Estaba bien. Sí. Eso era lo que debería haber tenido, pero se sentía satisfecha. Ya no deseaba lo imposible. Además, Dell no tenía la culpa de nada. Puede que él le hubiera presentado a su primo, pero no había sido quien la había abandonado. Él había sido precisamente el hombre que había decidido quedarse junto a ella, a pesar de no tenerle ningún afecto especial. Y además había sido un hombre rigurosamente responsable, que incluso en los peores momentos se había quedado junto a ella.

Regina no podía ser menos. Así que ignoró los reparos y las dudas que se le cruzaban por la mente y decidió sonreír.

–Tengo mucho más de lo que jamás hubiera esperado, Dell. ¡No hay más que ver tu casa! –dijo intentando utilizar un tono de voz más suave–. Es absolutamente increíble, jamás imaginé que fuera a vivir en una mansión.

Dell sonrió levemente. Regina se dio cuenta de que no parecía ni muy convencido ni muy contento.

–Ni siquiera te he ofrecido ayuda con tus negocios –repuso Dell en voz baja–. Tengo todo el dinero del mundo. Deberías tener los mejores equipos, las mejores cámaras de fotos.

Dell miró hacia la zona donde Regina almacenaba las cámaras de fotos. La timidez y la incomodidad se esfumaron de la mente de Regina. Se acercó a su marido y lo sonrió.

–No te metas con mis cámaras. Esta vieja Nikon es una pieza de museo, pero fue mi primer amor. Esta Canon está muy desgastada, pero con ella hice mi primera venta. Todas son especiales para mí. Casi son como personas.

Dell arqueó una ceja con aire de pillo y Regina sintió como se derretía por dentro. Se acordó de por qué las mujeres perdían la cabeza por él.

–¿Como personas? –preguntó Dell.

–Como buenos amigos –respondió ella con firmeza–. Son objetos sagrados.

–Muy interesante –Dell se quedó mirando fijamente a Regina. Ella sintió como le recorría por la espalda un escalofrío. El estudio le pareció más pequeño que nunca. Era como si Dell llenara todo el espacio, sintió la terrible urgencia de aproximarse más a él. Pero tenía que parar. En aquel preciso instante.

–Pero si de verdad quieres saber qué es lo que siente un fotógrafo y de qué va este trabajo –continuó hablando a toda prisa, casi sin darse tiempo a respirar–, tendría que sacarte a la calle, al aire libre.

Sí, al aire libre, donde sintiera que tenía espacio y aire para respirar. Donde sintiera que el poderoso hombre con el que se había casado no lo ocupaba todo.

–¿A la calle, al aire libre?

–No tienes que venir si no quieres –le dijo Regina, preguntándose si se estaría dando cuenta de sus nervios.

–No me gustaría que tuvieras que cambiar tus planes –le dijo Dell.

Pero ella ya los había modificado. Su plan original había sido poner fin a

aquel matrimonio y volver a su sencilla vida, sin hombres que pudieran destruirla.

En cualquier caso, el tipo de matrimonio que Dell la ofrecía era más una protección que un peligro. Eso sí, tenía que lograr obviar e ignorar la virilidad de aquel hombre, así se podrían convertir en buenos amigos.

Tener un nuevo amigo podía ser agradable. Un nuevo amigo varón. No permitiría que el amor volviera a ser un problema o una amenaza en su vida nunca más. El matrimonio con Dell la protegería de todo aquello. Y en ese preciso instante fue cuando Regina se convenció definitivamente del plan. Ella y Dell harían que el plan funcionara. De verdad era posible un matrimonio sin amor pero con compañerismo y amistad. Era un plan prometedor.

Sonrió a su marido.

—Ya sé lo mucho que te gustan los planes, pero de vez en cuando no funcionan. Como por ejemplo hoy. No me importa lo que me digas, sé que todo lo que te cuento no te interesa nada. Me podría pasar el día hablando sobre este negocio. Y todo es porque aquí yo no veo unas rosas en un jarrón.

—¿Y qué es lo que ves? —Dell miró hacia las rosas y el jarrón con un interés que parecía genuino. Regina giró levemente la cabeza.

—Veo a una novia joven lanzando al aire pétalos de rosa, la veo pintándose las pestañas y dejando que la llovizna le humedezca los hombros mientras sonrío al hombre con el que se va a casar. Veo a esa mujer sujetando en las manos el jarrón de rosas, como si fuera la lámpara de Aladino, con el corazón rebosante de deseos.

—Ya veo.

Las palabras de Dell parecieron un poco frías. Regina se le quedó mirando y le preguntó:

—¿Qué?

—Son sueños románticos de chicas románticas. La clase de sueños que has tenido que abandonar.

Regina sintió como se ruborizaba y se avergonzó un poco.

—No, no lo son —dijo mirándole directamente a los ojos—. Son historias, son la clase de historias que un fotógrafo hila y teje con sus retratados. Y da la casualidad de que yo me dedico a escribir esas historias de amor. Eso no quiere decir que yo esté interesada en tener esas historias de amor. Es como si creyeras que el escritor de novelas de misterio está buscando una oportunidad para cometer un crimen. Lo único que quiere decir es que soy buena en lo que

hago –dijo manteniendo la barbilla bien alta.

Dell se la quedó mirando con gesto solemne y después la sonrió.

–Te creo. Y creo que te entiendo...un poco –dijo mientras miraba fijamente a las rosas. El estudio se había convertido en un espacio muy íntimo.

–De todas formas, tengo que salir a la calle –continuó Regina–, debo ir a hacer unas localizaciones para unas fotos de grupo que tengo pendientes.

«Y si salimos», pensó, «estaremos en un lugar público. Y no en un lugar tan cargado de imágenes de amor y matrimonio». Seguramente, fuera la atmósfera de la tienda lo que le estaba haciendo mirar a Dell como si fuera un apuesto caballero.

–Pero no quiero forzarte a hacer algo que no quieres –añadió ella. Dell sonrió y sus ojos de color ámbar parecieron brillar más de lo normal.

–Pues poca gente se atreve conmigo, así que ánimo. Vamos, quiero que me atosigues y que me presiones –le ordenó Dell.

Rápidamente Regina se dio la vuelta y empezó a caminar con Dell justo por detrás de ella. Justo antes de abrir la puerta de la calle a Regina se le ocurrió algo. Se dio la vuelta de nuevo.

–¿Dell?

Él la miró. Su rostro estaba a sólo unos centímetros del de ella.

–¿Qué?

–Las Bellas. No las he dicho nada de este periodo de prueba. Y no quiero que se enteren de nada. Ya tenemos bastante presión para que se añada la presión de la gente y sus expectativas sobre nosotros...

–¿Piensas que lo nuestro no va a funcionar?

–¡No, no es eso! –pero en parte sí que lo era–. El hecho es que nos hemos dado un periodo de prueba de dos meses. Y si nuestro matrimonio no sigue adelante después, no quiero que nadie te culpabilice por ello.

–¿Me estás diciendo que me estás protegiendo de tus amigas?

Regina se tomó un tiempo para responder. Aquella situación era ridícula. Dell probablemente fuera inmune a los comentarios que las Bellas pudieran hacer sobre él. Pero ésa no era la cuestión.

–Este lugar –continuó Regina señalando el edificio– destila romanticismo. Lo vemos todos los días. Lo único que quiero es que nadie espere lo mismo de nosotros. Y las Bellas se preocupan mucho por mí. Si empiezan a vernos juntos todo el día y se enteran de lo que hemos planeado, puede que empiecen a pensar que voy a acabar igual de mal que antes. Que voy a terminar

enamorándome de un hombre que no me ama. Y estoy haciendo todo lo posible para que eso no vuelva a ocurrir.

–Está bien –asintió él. Regina pudo percibir como el cerebro de Dell se ponía a funcionar a toda máquina. Repasó las palabras que acababa de pronunciar y lanzó una queja.

–Lo que quiero decir, es que quiero evitar que las Bellas se preocupen por mí sin razón. No que esté tratando de evitar enamorarme de ti –añadió. Por un segundo, Regina notó que Dell se había quedado atónito y se dio cuenta de que se estaba poniendo colorada–. Pero está claro que no hay ningún riesgo de que eso vuelva a ocurrir –prosiguió Regina torpemente–, ya lo saben todas y ya les he dicho que no proyecten ninguna expectativa sobre ti. Nuestro matrimonio es... un asunto privado, ¿no crees?

La mirada que entonces le lanzó Dell fue cálida y casi ardiente. Regina se acordó de la noche de bodas. Se acordó de Dell aproximándose hacia ella. Tragó saliva.

–Totalmente. Privado. Lo que pase en nuestro matrimonio se queda dentro de los límites de nuestro matrimonio –le prometió a Regina–. Y... ¿Regina?

–¿Sí? –preguntó ella en un hilo de voz.

–Gracias por preocuparte, incluso sin tener por qué. Me alegra saber que tus amigas cuidan tanto de ti y saber que han estado contigo durante este año. Han estado junto a ti cuando yo no lo he estado. Pero ahora, aquí me tienes.

Regina consiguió asentir con la cabeza.

–Ahora –continuó Dell–, ¿dónde me llevas?

–Ah, de eso nada –respondió Regina–, si te lo digo lo apuntarás en tu bloc y se perderá todo el misterio. Nos vamos por ahí, a vagabundear. Nada de planes.

–¿Puedes hacer esto en el medio de la jornada laboral? ¿Irte por ahí sin saber ni siquiera adónde irás?

–Algunos días sí que puedo. Buscar las localizaciones es una parte importante de mi trabajo. Y no estaré fuera el día entero. Tengo una cita ineludible esta tarde, es muy importante, no nos podemos permitir perder a este cliente. Especialmente con lo que nos viene encima.

La tienda había empezado a funcionar realmente ese año después de tres años en el negocio. Pero los gastos de la boda de Julie, de los que se iba a hacer cargo Bodas Bellas, añadirían un gasto extra a su escaso presupuesto.

–¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que tenéis entre manos?

Regina se dio cuenta de que su marido estaba empezando a hacer cálculos. De repente se acordó del comentario que acababa de hacer sobre sus cámaras, entonces se percató de que había cometido un error al hablarle de la situación financiera del negocio.

–No tiene importancia –le aseguró.

–¿Qué es lo que no tiene importancia? –insistió Dell.

–No tienes por qué actuar como una monjita de la caridad. Tú ya has cumplido con tu parte. Casarte conmigo ha sido más que suficiente.

Dell frunció el ceño.

–Además –añadió–, todo va fenomenal. Tenemos siempre mucho trabajo y nos acaba de salir una cliente muy importante, Liz Vandiver.

–¿Liz Vandiver? ¿La hija de Ephraim Vandiver? ¡Es uno de los tipos más ricos y con más temperamento del mundo de los negocios!

–Sí, no te preocupes. Todo va estupendamente. Lo único que tenemos que hacer es montarles una boda absolutamente perfecta, algo único y elegante. Así, la reputación de Bodas Bellas subirá como la espuma. Esta boda atraerá a clientes.

–Pero debéis tener mucho cuidado. Ephraim es un mentecato. Un mentecato con mucho poder –aseguró Dell con el gesto torcido. Regina se dio la vuelta para mirar a Dell justo cuando llegaron al coche.

–Ya estás otra vez tratando de protegerme. Sabes que no puedes hacerlo. La vida sigue su camino, su curso, por mucho que tú te empeñes en protegerme. Además, la boda Vandiver es asunto mío, no tuyo. Cuando se casen, ya habrán pasado los dos meses, si la cosa no va bien, tú y yo ya estaremos...

Dell le posó dos dedos sobre los labios.

–Shhh –le dijo a Regina–, sé que la palabra divorcio no se puede pronunciar cerca de tu negocio. Puede que haya clientes en los alrededores.

–Me temo que te estás convirtiendo en un marido muy útil –le susurró contra los dedos que todavía descansaban sobre sus labios–. ¿Y cómo has sabido que no utilizamos esa palabra?

–Lo leí en un artículo sobre la tienda en el periódico local.

Regina soltó un gruñido.

–¿No sería en el artículo en el que publicaron una foto mía en la que parecía una mujer salvaje con el pelo todo alborotado? Había estado toda la mañana tirada por el suelo arreglando el vestido de novia de una clienta cuando entraron los reporteros.

–La verdad es que parecías toda una artista –le contestó Dell.

–¡Oh! ¡Sí que estás aprendiendo rápido a ser un buen marido! –exclamó—. Eres la única persona que, después de ver aquella foto, ha dicho que parecía una artista. Incluso las Bellas me llamaron maníaca.

Las palabras de Regina arrancaron una sonrisa de Dell. Ella no pudo evitar sonreír también. El movimiento de los labios contra los dedos de Dell la excitó. Hizo todo lo posible por evitar que Dell se diera cuenta de su reacción y se apartó un poco.

–Deberíamos ir marchándonos. Tenemos mucho que hacer –propuso.

–Entonces vamos, mi querida y maníaca esposa artista. Tus deseos son órdenes.

Pero Regina no quería ni pensar en deseos porque acababa de fantasear con que Dell la besaba. ¡Qué locura! ¡Aquel periodo de pruebas era sólo una cuestión práctica! Los besos sobraban. No formaban parte del plan.

No por el momento.

Capítulo 5

DELL estaba acostumbrado a ser el líder. El hecho de estar siguiendo a Regina le hizo sentir como pez fuera del agua, pero no importaba. Durante el poco tiempo que había pasado con su mujer en la tienda, había aprendido mucho sobre ella. Aunque Regina se había sentido nerviosa e incómoda, el entusiasmo que sentía por su trabajo había quedado patente. Las fotos que hacía eran auténticas obras de arte. Le habían gustado las más clásicas en blanco y negro y las más atrevidas, como una en la que se veía a una novia tirando de las solapas de su recién estrenado marido.

Sorprendentemente, Dell apenas había visto algún trabajo de su esposa anteriormente. No tenían ni una fotografía enmarcada en casa. Sin duda, Regina había considerado que la decoración de la mansión era demasiado austera para sus fotos. Las únicas fotos que había en la casa eran sombríos retratos de los miembros de la familia O’Ryan ya fallecidos. ¿Qué pensaría Regina sobre aquellos retratos? La verdad era que no tenía ni idea de lo que pensaba su esposa sobre casi nada, ni siquiera sobre su aborto.

Dell logró apartar aquellos oscuros pensamientos y se centró en el futuro. Dos meses no era demasiado tiempo para llegar a conocer a una persona totalmente desconocida. Tampoco para crear una relación sentimental de la nada. Si no se llevaban bien... el fracaso del plan era más que posible. Dell frunció el ceño.

–¿Estás bien? Probablemente te estés aburriendo –dijo Regina ofreciéndole su brazo–. Seguro que ya conoces este lugar, ¿verdad? Como buen bostoniano que eres.

Dell negó con la cabeza y la interrumpió.

–Me interesa tu mirada porque creo que no veo las cosas de la misma forma que tú –dijo Dell mientras observaba las esculturas que decoraban el patio de

la cafetería Quinn, situada en el campus de la Universidad de Massachusetts. Las grandes jardineras dispuestas asimétricamente parecían jugar entre ellas.

–Me encanta usar esculturas como escenario de fondo en las fiestas de boda. Aquí tienes estas figuras, mirándose unas a otras, parece como si se estuvieran comunicando. Creo que los asistentes a la boda, con sus mejores trajes y vestidos, lograrán una armonía al posar junto a estas esculturas. Como si las esculturas volvieran a la vida gracias a los invitados. El contraste puede funcionar muy bien.

–Quedará muy original –apuntó Dell–, puede que llame la atención a los que estén buscando algo diferente.

–Me encanta lo diferente –asintió Regina con los ojos brillantes.

¿Qué habrían dicho los padres de Dell si hubieran estado vivos el día que había llevado a Regina a casa por primera vez? No había ninguna duda. Hubieran vertido millones de críticas sobre ella ya que se salía de las normas tradicionales de la familia. Incluso habrían tenido problemas con su forma de vestir.

Regina recorrió el patio contemplando las esculturas desde todos los ángulos. Se deslizaba entre las figuras como un haz de luz, lo que invitaba a un hombre a querer desvelar aquello que ocultaba. De repente, Dell sintió una oleada de calor que poco tenía que ver con el sol.

–¿Dell, te pasa algo? Te has quedado mirándome paralizado.

Jamás había conocido a nadie como Regina. Aquella mujer era eléctrica. Si sólo pudiera tocarla...

Dell se aclaró la garganta.

–Así que eres una aficionada a la escultura –dijo por fin tratando de recuperar la compostura.

Aquella pregunta tan mundana debió de devolver la confianza a Regina.

–¡Ah! Claro que sí. Éstas son grandes, son robustas y dan seguridad. ¿Cómo no me iban a gustar? –terminó con una carcajada–. Pero no hace falta que me sigas, cuando quieras te puedes marchar. Eres totalmente libre, ya lo sabes.

–¿Estás tratando de perderme de vista, Regina?

Ella se sonrojó y Dell se dio cuenta de que le encantaba aquel rubor. Estaba fascinado por la forma en la que el rostro de Regina se transformaba cada vez que se ponía roja.

–No. ¿Pero estás seguro que no te molesta estar aquí? ¿No te estarás riendo de mí? –preguntó ella.

–No, estoy aquí porque quiero –insistió Dell.

–¿Y no tienes ninguna reunión hoy sobre el tema de Chicago?

–Más tarde.

–¿Y ningún acto social al que asistir? –siguió preguntando Regina.

–No, hoy no. Aunque hay un evento programado en breve –Dell estudió con cuidado la cara de Regina–. De hecho me gustaría mucho que me acompañaras.

–¡Oh, no! Estás de broma. ¿No querrás de verdad que haga acto de presencia en uno de tus eventos sociales? –Regina parecía un poco agobiada al decir aquellas palabras. Dell se la quedó mirando.

–Pues sí que quiero. ¿Algún problema?

Regina se quedó pensando en lo que acababa de decir.

–No sé si encajaré con el tipo de personas que van a esos actos y a los que tú estás acostumbrado a tratar. No soy exactamente...

Dell la tomó de la mano.

–Eres mi esposa, Regina O’Ryan, y desde mi punto de vista, eres perfectamente adecuada –dijo Dell, que se estaba obligando a mantener las manos quietas.

–Pero...

–Shhh –dijo interrumpiéndola por segunda vez en el día–, ni se te ocurra criticar a mi mujer. Dicen por ahí que tiene un grupo de amigas muy buenas a las que no les gustaría nada saber que la andan criticando y a mí tampoco... –bromeó Dell.

–No te recuerdo tan mandón cuando eras más joven. Por lo menos las pocas veces que hablé contigo, no me lo pareciste.

–Tienes razón –concedió Dell–, no era así cuando me conociste. He cambiado.

–¿Qué te ha hecho cambiar?

–Mi familia. Siempre han esperado ciertas cosas de mí. El heredero de los O’Ryan debe estar siempre al mando. Tiene que ser fuerte y seguro –terminó Dell.

–Así es como eres –contestó Regina.

–Sí, así soy. O al menos eso creo. Pero como ya te he dicho, no me gusta presionarte.

Regina negó con la cabeza.

–No, no me estás presionando. Los dos hemos estado de acuerdo en probar

y ya sabía que en alguna ocasión me sentiría un poco fuera de mi elemento. Así que... sí, iré como tu esposa. Pero no esperes de mí la máxima elegancia. No he nacido con ella.

–Eso no me preocupa –respondió Dell, pero notó que a ella sí le preocupaba.

Regina apenas habló durante el resto del paseo. Se detuvieron a contemplar los arcos de olas metálicas que formaban el monumento a la Playa de la Constitución. Allí, Dell observó a Regina detenidamente. Él le había dicho que quería que el matrimonio siguiera adelante, pero... ¿Qué pasaría si no funcionaba? Como hombre de negocios que era, tenía que estar preparado para todas las posibilidades. Hacer que Regina conociera su mundo iba a ser bueno tanto para él como para ella. Si el matrimonio progresaba, Regina ya tendría la ventaja de conocer aquel mundo. Y si, por otro lado, Regina optaba por divorciarse, ya conocería a gente importante e influyente del mundo de los negocios de la que se podría beneficiar en el futuro.

–En dos semanas se celebra un baile benéfico –anunció Dell–. ¿Te gustaría ir conmigo?

–¿Un baile? –Regina repitió atónita aquella palabra. Dell dejó escapar una carcajada.

–Sí, el tipo de fiesta en la que te vistes de punta en blanco, bailas y charlas con la gente. Hay a personas a las que este tipo de eventos les resulta agradable.

Pero a ella no, estaba claro. Regina tenía la palabra «pánico» escrita en el rostro.

–No hay problema –le aseguró a Dell–, allí estaré.

–Has hablado como una mujer que se está preparando para que la Inquisición la reciba –dijo él con una media sonrisa en los labios–, pero no te preocupes porque estaré todo el tiempo a tu lado.

Y eso era precisamente lo que parecía asustar a Regina. Dell tenía que empezar a encararse con los hechos. Había algo en él que hacía sentir a Regina terriblemente incómoda. Dell tenía que resolverlo, tenía que encontrar una solución. Pero ¿cuál?

Regina se quedó mirando al vestido extendido sobre la cama. Habían pasado dos semanas desde que Dell le había preguntado si quería asistir al

baile con él. Las buenas noticias habían sido que Dell se había pasado las dos semanas en Chicago preparando la nueva sucursal. Las malas noticias, que precisamente debido a la ausencia de Dell, Regina no había tenido oportunidad de rechazar la oferta del baile. Y, en aquel momento, no parecía muy adecuado dejarle plantado después de haberle dicho que sí dos semanas atrás.

No podía dejarlo colgado. Durante todo el tiempo que habían estado casados, Dell jamás le había pedido nada. Aquel artículo sobre Dell y Elise debía de haber sido sólo la punta del iceberg de todos los rumores sobre Dell durante aquel año. Cosas de las que Regina no se había enterado ya que había estado desconectada por la pena y la confusión en la que había estado sumida por la pérdida del bebé. No tenía duda de que Dell había asistido a numerosos eventos sociales, era parte de su trabajo y del peso de llevar el apellido O’Ryan. Seguramente, la gente se habría preguntado con qué tipo de mujer se había casado. Probablemente, la gente se habría preguntado por qué la mujer de Dell nunca estaba junto a él.

Y eso era molesto. Dell era una figura importante, un hombre sobre el que se proyectaban grandes expectativas. Su mujer debía haber estado a su lado.

Regina dejó escapar un largo y profundo suspiro.

–Estaré junto a él esta noche –se dijo en voz alta. De lo que no estaba segura era de si iba a salir bien.

Cuando Regina les había confesado a las Bellas los motivos de su inseguridad, Audra no había estado en absoluto de acuerdo con ella.

–Lo que dices no tiene ningún sentido. Tú sabes perfectamente cómo hablar y cómo dirigirte a la gente. Lo haces todos los días en la tienda. Todos los días tratas con clientes que tienen dinero –le había dicho su amiga.

–Pues precisamente por eso. Son clientes y yo les estoy dando un servicio. Esta noche la gente espera ver en mí a una igual. Y no quiero que minusvaloren a Dell por haberse casado con doña...

–Como digas «Nadie» me voy a enfadar, querida –dijo Bella–, no hay absolutamente nada de malo en ti. Y estoy segura de que Dell no piensa que tú valgas menos.

Sin dejar de recordar aquella conversación con las Bellas se fue poniendo las medias sentada en la cama. Alcanzó el vestido con las manos.

«Dell me considera una responsabilidad más», pensó. Había sido tonta al acceder a emprender aquella locura de plan. Se suponía que en el plazo de dos

meses se iban a conocer, pero...

–Tengo miedo –admitió finalmente Regina en voz alta.

Dell no quería amor. Ella sí que quería amor. Además, Dell era un hombre muy atractivo y, a pesar de la intención de ambos de ser sólo amigos, a Regina le resultaba muy difícil ignorar al hombre con el que estaba casada. La mera presencia de Dell le hacía pensar en cosas ridículas.

No podía evitar soñar con noches de boda, sábanas de seda, el pecho desnudo y fuerte de un hombre sobre ella, y aquellas cosas que sólo ocurrían en la oscuridad entre un hombre y una mujer...

–¡Ah! ¡Basta! –se ordenó a sí misma. El periodo de prueba era de carácter práctico y posiblemente temporal. Acostarse con un hombre que podía desaparecer en dos meses era una estupidez. Complicaba las cosas a nivel práctico y emocional. ¿Pero acaso todavía no había aprendido la lección?

Sí. Debía frenar aquellos pensamientos y empezar a utilizar la lógica tal y como debía una auténtica esposa O’Ryan.

Respiró profundamente y trató de concentrarse. Pero en vez de concentrarse, le vinieron a la mente las voces de sus padres. «Trata de ser la esposa perfecta esta noche, Regina. Trata de cambiar, trata de parecerte a las hijas de nuestros amigos, trata de ocultar que eres diferente. Intenta hacernos sentir orgullosos y ser alguien en esta vida de una vez».

Se miró en el espejo y sintió que no era nadie en la vida. El vestido realizado en tela de color marfil y de escote palabra de honor era elegante. Pero las curvas demasiado marcadas de su cuerpo, el pecho demasiado voluminoso hacían que la elegancia del vestido se diluyera.

Ojalá no se tropezara, ni se le bajara el escote. No podía mancharse ni reír demasiado alto.

«Vamos, para ya», pensó. Se calzó unos zapatos de tacón de aguja y se preguntó si sería capaz de caminar. En cualquier caso, le quedaban bien. Lentamente, salió de la habitación y se dirigió a las escaleras.

Dell la estaba esperando en el piso de abajo, junto a las escaleras, y observó a Regina descender. Como no llevaba sus zuecos habituales, planos y de colores vistosos, parecía algo incómoda. Sin embargo, estaba realmente hermosa con aquel vestido de color crema y los zapatos de tacón. Su cuerpo curvilíneo y sus largas piernas hacían que el vestido resultara realmente

elegante.

«Y como a alguien se le ocurra comentar algo sobre Regina, juro que tendrá que pagar por ello», pensó Dell. Ella en realidad no quería ir al baile, lo estaba haciendo por él y no iba a permitir que nadie la hiciera sentir incómoda.

Dell le ofreció sonriente su brazo para que Regina se apoyara y terminara de bajar las escaleras.

–Estás preciosa –le dijo. Al instante se dio cuenta de que lo que había dicho no estaba bien. Pero no supo por qué.

–Sólo soy yo –respondió con suavidad Regina–, conmigo no tienes que hacer el papel de O’Ryan ni decir todo lo que se supone que tienes que decir. Para eso podemos esperar a la fiesta.

El comentario molestó a Dell. Una mujer acababa de hacer sentir mal al mismísimo Dell O’Ryan.

–Pero la verdad es que estás muy guapa –dijo intentando parecer más calmado.

Regina le dio unos golpecitos en el brazo mientras caminaban juntos.

–En mi habitación tengo un espejo en perfectas condiciones y de gran tamaño, Dell. Y la verdad es que parezco una bailarina de cabaret que intenta ir como una duquesa.

Dell se paró en seco y la miró a la cara.

–No obstante, una bailarina de cabaret muy agradable –añadió Regina para intentar quitarle hierro al comentario–. Y no te preocupes, que no utilizaré la palabra cabaretera en el baile. De hecho es una palabra que casi nunca utilizo.

Regina abrió los ojos de una forma tan inocente y encantadora que hizo que Dell soltara una carcajada.

Pero a pesar de los esfuerzos de Regina por bromear y relajar el ambiente, era obvio que estaba tensa. Dell quiso decirle que no tenía que hacer nada, sólo ser ella misma, pero tenía miedo de lo que Regina pudiera hacer si se lo decía. Estuviera bien o mal, la verdad era que lo habían educado en un ambiente en el que no se valoraba a aquéllos que osaban saltarse las normas.

–No te preocupes, no te pondré en ridículo –le prometió Regina.

–No estoy preocupado –Dell la tranquilizó tomándole las manos entre las suyas. Y la verdad era que no estaba preocupado por la actitud de Regina. Por lo que estaba preocupado era por si alguien le dijera algo hiriente.

Regina había crecido a sólo unas manzanas de él, pero era como si se

hubieran criado en dos universos distintos. Ella venía de una familia de clase trabajadora donde la subsistencia y la seguridad económica básicamente habían dependido de la habilidad de cada uno para salir adelante. Una familia donde las normas habían cambiado día sí, día también. Él en cambio pertenecía a un grupo donde las normas apenas se habían transformado en lustros. Una familia donde las apariencias lo eran todo, tanto que cuando la madre de Dell había roto el corazón de su padre poco después de la boda, todo se había mantenido en secreto. El padre de Dell había repudiado a su esposa en privado pero le había sonreído en público. Lo cierto era que en la familia de Dell no se toleraba que los jóvenes se salieran del molde. Dell no se podía ni imaginar qué dirían de una mujer como Regina. Una mujer que recorría las calles cámara en mano haciendo preguntas a grupos sociales marginales. Desde luego, Regina no tenía ni idea de las normas que regían el mundo de Dell.

–Relájate y dejemos que todo fluya, señora O’Ryan –dijo Dell, tratando de relajarse él también.

–Relax, está bien –añadió Regina a la vez que respiraba profundamente.

Dell trató de amortiguar el súbito deseo que le recorrió el cuerpo. Pero era ciertamente difícil. Se planteó una vez más si estaría haciendo lo correcto, si la decisión que había tomado era la acertada. Pero todas las dudas se disiparon al ver la inocente sonrisa que Regina le regaló.

–Muy bien, estoy lista –anunció ella.

Era evidente que Regina sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo y seguramente aquella fiesta le pusiera más nerviosa que cualquier callejón oscuro de Boston.

Dell le ofreció el brazo que ella tomó. Los dos caminaron juntos a la oscuridad de la noche. Eran dos completos desconocidos, pero sin embargo, aquella noche, estaban unidos por la aventura que iban a acometer.

«Y más vale que sea una aventura agradable para ella», pensó Dell.

La sala estaba decorada en colores dorados y pardos. Lámparas de araña y candelabros de plata iluminaban la estancia. Las mujeres se paseaban elegantes del brazo de hombres vestidos de forma impecable. La música de la orquesta acompañaba el tintineo de las relucientes joyas de las mujeres. Las copas de champán iban de mano en mano. Algunas de las mujeres se quedaban

mirando a Dell al verlo pasar y luego dirigían una mirada dubitativa a Regina. A veces las miradas se tornaban en malvadas. Regina hizo un esfuerzo para no estrujar el brazo de Dell y se mantuvo tranquila, controlando la respiración.

–Tengo el placer de presentarle a mi esposa, Regina –dijo Dell a un hombre de talla pequeña que iba acompañado de su mujer. Eran los Nedinson.

Regina inclinó levemente la cabeza y dijo muy educadamente:

–Un placer conocerlos.

–Edward trabaja en la industria naviera –explicó Dell–, él y Mary tienen tres hijas, todas de unos veinte años. Regina trabaja en un negocio de bodas. Es una fotógrafa maravillosa y muy creativa –continuó Dell. Mary sonrió.

–No es nada fácil encontrar un buen fotógrafo hoy en día. ¿Haces retratos también?

A Regina se le encendió una bombilla en la cabeza mientras respondía a la pregunta de Mary. Ahora entendía por qué Dell había insistido tanto en ir a verla a la tienda y conocer su trabajo. Lo que Dell estaba haciendo era lo que se hubiera podido denominar como «la presentación oficial». Una vez más, Dell estaba haciéndose cargo de ella.

Una parte del inconsciente de Regina le dijo que no debía permitir que Dell hiciera aquello. Ella era una mujer independiente capaz de valerse y defenderse por sí misma. Jamás sería como algunas de esas esposas que dejan en mano de sus maridos el futuro de sus hijos, el futuro de sus vidas. Pero la señora Nedinson estaba siendo tan agradable que le pareció de mala educación evitar su conversación.

–He de admitir que me sorprendí mucho cuando me enteré de la boda de Dell –dijo Edward–. Todos pensábamos que...

De repente Edward se detuvo a media frase al notar la mirada de sus esposa sobre él. Fue como si Mary le hubiera dado un pellizco, y quizás así fuera, ya que acto seguido los dos se marcharon a otra parte.

–Me han resultado muy simpáticos –comentó Regina. Pensó que debía hacer alguna reflexión positiva. Miró a los ojos color ámbar de Dell.

–Sí. Son de las parejas más agradables –le contestó.

Y además tenían a tres hijas de unos veinte años. Todas en edad de contraer matrimonio. En aquel momento comprendió que Dell estaba seleccionando cuidadosamente a las personas que le iba a presentar. Tenían que ser agradables y, a ser posible, clientes potenciales de Bodas Bellas.

El mismo patrón se repitió una y otra vez a lo largo de la noche. La

presentación de Dell era de lo más educada y la respuesta de los recién conocidos igualmente educada. Regina se esforzaba por parecer tranquila ya que todo el mundo se estaba comportando con ella a las mil maravillas. No obstante, podía percibir en sus miradas que la curiosidad les carcomía.

Finalmente una mujer se atrevió a preguntar:

—¿Cómo os conocisteis Dell y tú?

—Simplemente, un día aparecí en la puerta de su casa —Regina se dio cuenta de lo raro que acababa de sonar aquello y continuó—: Con el correo. Le llevé el correo —terminó de explicar. La mujer en cuestión frunció el ceño—. No es que yo fuera la cartera, aunque no hay nada malo en ese trabajo —añadió, estaba empezando a divagar.

—Regina y yo éramos vecinos —dijo Dell con gentileza.

En circunstancias normales, aquellas respuestas habrían sido más que suficientes. Pero Regina notó como la cabeza de la mujer iba a mil por hora. La casa de Dell estaba apartada de todo. Ocupaba unas cuantas hectáreas de terreno y las casas de los alrededores habían sido paulatinamente vendidas o reconstruidas. La mansión de los O’Ryan era como una isla rodeada de viviendas de gente trabajadora.

—Vecinos —continuó la mujer—, ya veo.

Regina se dio cuenta de que la señora estaba pensando que Dell se había casado con una inferior.

—Pero ya no es mi vecina —apostilló Dell. Regina pudo notar en sus ojos un cariz oscuro y ardiente—. Regina es mi esposa. Y ahora también es una O’Ryan.

Y eso fue todo, Dell lo dejó todo claro. Regina vio sorpresa en los ojos de la mujer... y también aprobación. El gran Dell O’Ryan había hablado.

Sin embargo, Dell conocía perfectamente las reglas del juego. Con ese tipo de gente uno tenía que ganarse el puesto a pulso y sólo se era aceptado con el paso del tiempo o por alguna acción concreta. Y desde luego, no contaban con demasiado tiempo, sólo con dos meses. Así que había que descartar la primera opción. Y una vez pasaran los dos meses, Regina seguiría adelante con su vida y no permitiría que Dell la protegiera más.

Pero ¿qué pasaría si esa noche alguien hería a Regina? El mero pensamiento le puso furioso. Se enfadó consigo mismo y con su mundo. Y además hizo que su deseo de protegerla se hiciera aún mayor.

Regina le tiró de la manga de la chaqueta.

—Una fiesta estupenda, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa demasiado

amplia—. La verdad es que estoy empezando a pasarlo bien.

Dell no supo si debía reír por el comentario o fruncir el ceño en señal de preocupación. Desde luego, Regina estaba intentando convencerlo de que se encontraba bien. Dell se decantó por sonreír.

—No te debería haber traído aquí.

—¿Sabes?, me apuesto lo que quieras a que si no me hubieras traído contigo, estarías por ahí hablando de negocios o de deportes con tus conocidos o haciendo lo que quiera que hagáis la gente de dinero. Venga, vete y haz lo que tengas que hacer. Vamos.

Dell parpadeó.

—No te voy a dejar aquí sola.

—No, de verdad —respondió Regina—, estaré bien. Y te prometo que no diré nada demasiado embarazoso. Sé perfectamente cómo comportarme en público, ¿sabes? Lo hago todos los días.

—Pues claro que lo sé —pero no quería dejarla sola. No se fiaba de la gente. Tratarían de sacarla información.

—Y además estás poniendo cara de sospechoso. Van a pensar que estamos ocultando algo. O quizás que estemos discutiendo.

—¿Estás segura? —le preguntó Dell con una mirada intensa. Regina pestañeó y lo miró fijamente.

—Estaré bien. Prometo no empezar a repartir tarjetas de visita ni contar chistes groseros.

Dell se rió.

—No serías la única repartiendo tarjetas de negocios. Aquí la mitad de la gente lo que hace es eso precisamente, negocios.

—Si es así, estaré al acecho de clientes potenciales. O por lo menos de gente interesante a la que fotografiar. Al fin y al cabo es a lo que me dedico. No te preocupes, ya no estoy nerviosa.

—Si estás tan segura... —dijo Dell un poco apagado. Sospechaba que estaba cansada de su compañía.

—Sí que lo estoy. Pásalo bien —Regina le despidió con la mano y Dell se marchó desganado de su lado.

Lo único que deseaba era no estar cometiendo un error.

Capítulo 6

REGINA estaba abrumada. Aquel baile, aquellas personas... se sentía totalmente fuera de lugar. Pero se había visto obligada a pedirle a Dell que se fuera porque cuanto más gente se acercaba a conocerla, más interpretaba él el papel de guardián.

Además Dell estaba irresistible aquella noche. A Regina se le iba haciendo cada vez más y más difícil mantener una conversación normal con aquella gente con la que no tenía nada en común. Además, no estaba acostumbrada a tener a alguien constantemente a su lado asegurándose de que se encontraba bien. Y tampoco estaba acostumbrada a estar cerca de un hombre como Dell. Esa proximidad la había hecho desear cosas en las que no debía ni pensar.

«Lo único que tienes que hacer es pensar en la gente como si fueran sujetos para tus fotos», pensó Regina para tranquilizarse. «Como si estuvieras en una gran sesión fotográfica», continuó reflexionando en silencio. Así que, con su mejor sonrisa, se alisó el vestido de seda con las manos y se dirigió al grupo donde se encontraba Dell.

Regina no tuvo ni que presentarse. Por lo visto, se había corrido la voz de que, por fin, la esposa de Dell se dejaba ver en público. Los curiosos salieron a su encuentro, pero de la manera más educada, por supuesto. Cada persona esperó pacientemente su turno para saludarla. No hubo ni empujones, ni voces más altas que otras como ocurriría en el mundo real. Quizá una mirada más fría de lo normal o un sutil movimiento de hombros, pero en general, todo procedió con un orden impecable.

Regina movía su cabeza de un lado al otro.

—Un placer conocerla —le dijo Regina a una mujer cuyo nombre olvidó instantáneamente—. Sí, soy fotógrafa y tú tendrías un retrato estupendo, tu sonrisa es perfecta.

«Una menos», pensó Regina mientras veía como la mujer se alejaba feliz. Regina se cruzó con la mirada de Dell y le lanzó una sonrisa tranquilizadora. Él la miró desde lejos con extremo cuidado. ¿Cómo era posible que la mirada de aquel hombre, a más de un metro de distancia, la hiciera sentir como si la ropa le quedara demasiado apretada?

Más gente se acercó a conocerla. Regina buscaba la humanidad en los rostros, como solía hacer con sus modelos.

«Una sonrisa encantadora. Ojos viejos, tristes. Expresión de sabiduría. Una mandíbula firme que demuestra una personalidad arrolladora. Una cara que pasaría desapercibida en una foto de grupo», reflexionaba Regina. Y mientras analizaba los rostros de las personas, conversaba con ellos como si fueran clientes de la tienda.

«Háblame sobre tus aficiones. Oh, me temo que yo no he viajado tanto. ¿Y tú? Tienes un brillo en los ojos que me hace pensar que has tenido una vida muy interesante. ¿Te llamas Angelique? ¡Qué maravilla de nombre, qué exótico!».

Así, entre cara y cara, se giraba para mirar a Dell que había decidido seguir conversando en un grupo, aunque no dejaba de estar pendiente de ella. A cada rato la miraba directamente a los ojos. Estaba claro que Dell había aprendido desde pequeño el arte de la conversación. Podía seguir hablando a la vez que echaba un vistazo a su esposa.

A veces, a ella le costaba apartar la mirada de la de Dell.

—¿Una copa de champán, señora? —le preguntó un camarero con una bandeja en la mano.

—Oh, no. Puede que ella esté embarazada —se adelantó a contestar una voz femenina y aterciopelada que hizo que el camarero se esfumara.

Regina se sorprendió ante aquella respuesta a pesar de que no había bebido ni una gota de alcohol aquella noche. No había querido beber para no meter la pata y poner en evidencia a Dell.

Regina miró a la mujer que acababa de hablar. Era alta, delgada, de ojos azules, vestía un traje de noche azul que dejaba al descubierto una piel perfecta. Era realmente elegante.

—Elise Allenby —dijo la mujer, y le tendió la mano—, tú debes de ser la esposa actual de Dell.

—Sí, Dell y yo estamos casados —dijo con toda la tranquilidad que pudo. Todos los temores que había tenido sobre el estado emocional de Elise se

esfumaron al instante. Con aquellas palabras de «esposa actual» Elise acababa de dejar claro que quería batalla. Ella quería a Dell y no le gustaba nada que Regina lo tuviera.

«Pero no será mío mucho más tiempo si el plan no funciona», pensó Regina. «Y en ese caso, quizás Elise llegue a ser la «esposa actual» de Dell en menos de un año. Así que sonrío. Sé simpática. Hazlo por él».

–Lo siento, no he debido hacer ese comentario sobre el embarazo –dijo Elise–. Estoy segura de que sabes perfectamente que a Dell no le gustan los niños.

Touché. Regina sintió como su corazón se agrietaba al pensar en el bebé que había perdido. Seguramente alguien le hubiera dicho a Elise que había estado embarazada cuando se habían casado. ¿Habría sido Dell?

–No, no estoy embarazada –consiguió responder.

¿Sería verdad que a Dell no le gustaban los niños? Si así era, incluso a pesar de ello, se había casado con Regina embarazada. Si era verdad lo que aquella mujer acababa de decir, Dell había sacrificado mucho más de lo que Regina había llegado a pensar.

–Siento mucho dirigirme a ti tan inesperadamente. Sé que no nos conocemos de nada, pero soy una vieja amiga de Dell –Elise continuó hablando, su voz pasó de un tono duro a uno un poco más moderado–, lo conozco desde hace muchos años. Hace muchos, muchos años.

Y entonces pareció como si la cara de Elise se transformara. Dejó de hablar y pestañeó. Un destello de horror se apoderó de su mirada y volvió a pestañear. Una lágrima se deslizó por su mejilla, dejando un rastro de rímel.

–Lo siento –añadió–, lo siento. Estoy metiéndome donde no me llaman. Además de ser malvada, entrometida y torpe emocionalmente.

¡Ah, lo amaba! Elise amaba a Dell y estaba terriblemente celosa.

A pesar de la dureza de las palabras de Elise minutos atrás, Regina se sintió culpable. ¿Había Dell sacrificado a aquella mujer por otra embarazada y con un bebé que él no deseaba?

–No te preocupes –dijo Regina con dulzura–, no me has hecho daño.

«Y si estoy dolida, yo soy la única responsable de mi dolor», pensó.

–Vamos, te acompaño al tocador de señoritas para que te arregles el maquillaje –añadió Regina comprensiva.

Elise se llevó las manos a la cara.

–¡Ah, como si no hubiera hecho suficientemente el tonto! –exclamó antes de

girarse para huir hacia el baño. Entonces una mujer embarazada se acercó a Elise.

–¡Elise, cuánto tiempo sin verte! –dijo la mujer, pero Elise negó con la cabeza.

–Ahora no, lo siento –le soltó y se fue a toda prisa.

La mujer embarazada y Regina se quedaron solas. La mujer se quedó mirando a Regina sin saber muy bien qué decir o hacer, y Regina se fijó en su tripa.

Una flecha de dolor atravesó a Regina. Se asustó por la intensidad de las emociones que estaba sintiendo aquella noche. Hizo un esfuerzo por respirar. La gente la miraba. Elise, la mujer que casi había estado comprometida con Dell, había salido corriendo con lágrimas en los ojos, de su lado. Hizo un esfuerzo por sonreír sólo un poco y miró al bello rostro de la mujer que tenía delante.

–Hola, soy Regina O’Ryan –dijo finalmente–, enhorabuena por el bebé. ¿Lo esperas pronto?

¿Había hecho lo correcto? ¿Era adecuado preguntar a una mujer por su embarazo cuando era tan evidente? Regina no podía pensar con claridad. Los recuerdos, los pensamientos, los sueños se agolpaban en su cerebro.

–Espero no haber sido demasiado directa ni haberte hecho sentir incómoda –añadió Regina, tratando de parecer cercana–, es sólo que... bueno, que los niños son tan especiales.

La mujer sonrió delicadamente.

–Soy muy afortunada –dijo la mujer–, y gracias por preguntar. Soy Tonya Deerfield. Y... perdona.

La mujer tocó el brazo de Regina justo cuando vio que Dell se aproximaba hacia ellas.

Dell sonrió a la mujer.

–Tonya –le dijo–, perdónanos. La música está empezando y me gustaría bailar con mi esposa.

–Por supuesto. Un placer haberte conocido, Regina –repuso, y se alejó.

Dell no dijo palabra. Se limitó a tomarla de la mano y caminaron hacia la pista de baile. Regina escuchó a la gente cuchichear a su paso. Estaba claro que muchos habían contemplado el numerito que acaba de protagonizar Elise.

–Lo siento –le dijo a Dell, quien se tambaleó un instante, haciendo que Regina tropezara. No cayó al suelo porque el firme brazo de él la rodeó por la

cintura. Regina tembló al sentir el brazo de su marido.

–Ya hablaremos más tarde –dijo en voz baja y tensa. Evidentemente estaba furioso. Pero ella no había tenido la culpa de nada–. Sonríe –le pidió al tiempo que empezaban a bailar, y le dedicó una dulce sonrisa, que formaba parte del papel. Ella no podía ser menos, le sonrió también e hizo todo lo que pudo por bailar, a pesar de que los malditos zapatos de tacón le estaban haciendo la vida imposible.

Estuvo a punto de tropezar de nuevo, pero Dell la agarró a tiempo, atrayéndola hacia su pecho, tan cerca que casi se rozaron.

La cabeza de Regina empezó a dar vueltas, hizo todo lo posible por respirar con normalidad y porque él no se diera cuenta de lo que le afectaba su cercanía. Dell era su antiguo vecino, su amigo, pero no su amante, a pesar del contrato legal que les unía. No podía olvidarlo.

–Regina, mírame a mí, no te mires a los pies –ordenó, y ella lo obedeció. Le miró directamente a los ojos y encontró el equilibrio.

El tacto de las manos de Dell en la cintura le resultaba tan agradable como una caricia. Pero no lo era. Estaban sólo bailando. Él había bailado con cientos de mujeres a lo largo de su vida.

A pesar de todo lo que sentía, Regina no se permitió apartar la mirada. Por un momento, fue capaz de olvidarse de todos los ojos que estaban puestos en ella. Por un momento, en el mundo sólo estaban ella y Dell, bailando agarrados. El corazón de Regina empezó a latir con más fuerza. Sus sentidos se agudizaron. Estaba tan cerca de él que sólo hubiera tenido que ponerse de puntillas para besar sus labios.

Aquel pensamiento la encontró con la guardia bajada. Las emociones de su cuerpo empezaron a revolucionarse, pero... las emociones no formaban parte del matrimonio, ¿verdad? Dell no quería emociones. Y sería totalmente injusto imponer aquel elemento en el trato. Regina se vio obligada a apartar de nuevo la mirada y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener el equilibrio. La música se paró, el baile había terminado.

–Es hora de irnos –anunció Dell.

Ella comprendió que poco después hablarían. Y no esperaba nada bueno de la conversación.

Durante la vuelta a casa reinó silencio. Dell no quería hablar, no se fiaba de

sí mismo. Una vez empezara a hablar, todas las emociones que había estado conteniendo durante la noche, tendrían vía libre. Y desde luego, no debía conducir sintiendo tal torbellino. No era seguro.

Así que hizo todo lo posible por no pensar en lo tensa y pequeña que parecía Regina en el asiento del copiloto. Estaba sentada pegada contra la puerta.

Probablemente Dell pareciera enfadado como un basilisco. Y la verdad era que se sentía así. Sentía como si llevara dentro una tormenta a punto de estallar.

Al llegar a casa, ayudó a Regina a salir del coche y la acompañó al interior. Las luces de la noche se colaban por las ventanas del recibidor.

Regina permaneció rígida como un poste, como si estuviera esperando el arrebató de Dell. Y entonces, valientemente se dio la vuelta y clavó sus ojos en los de Dell.

–No debería haber ido al baile –dijo Regina.

–No debería haberte hecho ir –repuso Dell.

–Te dije que sería capaz de manejarme. Pero la conversación con Elise fue demasiado, fue estúpido por mi parte. Yo... supongo que no pensé con claridad.

–¿De verdad piensas que creo que tienes la culpa de lo que ha pasado? Regina, yo fui quien te pidió que vinieras, te forcé a que asistieras al baile. Y ni se me ocurrió pensar en que Elise pudiera estar allí.

–¿Acaso se te puede pasar por la cabeza que pienso que me has invitado a acompañarte para herir intencionadamente a Elise?

–Claro que no. Tú no podrías herir a nadie. Sin embargo, te he colocado en una situación muy delicada y luego te he dejado sola a tu suerte.

–Pero no soy una incompetente y tú lo sabes. Fui yo quien te ha pedido que me dejaras sola en el baile. Yo tomé la decisión.

–Regina, ¿de verdad piensas que puedes obligarme a hacer algo contra mi voluntad?

–Está bien, no obstante yo te pedí que te marcharas.

–Sí, puede que tengas razón. Pero, en cualquier caso, si hubiera sabido que Elise Allenby iba a ir a la fiesta, ten por seguro que no habiéramos asistido.

–Dell, no puedes interponerte en el curso natural de las cosas, de la vida. Aunque de hecho, ya lo has hecho. Elise me ha dicho que nunca has querido hijos.

–¿Te ha dicho eso?

–Hiciste un gran sacrificio casándote conmigo.

–¿De verdad? –Dell parecía poco convencido—. Te recuerdo que el primogénito de los O’Ryan necesita un heredero.

–Oh, sí, claro. Me estás diciendo que te casaste conmigo porque estaba embarazada y necesitabas un heredero. ¿Qué piensas sobre tener hijos? –le preguntó sin más Regina.

–La verdad es que no sé nada de críos –respondió Dell para salir del paso, obviamente, sin mucho éxito. Vio en los ojos de Regina un destello acusador. Era verdad, no sabía nada sobre niños. Y teniendo en cuenta que se parecía bastante a su padre, asumía que tampoco se le darían muy bien. En cualquier caso, sabía que a Regina sí. Y con respecto al niño que había llevado en su vientre...–. Puede que no fuera el candidato perfecto como padre de tu hijo, Regina, pero lo habría acogido con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, me hubiera gustado ver a tu hijo nacer. Yo quería ser su padre.

La voz de Dell perdió intensidad al pronunciar aquellas últimas palabras. Intentó no pensar en aquella tarde en la que, al volver a casa, se había encontrado a Regina tan pálida como la pared, en silencio...

–Yo... tu hijo jamás hubiera sido una carga para mí, si es lo que te estás preguntando –continuó él.

Al oír pronunciar aquellas palabras, los preciosos ojos marrones de Regina se llenaron de lágrimas. Dell se dio cuenta de lo que pasaba y tomó las manos de ella entre las suyas. Regina estaba temblando. Un arrebató de deseo le recorrió el cuerpo al sentir la esencia del perfume femenino.

–Regina...

Dell le acarició el pelo y la atrajo hacia él.

–Prométemelo –prosiguió.

–¿El qué? –susurró Regina mirándole directamente a los ojos. A aquellos ojos del color del caramelo.

–Te he puesto en peligro al llevarte esta noche al baile. Prométeme que no me dejarás que te vuelva a enredar en ninguna situación que te pueda hacer sentir incómoda.

–No lo haré –respondió ella.

–Lo digo en serio. No quiero que hagas nada por mí, no quiero que hagas algo sólo porque pienses que forma parte del plan. Si me paso de la raya, si llegaras a sentir que te presiono, por favor, házmelo saber.

Colocó las manos de Regina contra su pecho como si quisiera demostrarle que se lo decía de todo corazón.

Qué gran error. El calor de las manos de Regina contra su cuerpo fue demasiado para él. Un escalofrío de deseo lo recorrió. Reposó las manos en la cintura de Regina. Parecía como si las acciones de su cuerpo fueran por delante de sus pensamientos. El vestido que llevaba ella era de tela muy fina. Podía sentir su piel cálida, tan suave. Si Dell no se detenía, no tardaría mucho en abrazarla. La saborearía y rompería la promesa que había hecho de no tocarla durante los dos meses de prueba. Correría el riesgo de incitar a Regina a hacer algo que realmente no quisiera.

Dell consiguió apartarse.

Regina se le quedó mirando, como si supiera perfectamente qué se le había pasado por la cabeza.

–Si vuelvo a hacer esto, quiero que me pares. Quiero que me digas que no – le dijo él. Regina le miró a los ojos con las cejas arqueadas, sin decirle una palabra. Dell gruñó–. Regina, por favor.

–Sí, lo haré. La próxima vez te frenaré.

Las palabras «la próxima vez» parecieron una promesa, una amenaza. Dell tomó una gran bocanada de aire, tratando de tranquilizarse.

–Bien. Bueno, creo que mejor... buenas noches.

Era el momento de retirarse, antes de que cambiara de idea y volviera a tocarla de nuevo.

Dell se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

–¿Dell? –la dulce y triste voz de Regina hizo que se parara en seco y se diera la vuelta para mirarla.

–No me has hecho daño. Sí, es verdad que ha sido muy difícil la conversación con Elise, pero debo aprender a manejarme en este tipo de situaciones. Debo ser fuerte. Bueno, soy una mujer fuerte.

–Lo sé, y has manejado la situación muy bien. Pero eso no quiere decir que esté dispuesto a hacerte pasar por algo así otra vez.

–Que duermas bien –le deseó Regina.

Aquella noche, Dell había hecho algo que había pensado que jamás haría. Había tocado a su mujer. Pero no podía volver a pasar. Por lo menos no por el momento. Si la relación funcionaba, al menos tenían que asegurarse de que fuera una relación sólida, basada en la confianza. No podían dejarse llevar por un arrebató de pasión de una noche.

Por otra parte, Dell no podía comportarse como cualquier otro hombre dispuesto a aprovecharse del buen carácter y la generosidad de Regina. No podía seguir el mismo camino que había tomado en el pasado su primo. Esperaría a que Regina decidiera que quería estar con él para disfrutar de los secretos de su cuerpo.

Capítulo 7

A LA MAÑANA siguiente Regina se sintió un poco tensa en el trabajo. Estaba claro por qué. Anhelaba a su marido.

«Por favor, no hagas ninguna tontería», se dijo a sí misma.

Pero ya era demasiado tarde. Ella y Dell habían cruzado la barrera que los había separado. Se habían tocado. Lo sabía, notaba como su corazón se le salía del pecho. Dell la había deseado.

Cielo santo, ella lo había deseado también. Todavía se preguntaba cómo había sido capaz de controlarse para no abrazarlo.

Gracias a Dios que él se había dominado porque tenía la intuición de que, si establecían contacto físico, cada vez lo desearía más y más y... los resultados serían nefastos. Si empezaba a querer más de lo que él ofrecía, las consecuencias serían terribles.

–¿Regina? –Bella la estaba mirando fijamente–. ¿Te encuentras bien?

–Estoy perfectamente. ¿Por qué?

–Porque llevas consultando la agenda tres minutos. ¿Se te ha pasado apuntar alguna cita?

Regina hizo un intento por recordar y al final frunció el ceño.

–Sí. Los Vandivers quieren ampliar el número de localizaciones donde sacaré las fotos. La fiesta de compromiso, las despedidas de solteros, la apertura de regalos además de toda la boda y el momento en el que se despedirán antes de la luna de miel. Quieren lo mejor y lo más grande. Desde luego que no debemos reparar en gastos. Tendré que contratar a otro fotógrafo para las nuevas localizaciones, no doy a basto. Pero si eso es lo que quieren, es lo que tendrán –Regina se quedó mirando a sus amigas.

–Eso es –dijo Natalie–, a mí también me han llamado. Quieren más decoración en el pastel y que hagamos más postres para los que no quieran

pastel de bodas. Estoy segura de que podré con ello. De hecho ya estoy trabajando en el pastel especial. Y todas tenéis que probarlo, voy a empezar a preparar las muestras. Vosotras sois de mucha ayuda con vuestros comentarios.

–¿Algo más? –preguntó Regina, pues los Vandiver estaban siendo muy exigentes.

–Mucha más pedrería en los vestidos –dijo Serena–, en todos los vestidos.

–Arreglos de flores para todos los lugares por los que los novios pasen el día de la boda –añadió Callie con una sonrisa–. Y arreglos especiales para los invitados especiales. Y eso que son bastantes.

–Vamos a tener que pedir un crédito mayor, Bella –Audra parecía preocupada–. Los extras de material y de personal que tendremos que contratar, van a salirse del presupuesto. Quiero decir que cobraremos el día de la boda, pero hasta entonces debemos de andarnos con cuidado.

–No quiero que nadie le pida un adelanto a Liz Vandiver bajo ningún concepto –dijo Julie de repente–, el trato con ella ya es bastante desagradable, cambia de opinión cinco veces al día. Podríamos simplemente... no quiero que las Bellas lo pasemos mal sólo porque os estéis gastando en secreto el dinero en mi boda.

Todas se quedaron congeladas.

–¿Cómo te has enterado? –preguntó Audra.

Julie recorrió con la mirada a sus compañeras.

–Ninguna de vosotras sois precisamente expertas en guardar secretos. Todas las miradas furtivas que os habéis estado intercambiando. Además, me he encontrado algunas notas al lado de la papelera cuando la estaba vaciando ayer. Deben de ser de la reunión que tuvisteis sobre los preparativos. No voy a permitir que hagáis ningún sacrificio por mí.

A Regina se le olvidaron sus problemas.

–Julie, estamos perfectamente. La boda con Matt es un regalo para ti, pero también lo es para nosotras. Estamos disfrutando planeando cada detalle y no me hagas repetírtelo otra vez. Tenemos dinero y lo estamos utilizando. Vas a tener la boda perfecta y te vas a casar con el hombre perfecto. ¿Está bien, cariño?

Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas.

–Os quiero a todas muchísimo.

–Nosotras también te queremos, preciosa. Así que no te preocupes por los Vandivers –le aseguró Bella–. Los Vandivers son muy extravagantes, pero

también saben mucho de negocios. Son conscientes de que cuando encargan algo extra les cuesta más dinero. Yo me encargaré de ellos y, cuando llegue el momento, estarán encantados con nuestro trabajo, se quedarán con la boca abierta y nos darán montones de dinero.

Por fin Regina logró sonreír.

–Eres maravillosa, Bella. Por eso la gente te quiere. Ah, por cierto, Rae Anne ha llamado, quería saber si Charlie Wiley había pasado a verte.

Bella frunció el ceño.

–Me encantaría que dejara de intentar juntarme con hombres. Charlie Wiley me llamó ayer cuando no estaba. Pero no me apetece nada quedar con otro hombre que se lance a cachearme a la primera de cambio. Si me vuelve a llamar o me pasa a ver, encárgate de decirle estas palabras de mi parte.

Todas las Bellas parecieron un poco incómodas por el comentario.

–La verdad es que no me sentiría bien haciéndolo –dijo Julie.

–Ya lo sé. Es que estoy enfadada. Se lo diré yo misma. Y ahora, chicas, poneros manos a la obra. ¿No tenemos esta noche partida de póquer?

Sí, pero Regina no podía ir. La velada de la noche anterior tenía demasiado ocupada su mente. Si estaba con sus amigas por la noche, no sabía si podría ocultarles sus miedos. Pero por otro lado, si se fuera a casa...

Tampoco podía ir a casa. Primero tenía que superar sus miedos e inhibiciones. Lo que necesitaba era una buena dosis de realidad.

–Lo siento, chicas, pero tengo mucho trabajo que hacer –expresó Regina mientras tomaba la bolsa con las cámaras–. Con un poco de suerte, podré quedar con Edna antes de que vaya al trabajo.

–Regina...

Regina miró a sus compañeras a la vez que se dirigía a la puerta de salida.

–Sabéis que no me gusta perderme las noches de póquer, pero hoy no tengo alternativa.

–Pero sabes perfectamente que no es por eso por lo que Audra está preocupada –respondió Callie.

–Ya lo sé, pero no te preocupes, Edna es una buena persona.

–Sí, seguro que lo es, pero...

–Os quiero, chicas, y de verdad que aprecio vuestra preocupación, pero no tenéis por qué alarmaros –dijo sonriendo y despidiéndose con la mano.

Dell colgó el teléfono y maldijo en voz alta tras recibir la llamada de Bella.

–Dell, en circunstancias normales no te hubiera llamado. Además, siento como si estuviera traicionando a Regina. Probablemente me esté preocupando sin razón y me esté excediendo en mi papel de madre protectora. Pero es que Regina nos ha dicho que iba a una sesión de fotos y... no sé. Ya ha fotografiado a esa mujer en esa misma localización y, además, Regina jamás se pierde la noche de póquer con las chicas. Por otra parte, hoy parecía como si estuviera ausente –había continuado Bella–. Estoy segura de que el barrio al que ha ido es seguro si vas acompañada, pero para una mujer sola... hay que tener cuidado. Y Regina nunca quiere que la acompañen porque dice que rompería la confianza que la persona ha depositado en ella. Si pudieras ir y asegurarte de que está bien, desde lejos, y luego llamarme para decirme que está en casa a salvo, te lo agradecería.

–Pero Regina no debería frecuentar sitios donde corra riesgo aunque sea muy remoto. ¿Por qué no la has detenido?

El silencio se hizo por un momento.

–Regina es una mujer adulta. Es una profesional, además de ser excepcionalmente buena en lo que hace. Igualmente es inteligente, muy independiente y le gusta ser así. Así que si lo que vas a hacer es darle una lección o tratarla como a una niña pequeña, prefiero buscar ayuda en otra parte. Esta chica ya ha escuchado suficientes sermones en su vida y sobre todo el último año. Sus padres se encargaron de sermonearla todos los días de su vida y también algunos de los hombres que ha conocido...

Dell se pasó los dedos por el cabello.

–No habrá sermones. Pero tengo que asegurarme de que está a salvo. ¿Me puedes dar la dirección?

–Toda la información que tengo es el nombre del barrio.

Cuando Bella pronunció el nombre del área, Dell se quedó pálido.

–Voy para allá –dijo de inmediato.

–¿Me llamarás?

–Sí, cuando ya no esté furioso.

–Dell...

–Soy su marido, Bella, tengo derecho a ponerme furioso.

–Si la haces daño...

–Jamás. Siempre estará a salvo conmigo. Te lo prometo. Confía en mí.

Dell no esperó a la respuesta de Bella. En diez segundos estaba en el coche

en dirección a una de las áreas más peligrosas de la ciudad. No tenía ni idea de lo que le diría a Regina cuando la encontrara. Ojalá fuera capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Los últimos rayos de sol se esfumaban del cielo. Regina empuñó la cámara enfocando en dirección a Edna y se dio cuenta de que la mujer estaba mirando hacia un punto por detrás de sus hombros. La mujer estaba frunciendo el ceño.

–¿Qué estás mirando? –le preguntó–. ¿Te pasa algo?

–Me temo que te tienes que ir marchando, corazón –comentó Edna–, acabo de ver a un hombre al acecho. Y una niña tan bonita y joven como tú no debería andar por aquí a estas horas de la noche. Ya te había avisado.

–Lo sé, pero hoy tenía tiempo para terminar el reportaje. Y quería concluir con tu parte de la historia. Edna, eres una mujer única. Muchas gracias por tu tiempo.

La mujer, más mayor que Regina, asintió.

–Regina, siempre serás bienvenida. Pero ahora, de verdad, tienes que irte. Esto no me gusta nada.

La voz de Edna adquirió un tono oscuro. El corazón de Regina empezó a latir con fuerza. Era verano y el sol tenue del atardecer dejaba las calles en penumbra.

–Pero no te voy a dejar aquí sola a tu suerte –anunció Regina.

–Cariño, llevo cuidándome yo solita toda la vida.

Y Regina sabía que había tenido que pagar un precio muy alto por ello.

–No me voy a ir. Vamos juntas a algún sitio. Y si es necesario llamaré a la policía –pero sabía que Edna no la dejaría hacer eso a no ser que fuera absolutamente necesario. En aquel barrio vivía mucha gente con un pasado oscuro. Dos hombres empezaron a caminar hacia donde se encontraban las dos mujeres. A Regina le dio un vuelco el corazón.

Edna tragó saliva.

–Ya está, aquí vienen los problemas. Más te vale irte a casa ahora mismo.

–Edna –dijo uno de los hombres–, ¿pero con quién andas hoy? Es guapa, ¿verdad?

–No es nadie –respondió–, ahora, fuera de mi vista.

–Oh, no, me temo que no –dijo el otro hombre mientras avanzaba más hacia ellas–, me apetece mirar más de cerca. Lo mismo incluso puedo probar. Me

apetece un bocadito.

–No, no querrás probar nada –dijo Edna–. Está enferma.

–Mientes. Esta mujer está sana, te lo aseguro. Suave y bien dotada...

–Y no tengas duda de que me pertenece sólo a mí –una voz grave, profunda, surgió de la nada. Edna abrió mucho los ojos. Regina se giró y vio a Dell andando hacia ellos. Tenía los ojos encendidos, ardiendo–. De hecho, como se te ocurra acercarte un paso más a ella, vas a acabar en Urgencias –le prometió a aquel hombre.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Tienes una pistola?

–Mucho mejor que eso. Tengo línea directa con el comisario jefe de policía desde mi móvil. Un viejo amigo mío. Así que, si quieres conocerlo, sólo tienes que dar un paso más hacia donde está mi mujer.

–¿Tu mujer?

–Así es –Dell sacó el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta, abrió la tapa y marcó un par de números–. ¿Cuál es el nombre de esta calle? Ah, sí –recordó, y dijo en alto el nombre de la calle–. ¿Cómo os llamáis? –preguntó a los dos hombres.

–Sí, claro, como que voy a decírtelo.

–Se llaman Bodie y Reg –declaró Edna–, y además, te puedo decir dónde puedes encontrarlos.

Una lenta y letal sonrisa de satisfacción se apoderó del rostro de Dell. Alguien respondió al otro lado de la línea.

–Necesito ayuda en un altercado –le dijo a la persona al otro lado del teléfono–. Muy bien. ¿Cuánto tiempo? ¿Diez minutos? Que sean cinco.

Uno de los hombres empezó a maldecir en voz baja.

–Está bien colega. Ya nos vamos. Ni siquiera hemos visto a tu mujer. Está a salvo.

–Sí, eso es. Lo más inteligente que puedes hacer es irte a casa, Bodie –anunció Edna.

–Cállate, vieja. Tú y yo arreglaremos cuentas más tarde –amenazó el tipo, luego agarró de la solapa al otro hombre y los dos se alejaron con prisa.

Regina miró a su marido que estaba cancelando su petición. No parecía nada satisfecho.

–Eh..., Edna, me gustaría presentarte a mi marido –dijo dándose la vuelta para darse cuenta de que no había nadie.

–Se ha ido por la esquina –le explicó Dell a su esposa.

–La has asustado.

–No creo que se haya asustado. Y desde luego no de mí.

Probablemente Dell tuviera razón. Edna no se dejaba asustar con facilidad.

–Puede que no estuviera exactamente asustada, pero no creo que le apetezca encontrarse con el jefe de policía. Tiene un... pasado.

–Y éste no es precisamente el barrio más seguro de la ciudad, pero sin embargo aquí estás tú. Y sin la protección adecuada –la voz de Dell era grave y sonaba enfadado.

–Edna es especial –explicó–, aquí viven personas que han tenido y tienen vidas muy duras. Ahora que es mayor y no puede trabajar se dedica a ayudar a los demás. Cuida de los enfermos, hace encargos para la gente impedida. Los que han huido de casa le piden que escriba cartas a los familiares para que sepan que están bien.

–También les podría decir a las familias dónde está la persona que se ha escapado.

–Seguro que lo hará si piensa que es lo correcto. Pero cada caso es especial, diferente. Y Edna también es diferente.

Dell se aproximó a ella, todavía con cierta expresión de frustración en el rostro.

–Maldita sea, Regina, tú eres diferente. Y no quiero que te pase nada en este tiempo.

En este tiempo. Aquellas palabras la golpearon con fuerza. Dell asumía que el matrimonio no iba a durar. Regina asintió.

–Lo sé y lo siento. Es sólo que...

–No te justifiques. Sé que es tu trabajo, que es tu vida. Sé lo importante que es para ti, pero... No puedo ser como tú, yo necesito saber que estás a salvo.

La voz de Dell tenía un tono que revelaba preocupación, pero también cierto sentimiento de derrota. Regina sintió una punzada de dolor. Esa noche había roto la confianza que él había tenido depositada en ella, y sólo porque había necesitado poner su corazón a salvo.

Regina asintió con la cabeza y se acercó más a él.

–¿Te acuerdas de cuando te dije que deseaba que alguna vez llegáramos a ser amigos? Todavía lo deseo y sé que los amigos se preocupan los unos por los otros. Y creo que hoy alguien te ha llamado para avisarte, alguien se ha preocupado por mí y te ha llamado. Ha tenido que ser alguna de las Bellas. Eso quiere decir que las he preocupado. Y a ti también. Y no está bien, no me

siento bien por ello. Yo... –Regina trató de encontrar las palabras adecuadas.

–Regina, no te estoy pidiendo que dejes de hacer tu trabajo. Jamás haría algo así, pero yo podría contratar a alguien para que te acompañara.

Ella asintió, sabía que probablemente no funcionara, pero tenía que intentarlo aunque fuera durante el periodo de prueba.

–Puedo pagar a los mejores. Marines retirados, estos hombres son los mejores guardaespaldas de la nación, gente que sabe perfectamente cómo pasar desapercibida. No interferirán en tu trabajo a menos que estés en peligro.

Una ola de gratitud llenó el corazón de Regina. Hizo lo posible por controlar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

–Gracias –logró decir.

–Vamos a casa –anunció Dell ofreciéndole la mano.

Y, a pesar de que asir la mano de Dell era más peligroso que el encuentro que acababa de tener con Bodie, Regina la agarró con fuerza.

Capítulo 8

DOS NOCHES después del incidente Regina estaba tumbada en la cama mirando al techo. El recuerdo de Dell caminando hacia ella y diciendo «es mi mujer, me pertenece sólo a mí» se reproducía una y otra vez en su cerebro. Y con cada repetición, su cuerpo temblaba. Su esposo era un hombre extremadamente fuerte, de gran liderazgo. Había salido a rescatarla gracias a la llamada de Bella, sin hacer preguntas.

Dell la había rescatado. Y no sólo a ella, también a Edna. Lo sabía porque aquella mañana Edna la había llamado por teléfono.

–Adivina dónde estoy –le preguntó Edna–. Estoy en la calle, hablando por el móvil de mi guardaespaldas. ¿No te parece lo más? –le preguntó riéndose–. Yo, Edna Dooney, con guardaespaldas que mantienen lejos a los tipos como Bodie. La verdad es que no es muy hablador, pero me lleva las bolsas y sabe fruncir el ceño. Dale las gracias a tu hombre, ¿vale? ¡No hay duda de que eres una chica con suerte!

–Sí, sin duda he tenido suerte –musitó Regina en la oscuridad de su habitación. Dell era un hombre duro, firme, seguro de sí mismo. La había ayudado muchísimo. ¿Y qué había hecho ella por él?–. Ni una sola cosa –dijo en voz baja–, ¿qué podría hacer yo por un hombre como Dell?

Llevaba pensando en ello dos días. Y no tenía más respuesta que aquel pensamiento subliminal que no la abandonaba: «Acuéstate con él».

–¡Ya basta! –se dijo–. Las cosas no funcionan así.

Si alguna vez llegaban a dormir juntos, sería porque los dos así lo querían. Debía hacer algo diferente por él. Algo fuera de lo común.

Se sentó en frente de la computadora y abrió una de las fotos que había tomado de Dell. Estaba de perfil. Había sacado la foto cuando todavía había estado saliendo con Lee y Dell era un hombre feliz. Menos tenso. En la foto

aparecía sonriendo, con un porte aristocrático. Regina se conectó a Internet e introdujo las palabras «Dell» y «Chicago» en el buscador. Una página se abrió en la pantalla con el mismo artículo que él le había enseñado el día que Regina le había pedido el divorcio. Después introdujo en el buscador «joyerías» y «Chicago», y aparecieron muchísimas opciones. A pesar de que mucha gente presionaba a Dell para que abriera una nueva sucursal en Chicago, debía de ser un riesgo por la gran competitividad que existía en la ciudad. Era necesario un gran experto en relaciones públicas para obtener éxito.

–Y no hay duda que contratará al mejor –suspiró. Sin duda tendría a las mejores agencias a su disposición.

«Pero nadie conoce al Dell real. Qué es lo que le hace reír, qué le ha hecho convertirse en el tipo interesante que es», reflexionó.

–Ni tú tampoco lo sabes –se respondió a sí misma en voz baja. Ni siquiera lo conocía lo suficiente como para contarle una idea que llevaba días madurando en la cabeza.

Su marido era un auténtico bostoniano. Pensó en el peso histórico que tenía la mansión en la que vivían. Pensó en las sombrías fotos de los antepasados O’Ryan.

Regina sonrió. Tenía un plan.

–Creo que necesito escribir otro capítulo en mi vida. Quizá le resulte interesante a alguien de Chicago.

Apagó el monitor y se recostó en la silla. Pero no se echó a dormir. La excitación le recorría todo el cuerpo. Había una cosa que le podía dar a su marido y quizás fuera la última cosa que pudiera hacer por él. Aquel pensamiento la perturbó, pero hizo lo posible por ignorarlo. No iba a permitir que una sarta de pensamientos dolorosos se interpusieran entre ella y su trabajo.

Los problemas con Dell se iban a acabar. Lo iba a convertir en su modelo y quizás así dejara de desearlo día y noche.

Dell estaba hablando por teléfono en su despacho cuando alguien llamó a la puerta. Regina estaba trabajando y el servicio nunca llamaba, a no ser que vieran la puerta cerrada, así que algo debía de ir mal.

Se despidió de su interlocutor y se aproximó a la puerta. Al abrir se

encontró con su mujer y con Edna en el rellano. Su mujer tenía un gesto de culpabilidad en la cara.

–Perdona, si estabas trabajando...

–¿Pasa algo? ¿Se trata de Bodie? –le preguntó a Edna, aquella mujer que llevaba las cicatrices de la vida marcadas en el rostro.

–No. Bodie lo ha intentado otra vez, pero Samuel le ha asustado lo suficiente. Ese hombre que me has mandado es increíble.

–No entiendo entonces, ¿necesitas algo más? –interrogó Dell.

Regina ya estaba colándose en la oficina.

–Sólo que nos dediques un par de minutos de tu tiempo. Casi nada –dijo mientras sacaba una cámara de la bolsa.

Al ver que Regina empezaba a montar la parafernalia le preguntó:

–¿Has venido a hacerme fotos? ¿Por qué?

Regina le sonrió con paciencia. ¿Le mentiría?

–Ya te he hablado del reportaje que estoy haciendo sobre Boston. Estoy casi acabando, a Edna y a mí nos faltan ya pocas fotos por hacer... y tengo muchísimas fotos. Pero se me ocurrió que faltaba algo. No tengo casi ninguna foto de tipos de la vieja escuela, ni tampoco de hombres adinerados. Tú podrías completar el último capítulo del libro y de paso ayudar en las ventas.

–Quiere hacernos una foto a los dos –añadió Edna–, así podrá representar el hecho de que me ayudes.

–Pero no lo hice para ganarme los favores del público –apostilló Dell sorprendido.

–Ya lo sé, Dell –apuntó Regina con una mano en la cadera–, pero hacer algo así puede ayudar a Edna y a su gente. Puede ayudar a la gente que no tiene recursos, hacer que la gente quiera realizar donativos. Además me gustaría incluir un listado de las asociaciones con las que Edna colabora. Dan servicio médico a la gente sin recursos.

Dell comprendió que Regina creía en lo que hacía y que apreciaba profundamente a Edna.

–Pero si ya tienes muchas fotos de Edna.

–Sí, pero ninguna con un hombre como tú, que de verdad la puede servir de ayuda. Además, ahora estás planeando abrir la tienda en Chicago. Si mandara algunas copias de las fotos a la gente adecuada, seguro que podríamos construir una alianza entre las dos ciudades. Por Edna, quiero decir, quizás la gente de allá se anime a hacer donaciones.

–A Edna no parece molestarle que no haya donaciones de Chicago –replicó él.

–Pero apenas si se sabe que vas a abrir en Chicago. Un poco de publicidad no le hará daño ni al negocio ni a ti –propuso Regina.

–No estoy preocupado por Chicago –le dijo a su mujer.

–Ves, te pasas la vida preocupándote por los demás en vez de por tus cosas.

–Regina, no te apures que no me voy a arruinar –repuso divertido.

–¿Qué te crees, que no lo sé? Por Dios santo, si debes de tener más dinero que... no sé. Más que nadie que conozca. Lo que hace que sea muy difícil hacer cosas por ti.

Regina acababa de dejar las cosas claras. Dell asintió.

–¿Pero a quién le importa? ¿Hacer cosas por mí? –Dell estudió a su mujer con cuidado e interés.

–Sí –respondió ella como si no le hubiera satisfecho la respuesta de Dell–. Tú has hecho muchas cosas por mí, pero ¿qué he hecho yo por ti?

A Dell se le ocurrieron muchas respuestas. Ella había llevado a su vida un elemento de sorpresa y encanto. Le había enseñado la importancia de la compasión, de una sonrisa. Pero supo que, si le confesaba aquello, ella no lo creería. Además, le gustaría tenerla más cerca el día que le hiciera tales confesiones. Que estuvieran solos, que pudiera tocarla.

–Te casaste conmigo –dijo él simplemente, y aquella fue también una respuesta equivocada. Se dio cuenta de que ella quería responderlo, pero no delante de Edna.

–Quiero hacer algo realmente importante –dijo ella disgustada–, quiero utilizar mis cualidades. Quiero hacer una contribución a tu causa. Quiero hacerlo, pero no puedo. No puedo protegerte de los chicos malos del negocio. No puedo protegerte tal y como tú me proteges a mí. Déjame hacer algo. Soy una fotógrafa realmente buena.

–Eres la mejor. He visto tu trabajo –indicó Dell. Si no la dejaba hacer eso por él, estaría menospreciando su talento–. ¿Cómo quieres que pose?

Aquellas palabras iluminaron el bello rostro de Regina con una luz seductora.

–Deja que mida la luz, que te haga unas preguntas y te saque unas fotos. Tendremos que pasar juntos... bastante tiempo.

–Vale –respondió de inmediato Dell, sabiendo que aquella respuesta afirmativa no se debía ni a las fotos ni a la entrevista. A pesar del periodo de

prueba, se habían estado evitando. Y era porque Dell deseaba que hubiera contacto físico, deseaba hacer el amor—. Hagámoslo —le insistió.

—Edna, vamos —pidió Regina, aunque tenía la mirada puesta en Dell.

De inmediato el cuerpo de Dell se tensó por la atracción. Pronto besaría a su mujer. Se quedarían solos pronto.

Regina se había pasado los tres días anteriores corriendo de un lado para otro. Después de la tienda se había dedicado a acompañar a su marido con la excusa del reportaje fotográfico. Y estaba bastante fascinada por algunos sitios que frecuentaba.

—¿La casa de pájaros del zoo? —le había preguntado mientras habían cruzado las puertas del zoo.

—Se trata de un cliente que es un ornitólogo mundialmente famoso. Va a proponerle matrimonio a su novia y se ha empeñado en que le lleve yo mismo el anillo que ha encargado. Tiene la forma de un raro colibrí de Perú, que él lleva toda la vida estudiando —abrió la caja y se lo enseñó a Regina. Era la pieza de joyería más exquisita que jamás hubiera visto. Diamantes, amatistas y zafiros daban forma a un pájaro, en miniatura, sobre un anillo dorado.

—Es precioso —dijo Regina fascinada—. ¿Tú?...

—No, no lo he diseñado yo. Sólo he hecho posible la elaboración.

Regina se había dado cuenta de que era a eso a lo que se dedicaba Dell. Hacía que las cosas sucedieran. En aquellos días, Dell había donado una gran suma de dinero a un proyecto medioambiental en el que estaban implicados varios empresarios. También se había hecho cargo de una emergencia que le había surgido a una de las limpiadoras de la mansión. Le había proporcionado un coche, un conductor y dinero, además de todo su apoyo, para que fuera a visitar a su hija en Iowa. Era un hombre que lo controlaba todo y que estaba por encima de todo.

Y en ese momento se disponían a entrar en una reunión de última hora y a un cóctel posterior para discutir los progresos de la expansión a Chicago.

—Permaneceré cerca de ti —le dijo Regina mientras entraban en la sala. Dell sonrió y la tomó del brazo.

—Sé mi mujer esta noche —le pidió—, no mi biógrafa.

Regina miró los ojos de color ámbar de Dell. Se dio cuenta de que se había pasado los últimos días centrada en él. Le había impresionado desde un punto

de vista profesional, pero sabía que, si se dejaba impresionar por lo personal...

–No estoy vestida adecuadamente para la reunión.

Dell miró el sencillo vestido negro sin tirantes que llevaba puesto. Desde luego no era del tipo O’Ryan y las otras mujeres en la reunión irían vestidas de punta en blanco, enjoyadas y perfumadas.

–Parece como si me acabaras de encontrar en el todo a cien de la esquina –dijo intentando protegerse con la cámara en la mano.

–Entonces me he llevado un tesoro –contestó él sonriendo y sintiendo como el corazón le daba un vuelco–. Incluso a los ricos nos gusta descubrir tesoros. No hay ni un hombre en toda la sala que no te haya lanzado una mirada de admiración.

–Ah, me estás tomando el pelo.

–No, te lo digo como un cumplido.

–Ya lo sé –su voz pareció un poco lánguida–, pero no sé cómo tomarme los cumplidos.

–No tienes que contestarme. Y a los demás, les bastará con un simple gracias.

–Está bien, ¿qué quieres que haga?

–Quédate a mi lado –pidió Dell. Un ráfaga cálida recorrió el cuerpo de Regina.

–Vale.

Sin embargo, tras las presentaciones se sintió nerviosa. Le daba la impresión de que necesitaba una excusa para poder estar allí, pero no tenía ninguna. No formaba parte ni del negocio ni del mundo de Dell.

–Señora O’Ryan –dijo un hombre saltándose el protocolo–, lleva una cámara Hasselblad maravillosa. Supongo que es fotógrafa. ¿Cómo es que no está sacando fotos?

Regina abrió la boca pero no supo qué decir. Acarició con los dedos la cámara, el objeto en el que ella tanto confiaba.

–Yo... –Regina dirigió la mirada a su marido, que la sonrió con resignación.

–Sólo estaba esperando a que acabáramos con la parte aburrida –repuso Dell con una sonrisa–. Pero estoy seguro de que te sacaré una foto si eres agradable con ella. Es una fotógrafa de gran talento.

Con expresión de alivio, Regina se giró hacia su marido y le agradeció el

comentario. Acto seguido empuñó la cámara. Se pasó los cuarenta y cinco minutos siguientes tomando fotos. Sobre todo de su marido.

–Ya ha llegado el momento de lanzarse a Chicago –le dijo uno de los hombres a Dell–, si te retrasas más perderás tu oportunidad. De hecho, algunas de las personas que intentaban asociarse contigo se han cansado y ya están buscando otra alternativa. Les encantaba tu colección de joyas de criaturas exóticas y también tu compromiso social. Pero se han cansado de esperar. Tienes que lanzarte, tienes que encontrar un local ya.

Regina sacó una fotografía sin decir nada. Escuchaba con atención mientras sacaba fotos. Miraba la chispa en los ojos de Dell, la preocupación del hombre con el que hablaba. La forma de las manos, las líneas que dibujaba el cuerpo de Dell eran un afrodisíaco para la cámara.

En poco tiempo se la había olvidado de qué estaba haciendo. Se había olvidado de todo excepto de hacer el amor a su marido con la cámara.

De repente, Regina se puso de rodillas en el suelo para tomar una serie de fotos de su marido. Entonces escuchó un «¡Ah!» detrás de ella. Se giró a ver quién era y se quedó de piedra al ver que todo el mundo la estaba mirando fijamente. Una mujer se acercó a ella.

–Dell, por lo menos tú podrías ayudarla –dijo la mujer al tiempo que ayudaba a incorporarse a Regina, tomándola del brazo.

–¡Oh, cielos! –dijo al darse cuenta de que la delicada tela del vestido se había roto debido a su atlético movimiento. Regina miró a su marido, que tenía fuego en la mirada.

–Tienes toda la razón, Lisette, debería haber ayudado yo a mi esposa.

Con un movimiento rápido, se acercó a reemplazar a la mujer y acompañó a Regina al servicio de damas. Una vez en el baño, Dell giró a su mujer, cuya espalda quedó contra la pared.

–Lo siento –dijo ella–. Estoy muerta de vergüenza. Lo han visto todos tus amigos y, maldita sea, ni siquiera llevo mi mejor ropa interior. Dicen que siempre debes llevar la mejor ropa interior por si acabas en el hospital, pero esto no es el hospital. ¡Es mucho peor! Es la crema y nata de Boston la que ha visto mi sujetador rosa desgastado y...

–Shh –dijo Dell al tiempo que acercó los labios a los de ella.

Regina sintió como sus sentidos se desbordaban con aquel beso. Los labios de Dell eran mágicos y la hicieron flotar. Quería más.

Rodeó el cuello de Dell con los brazos, sin dejar de besarlo. Se puso de

puntillas para acercarse más a él. Cuando finalmente Dell la liberó de su abrazo y la dejó respirar, Regina no supo qué decir.

–Yo... no sé si... –consiguió musitar.

–Regina, me estás volviendo completamente loco con la cámara, toda tu concentración en mi cuerpo, tu cercanía –le confesó Dell–. ¿De verdad has sacado una foto de mis pantalones?

Dell tomó la boca de Regina de nuevo, acariciándola, saboreándola, chupándola y haciéndola perder el sentido.

–Quizás sí... –le dijo, pero no pudo volver a hablar–. No sabía lo que hacía. No pensaba con claridad.

–Mmmm –Dell la besó de nuevo. Le acarició la espalda y ella se estremeció.

En algún lugar de su mente, Regina se acordó de que en la otra habitación se encontraba la elite de Boston que les acababa de ver a los dos dirigirse al baño, estando ella medio desnuda. Una alarma se encendió en su cabeza. Apartó a Dell, quien dejó las manos sobre su cintura.

–Dell, tú tampoco estás pensando lo que haces. Aquel hombre tiene toda la razón. Deberías estar trabajando en el plan de Chicago y, sin embargo, aquí estás porque sientes algún tipo de obligación conmigo.

Dell frunció el ceño. Abrió la boca, sin duda para negar lo que ella acababa de decir. Regina puso dos dedos sobre la boca de Dell.

–Admítelo. Deberías estar en Chicago.

Dell no dijo nada.

–Dell, me acabas de decir que te estoy volviendo loco. Yo me siento igual. He estado haciendo demasiadas fotos de tu cuerpo. Me estoy dejando llevar por la lujuria, por si no te habías dado cuenta. Es lo más natural del mundo entre un hombre y una mujer que pasan tanto tiempo juntos. Pero lo que nos está pasando es únicamente... lujuria –expresó Regina–. Y es exactamente lo que nos pasó a Lee y a mí. Lujuria.

Aunque nunca había sido de aquella manera. Jamás había sentido aquel calor y pasión. Aquel miedo de lanzarse al vacío. Nada parecido.

–No quiero que me vuelva a pasar lo mismo otra vez –le dijo en voz baja.

Inmediatamente, Dell apartó las manos de la cintura de Regina. La giró hacia la mesa donde estaba la caja con imperdibles y arregló como pudo la espalda del vestido.

–Iré a Chicago –dijo él finalmente–, y así los dos nos daremos un descanso.

Cuando Regina se volvió para mirarlo, asintió con la cabeza. Dell tuvo que forzar una sonrisa.

–Pero no te deshagas de este vestido, me encanta –le ordenó. La sonrisa de Regina tembló.

–Gracias –suspiró ella.

Y Dell supo que no le estaba dando las gracias por arreglarle el vestido.

Capítulo 9

REGINA sintió como si hubiera echado a Dell de la ciudad. Una cosa era tomar fotografías de aquel hombre y otra muy distinta olvidarse de lo que realmente estaba haciendo tras la cámara. Si no hubiera llevado las cosas tan lejos, ella y Dell jamás se hubieran besado, jamás hubieran acabado en brazos el uno del otro. Y él jamás se hubiera tenido que marchar.

La verdad era que lo echaba de menos. Trataba de pasar el tiempo sin preguntarse qué estaría haciendo, con quién. Se dedicó en cuerpo y alma a terminar el capítulo del libro en el que trabajaba. Navegaba por Internet buscando información sobre la familia O’Ryan. Fotos y otra clase de información. Todo lo que encontró fueron fotos serias de estudio. ¿Dónde estaba el verdadero Dell en aquellas fotografías?

Regina escogió algunas de las fotos y se dispuso a ir a la tienda del centro de la ciudad de Dell. Todavía no había visitado las oficinas de Dell allí. Como siempre hacía, llamó antes para avisar de que quería una cita para hacer el reportaje. A pesar de que era su esposa se sintió incómoda haciendo tal petición. Sin duda debían extremar todas las precauciones en un sitio lleno de joyas valiosas. Pero una parte de ella deseaba decir:

–De verdad que soy su esposa. No hay ningún problema en que me pase por allí a sacar unas fotos, ¿verdad?

Una vez allí, decidió ignorar las miradas furtivas de los empleados. Terminó sacando fotos de las joyas: los diamantes, las esmeraldas, los rubíes. Sintió como los pies se hundían en las tupidas alfombras de la oficina de Dell mientras pasaba la mano por la mesa de caoba del despacho, que sin duda había pertenecido a los antepasados de Dell.

–Es maravillosa –le dijo a la mujer malhumorada que la había guiado por las salas, Louella.

–Por supuesto –respondió ella–. Pero esto es claramente irregular, señora O’Ryan. El señor O’Ryan no es una persona que haga las cosas a última hora y sin avisarme. Él se ciñe a ciertos horarios. Viene a las nueve en punto de la mañana y se va a las cinco en punto todos los días. Y yo me hago cargo de la agenda y su lista de contactos.

«¡Oh! Desde luego, y la esposa no estaba en la lista de las visitas del día», pensó Regina. Se preguntó si Dell habría elegido a Louella o la habría heredado de su padre. La descripción de la vida de su marido parecía insulsa y falta de espontaneidad.

–A Dell no le importará –le aseguró, esperando que en verdad así fuera. Dell siempre se había mostrado atento con sus deseos, pero invadir su espacio de trabajo...

–¿Por qué no le llama por teléfono? –le sugirió Regina.

–Ya lo he hecho, y también la he investigado a usted en Internet, señora O’Ryan, mucho antes de que se casara con el señor O’Ryan. Hacer este tipo de investigaciones sobre todos los empleados es parte de mi trabajo.

Regina se quedó asombrada. La acababa de colocar en la misma categoría que a los empleados. Maldita fuera. Aquella mujer pensaba que se había casado con Dell por dinero. Regina sintió una terrible urgencia de explicarse. Pero habría sonado patético.

–Entonces todo está en orden, supongo –contestó. Pero obviamente Louella no estaba de acuerdo. Justo cuando iba a abrir la boca Regina admiró un collar de esmeraldas en una caja de cristal.

–Oh, Dios mío –dijo atónita. Jamás había tenido joyas, pero supo al instante que esas eran especiales.

La secretaria se interpuso entre la joya y Regina, a modo de guardiana.

–Esta joya ha pertenecido a las novias de los señores O’Ryan durante generaciones –estaba claro. A ella no le habían regalado aquella joya. Pero no se sintió ofendida por el comentario. Sencillamente, jamás entendería lo profunda que podía ser una relación que llevara a un hombre a regalar tal joya a una mujer.

–Es preciosa –entonces, disparó con la cámara. Quizá no usara aquella foto jamás. Le tendría que pedir permiso a Dell, pero tenía claro que no iba a dejar que la trataran como a una intrusa.

Dio las gracias a la mujer, tomó un par de fotos más y se dispuso a marcharse. Entonces un sentimiento de pérdida y de soledad se apoderó de

Regina. No supo bien por qué, pero sintió que debía seguir sacando fotos de su marido.

También sabía que lo que le había dicho sobre la lujuria no era del todo cierto. Cuanto más lo conocía, más fascinación sentía por él. Además, Edna le había dicho que no sólo la estaba protegiendo a ella y sus amigos, sino que estaban construyendo unos parques y huertas para cultivar verduras y hortalizas en el barrio. Y todo lo había orquestado su marido. Y si lo hacía era porque sentía una responsabilidad con su mujer, pero también porque Dell estaba fascinado con Regina. Y ella por él, lo que era peligroso para su corazón de mujer.

Ya en casa se quedó mirando la puerta del despacho, pero no, no iba a invadir aquel espacio privado en el que ya había estado una vez. Y el dormitorio de Dell...

Regina cerró los ojos, había estado una vez en el dormitorio. Una vez. La noche de bodas. El recuerdo de aquel día estaba difuminado en su memoria. Se había sentido desesperadamente infeliz y avergonzada aquella noche. No había reconocido a quien la había estado acariciando. No había sentido que Dell la deseaba con una pasión sincera, por lo que ella tampoco lo había deseado a él. Pero eso pertenecía al pasado.

—¿Señora O’Ryan?

Regina vio a Janice, una de las sirvientas de la casa, que la miraba con cara de preocupación. Se dio cuenta de que estaba quieta como un palo delante de la habitación de su marido. Sintió una terrible necesidad de salir huyendo, pero la esposa de un O’Ryan no reaccionaría así.

Lanzó una encantadora sonrisa a la sirvienta.

—Mi marido es un hombre increíble. Lo echo de menos —le confesó a la chica.

Y era verdad lo que acababa de decir, lo añoraba. Y sentir aquello era un completo error...

—Eso es señal de que se está reponiendo —dijo la chica—, sé que ha estado un poco enferma últimamente. Me dijo el señor O’Ryan que necesitaba tiempo y silencio para recuperarse. Estoy segura de que estará contento ahora que usted se recupera. Y yo también me alegro mucho de que esté mejor —terminó Janice—, es un buen hombre y se merece lo mejor.

Las dos se miraron, las dos consideraban a Dell un hombre importante en sus vidas. Supo también que ahí había acabado la confesión de mujer a mujer. Se sintió bien por el comentario de la chica. Cada vez se parecía más a una auténtica mujer O’Ryan y se sentía cada vez más cómoda en aquella casa.

Pero todo cambió a la mañana siguiente cuando al bajar a desayunar se encontró en la mesa a su marido. Tenía una mirada intensa que casi fulminó a Regina.

–Dell... estás en casa –dijo torpemente, como un niño al que acaban de descubrir haciendo una travesura.

Dell se rió encantado. Con aquella camisa blanca y pantalones negros que le quedaban de maravilla estaba realmente atractivo. Como un pastel delante de una mujer que de verdad necesita ponerse a dieta.

–Estoy en casa. He oído que tú has estado haciendo unas visitas –los ojos de Dell brillaban–. Louella es una leona, defiende mi oficina como defendería a sus cachorros.

–Ya me di cuenta –dijo Regina–, no me quería allí para nada. Pero no me estoy disculpando porque no hice nada malo.

–Tienes toda la razón.

–Y además estaba trabajando en el capítulo del libro. Que te va a favorecer, no a perjudicar.

–Ya lo sé, es lo que le dije a Louella –repuso Dell.

–Pero has vuelto para chequear si todo va bien.

–No en el sentido que tú te crees. He venido a asegurarle a Louella que todo está bien y porque cuando hay que regañar a un empleado me gusta hacerlo cara a cara.

–No tienes por qué regañarla –le contestó con expresión de gran desconcierto.

–Tú eres mi esposa.

–No la reprendas –le pidió–. Louella es quisquillosa, pero se preocupa por ti. Seguro que pensó que te estaba protegiendo.

–Seré cuidadoso –le aseguró–, pero no permitiré que nadie critique a mi esposa, especialmente mis empleados.

–Probablemente estuviera preocupada por si iba a usar tu dinero o a aprovecharme de ti. Además, no quiero que me desaprobe –le suplicó–, eso

complicaría aun más nuestro matrimonio. Por favor.

–Está bien –dijo suspirando–, pero sólo porque tú me lo has pedido.

–No sé, pero tengo la sensación de que Louella se porta de una manera maternal contigo.

Inmediatamente Dell pareció cauto.

–Supongo que así es. Así es como se porta casi todo el mundo que trabajó con mi padre.

Ésa era una de las cosas de las que Dell jamás hablaba. Él sabía mucho sobre el pasado de Regina. Pero ella nada sobre el suyo. Sin pensárselo dos veces se sentó a la mesa.

–¿Y hay mucha gente trabajando contigo de aquella época?

–La mayoría se fueron en los últimos años que trabajó mi padre. Era un hombre... difícil. Creo que en parte porque estaba enfermo, pero también porque era bastante arisco.

Regina quiso preguntarle por qué, pero quizás fuera meterse donde no la llamaban.

–Me pareció un hombre distante las pocas veces que coincidí con él.

–Sí, así era. Siempre fue así, no era por la enfermedad ni por la edad.

Dell tomó la mano de Regina entre las suyas y acarició los dedos de su mujer.

–Mis padres tuvieron un matrimonio infeliz. Mi padre se enamoró locamente de mi madre cuando tenía sólo diecinueve años. Ella era una mujer extremadamente bella, exótica, impulsiva y emotiva. Él era rico. Y ella se quedó embarazada.

A Regina le invadió el miedo. Tuvo que hacer un esfuerzo por controlar sus emociones.

–Se casaron. Las cosas podrían haber salido bien...

–Pero no fue así.

–No, en absoluto. Mi padre la amaba. Pero para ella había sido sólo un impulso, una excentricidad. Pero lo peor es que se enamoró de otra persona, del mayordomo de mi padre. Fue una situación... desagradable.

–¿Y por qué no se divorciaron?

–Por orgullo. Por el deseo de evitar el escándalo a toda costa y al final hicieron que funcionara. No fue bonito, pero con el tiempo aprendieron a respetarse el uno al otro.

–¿Y tú?

Dell se encogió de hombros.

–Ellos proyectaron todos sus deseos sobre mí. Imaginaron que sería más inteligente que ellos, que haría las cosas mejor.

«Y que no te verías envuelto en una relación complicada emocionalmente», asumió Regina en su mente.

–¿Y todos los demás también proyectaron sus esperanzas sobre ti, también Louella?

–Sí, como has dicho, se preocupa a su manera. Ya le he dado algún disgusto anteriormente, así que está a la defensiva.

Regina asumió que Dell se refería a alguna mujer. Ese pensamiento la dejó sin respiración, no podía pensar con claridad. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió sonreír.

–Bueno, le tendremos que demostrar que te estás comportando con cabeza – dijo finalmente.

–No estoy seguro de estar haciéndolo.

¿Qué quería decir con eso? Regina no sabía el porqué, pero obviamente Dell no era feliz. ¿Qué le podría hacer feliz?, o al menos, ¿qué le podría distraer?

–Edna me ha pedido que te dé las gracias. Creo que está volviendo loco a Sam. Dice que Edna sólo le manda encargos estúpidos.

–Bien. Sam necesita ser menos serio de vez en cuando –pero Dell parecía poco relajado.

–¿Ha ido algo mal en Chicago? –preguntó Regina.

–Todo está en orden –le aseguró. Pero la respuesta fue demasiado rápida. Algo iba mal.

–¿Volverás a Chicago después de tu charla con Louella?

Dell negó con la cabeza lentamente.

–En cualquier caso debía volver. Cuando hablé con Louella me recordó que tenía unas cuantas citas y asuntos pendientes que hacer aquí –declaró antes de ponerse en pie–. Bueno, me alegro de verte. ¿Te vas a trabajar?

–No, tengo el día libre. ¿Y tú?

–Louella, y después a trabajar –Dell se levantó y se situó detrás de Regina con las manos sobre sus hombros–. Gracias –le dijo a Regina.

–¿Por qué? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Por ser cautelosa con el tema de Louella y así darme la oportunidad de tener una charla sincera y de tú a tú con ella. Pero mi intención es hacerle

saber que tienes acceso total a mi oficina y que, como mi esposa, puedes hacer lo que te venga en gana. Quiero que, en el futuro, no tengas reparos en decir lo que piensas.

–Vale, ayer tomé una foto del collar de esmeraldas a pesar de que ella me puso objeciones.

–¿La novia de esmeraldas?

–Sí, ya sabes cuál.

Las manos de Dell apretaron aún más los hombros de Regina.

–Te lo debería haber dado ya.

–No. No debes dármelo. Sería un gesto de amor y eso no es lo que hay entre nosotros. Además, puede que pronto me vaya. Debes conservarla en caso de que aparezca otra novia O’Ryan.

El silencio se hizo en la estancia.

Las manos de Dell se relajaron en los hombros de Regina y ella pensó que debía salir de la habitación. Entonces, él se acercó un poco más, retiró el pelo de Regina y le besó el cuello con tanta delicadeza que los labios apenas rozaron la piel de la nuca.

–Te veré más tarde –le susurró Dell al oído, luego salió de la habitación.

Fueron las palabras más simples del mundo, más coloquiales, pero despertaron en Regina una urgencia irrefrenable por volverlo a tener a su lado. No podía ser, no podía necesitarlo o correría el riesgo de sufrir una decepción.

«No esperes amor, no es de amor de lo que va esto», pensó. «Ya lo sabías de antemano», siguió meditando. «Por lo menos estás a tiempo de proteger tu corazón».

Y aquel día, no se tendría que preocupar por nada. En sus planes no se incluía desear a su marido.

Capítulo 10

SE SUPONÍA que iba a pasar el día solo, lejos de su esposa. Era el día libre de Regina y seguramente estaría deseando no tener que desempeñar el papel de la esposa del señor O’Ryan.

Dell estaba paseando por el jardín cuando encontró a Regina arrodillada arrancando una mala hierba cerca de una petunia blanca. Ella no lo vio llegar. Todavía estaba a tiempo de ser un poco inteligente e irse por donde había venido. Sin embargo, habían estado separados un tiempo y eso corría en su contra. El final del periodo de prueba cada vez estaba más próximo. Decidió acercarse más.

–Hay jardineros para hacer esas labores –le dijo.

Regina no se sorprendió, se había dado cuenta de su presencia.

–Ya lo sé –contestó–, pero le he pedido a Fred que me deje una pequeña parcela para mí. Me gusta mucho la jardinería. Callie me ha enseñado algunos trucos.

–A ver, enséñame –le pidió a Regina. Se arrodilló cerca de ella.

–Dell, tus pantalones. No estás vestido para esto.

–Son sólo unos pantalones, Regina –una esencia femenina invadió a Dell.

–Sólo unos pantalones, seguro que son de algún diseñador de moda o algo así.

De hecho eran de una marca italiana exclusiva. Pero ella no tenía por qué saberlo. Y no era importante. La ropa de Dell era cara, pero sólo era ropa. Era reemplazable, no como el tiempo perdido con una mujer que podría decidir abandonar pronto. En ese instante, Dell decidió no ir a la oficina por la tarde.

–Deja de quejarte de mis pantalones y enséñame qué estás haciendo – bromeó–, lo mismo me puedes enseñar algo con lo que impresionar a Fred. El hombre cree que soy un caso perdido desde que, con doce años, aplasté con la

bici su preciado rosal.

Por fin Regina soltó una carcajada, tan genuina, que Dell no pudo evitar acercarse más a ella.

–Sólo estoy trasplantando estas plantas para que puedan crecer. No hay más misterio. Son simples petunias, nada exótico –dijo mientras se acercaba a más flores de colores amarillos, blancos y azul–. Lo único que necesitan es respirar un poco y que yo me ensucie.

Dell se acercó un poco más y arrancó una mala hierba del suelo. La proximidad con Regina era... excitante, el calor del sol, la cercanía de los cuerpos.

–Seguro que piensas que soy incapaz de ensuciarme, eh, señora O’Ryan –le preguntó jocoso.

–Eres un O’Ryan y, como tú bien has dicho, has crecido rodeado de jardineros y demás servicio que se ha ocupado de hacer los trabajos sucios –dijo Regina moviendo la mano.

Ella no. Dell pensó que, a pesar de lo cerca que habían vivido, ella había subsistido en el mundo real. Todo lo que había vivido la había convertido en una mujer fuerte. Pero frágil al mismo tiempo.

–Es tu día libre –le recordó–, ¿vas a pasarte todo el día en el jardín?

Regina se giró hacia él. Sus rostros estaban a sólo centímetros el uno del otro.

–No –respondió un poco seca.

–¿Te importaría ser más específica? –le pidió Dell.

–Tengo otros planes que no tienen que ver con la jardinería.

Vale. Había llegado el momento de marcharse. Regina no se estaba explayando mucho y obviamente no quería revelar sus planes. Quizá tuvieran que ver con un hombre.

–¿Y te importaría que te acompañara y hoy fuera tu sombra? –le preguntó–. Quizá te parezca que quiero fisgonear en tus cosas, en ese caso, retiro lo dicho. Un poco rudo por mi parte.

–No –contestó Regina, y luego paró de hablar–, quiero decir que no, no estás siendo ni mal educado ni fisgón. Claro que puedes venir conmigo. Se supone que tenemos que conocernos más. Quiero que seamos amigos. Y después de todo, yo he pasado mucho tiempo siguiéndote con la cámara. Forma parte de nuestro periodo de prueba, parte del plan –añadió ella.

Dell estaba empezando a cansarse de aquel plan. Cansado de que sólo se

vieran por el plan. Lo mismo la debería haber dejado seguir adelante con el divorcio.

–Regina, si estoy forzando las cosas, por favor, puedes decir que no.

Regina se puso en pie de un salto.

–¿Es eso lo que quieres?

–No, pero no quiero que te sientas ni infeliz ni atrapada.

–Entonces seguiremos adelante –dijo levantando la barbilla en un gesto orgulloso–, creo que estamos haciendo avances y, además, tengo mis propios planes. Quiero escribir la sección sobre ti de mi libro.

Así que ahora él era un personaje. Un ser al que ella podía fotografiar. A pesar de sentirse irritado por ello, pensó que podría vivir con ello.

–Nos vemos aquí en veinte minutos, ¿vale? –anunció Regina mientras se dirigía a la casa–. Y ponte algo viejo.

Con decisión Dell subió las escaleras de la casa de dos en dos.

–¿Y a eso le llamas tú ropa de batalla? –exclamó Regina al verle enfundado en unos caros pantalones de color verde.

–No tengo ningún pantalón preparado para la basura.

–Tienes razón, sería demasiado esperar que un O’Ryan tuviera unos simples tejanos en el armario.

–Sí que tengo, pero son más bonitos que éstos.

–Deja que construya la frase de nuevo. Sería demasiado pedir que un O’Ryan tuviera en su armario unos pantalones vaqueros normales. Como éstos –dijo señalando a sus propios vaqueros usados y desteñidos, con un agujero en la rodilla y otro en un lugar más atractivo, a la altura del muslo. Los pantalones parecían hechos a medida, ajustados a la cintura y a las voluminosas caderas.

–Muy bien –comentó con voz densa. No podía evitar mirar la parte de carne desnuda.

–Vamos –le dijo ella–, yo conduzco.

Dell gruñó.

–Oye, que soy una buena conductora –afirmó Regina.

–Sí que lo eres –admitió Dell–, te he visto conducir, pero soy un hombre alto.

Regina se quedó mirando a su coche rojo urbano y pequeño.

–Adoro mi pequeño coche.

¿Y qué podía hacer él? Se metió en el automóvil. En aquel momento los dos estaban compartiendo un espacio minúsculo. Las rodillas le tocaban el pecho. Y su brazo rozaba el de ella. De repente, le gustó más el coche.

–Oh, pobrecito, en qué estaría pensando. Tienes razón, necesitamos un coche más grande.

–No, estoy bien –se giró y la miró. Estaba preciosa en el coche, la hacía feliz.

–No, no estás bien. Tus pobres rodillas –se acercó para inspeccionar la posición de Dell y su cuerpo rozó el muslo de él.

Oh, sí. Estaba muy bien a pesar del dolor físico.

–Arranca Regina, estoy perfectamente.

–Vale, no vamos muy lejos –aunque no le dijo dónde iban–. Si cambias de opinión, ahora que te tengo aquí, igual decidido utilizarte.

Interesante. Dell se la quedó mirando. Regina se puso colorada.

–Me refiero a tus músculos, a tu fuerza –le explicó–; ya verás.

–¿Fuerza y músculo? –le preguntó intrigado cuando aparcaron frente a un refugio de animales.

–Saco fotos a los animales –le explicó–. Algunas veces están demasiado alterados. Trabajan pocos voluntarios y los animales no están acostumbrados a tantas atenciones. Si hay alguien que les agarre y les acaricie mientras saco las fotos, es mucho mejor. Así salen más monos y los ayudamos a encontrar un hogar.

–Hola, Maynard –le dijo Regina, cuando entraron, a un pequeño Yorkshire que no paraba revolotear–. ¿Todavía aquí? Tiene algunos problemillas –le informó a Dell.

–¿Problemas?

–Sus anteriores dueños lo maltrataron. ¿Te lo puedes creer, a una criatura con estos ojos? –le preguntó conmovida–. Oh, vamos, no lo hagas. No pongas esa cara –añadió al contemplar la expresión de preocupación en el rostro de Dell.

–¿Qué cara estoy poniendo?

–Cara de culpable, como si hubiera algo en mí que te hiciera sentir así. Siempre.

–No, no me siento así siempre –pero es que no estaba seguro de lo que sentía. Últimamente era incapaz de controlar el deseo, pero no se lo iba a

confesar.

Regina se agachó para acariciar a la criatura temblorosa.

–Voy a hacer todo lo posible por encontrar un hogar para ti –le dijo–, un lugar seguro. Voy a hacer una lista de candidatos. Seré como Dell. Y tu formarás parte de mi gran plan.

Cuando Regina se incorporó tenía una sonrisa de pícara en el rostro.

–¿Me estás tomando el pelo? –preguntó él.

–Sí, pero eres un O’Ryan. Estoy segura de que el humor forma parte de tu personalidad.

–Maynard, esta mujer es incorregible. Y yo no me había dado cuenta.

–Vamos, señor O’Ryan, tenemos trabajo que hacer –le contestó riendo.

Durante las siguientes horas Regina utilizó a Dell a su antojo.

–Sí, agárralo así. Te ves bien con un perro. Oh, sí, gracias a este hombre, Phoebe, vas a conquistar a las lectoras de las revistas de moda. Cuando las mujeres vean la foto de este hombre acariciándote no podrán evitar querer otro para ellas –le dijo a la perra que estaba en brazos de Dell.

–Phoebe, me siento explotado. No significo nada para esta mujer, soy un mero figurante.

–Pero uno muy atractivo –insistió Regina.

–Bueno, eso mejora mucho la situación.

–De alguna forma, todos los animales del refugio han sido considerados deficientes –le explicó a Dell de camino a casa. Los dos volvían con la ropa arrugada y algunos arañazos en los pantalones. Sandy, una ejemplar de labrador, se había encariñado especialmente con Dell y le había dado unos buenos lametones–. Eres bueno con los animales –le dijo–, y gracias, antes estaba bromeando, pero ahora en serio, el hecho de que aparezcas en las fotos puede tener un impacto real. La verdad es que lo único que quiero es que los adopten y, francamente, si para ello es necesario poner a un hombre maravilloso en las fotos, pues que así sea.

Su voz era tan potente, su ardor tan auténtico que Dell no podía apartar la vista de ella. De repente se le ocurrió que Lee, su primo, había sido como un cachorro abandonado para ella.

–¿Trataste de rescatar, de salvar a Lee?

El cambio brusco de tema hizo que las manos de Regina se tensaran sobre el volante. Se mantuvo en silencio un par de segundos.

–No –dijo finalmente en un suspiro–, no creo que fuera así.

–Yo sí que lo hice.

–¿Por qué? Si Lee era un hombre adulto.

Estaban en la verja de entrada a la mansión. Regina paró el coche y se giró hacia Dell. Él hizo un gesto con las manos como si quisiera quitarle importancia a la situación.

–Lee era un hombre adulto, pero vino a vivir con nosotros cuando apenas era un crío desamparado. Su padre, mi tío Jack, fue un hombre rebelde y salvaje. No tuvieron una buena relación y fue un buen padre, o al menos eso creo. Cuando los padres de Lee sufrieron una sobredosis y él vino con nosotros, era un crío nervioso, rebelde y raro. Pero en cualquier caso éramos primos y aprendí a cuidarlo. Mi padre, sin embargo, era muy impaciente con él. Jamás creyó que Lee pudiera representar a la familia y nunca le ocultó su opinión. Yo me convertí en el protector de Lee. Intentaba enseñarle trucos para que no enfadara a mi padre. Lee quería ser aceptado en la familia, pero en el peor sentido. Siempre me decía que hubiera deseado ser un auténtico O’Ryan.

–¿Acaso no lo era?

–Claro que sí. Pero mi padre nunca le permitió olvidar el escándalo que habían montado sus padres. Y Lee quería dejar atrás aquella imagen de niño malo a toda costa.

–Así que le ayudaste a que se convirtiera en un verdadero O’Ryan –Regina elevó una ceja–. ¿Fui yo parte de ese plan?

–En un momento dado tú fuiste el plan. Nada había funcionado hasta entonces.

Regina negó con la cabeza.

–Pero no lo entiendo, jamás fui una candidata adecuada para la familia O’Ryan.

Cuanto más hablaban, más cuenta se daba Dell del daño que le había causado.

–No, precisamente por eso. Lee no necesitaba una aristócrata. No hubiera dado la talla, sólo hubiera recibido críticas. Y no porque no tuviera buen nombre o dinero. Sino porque lo que le faltaba, era confianza en sí mismo. Necesitaba amabilidad, alguien que le proporcionara estabilidad, que le subiera el ego, que le hiciera sentir menos ansioso y más a gusto con sí mismo.

–¿Y se suponía que yo tenía que hacer eso por él?

–Sí –repuso algo tenso–, pero nunca pensé que te haría daño, Regina. Que algo así pasaría.

–Ya sabía que pensaste que le convenía a Lee. Si no, ¿por qué nos habrías presentado? Pero jamás pensé que esperases tanto de mí. Que tuvieras tanta fe en mis aptitudes. Y ya ves, estabas equivocado, no hice nada de lo que esperabas que hiciera. Te fallé.

Ira y furia se apoderaron del cuerpo de Dell. Se acercó a Regina y le rodeó el rostro con las manos mirándola directamente a los ojos.

–Regina, no fallaste. Y yo fui injusto y lo siento profundamente –reconoció, pero Regina negó con la cabeza.

–No, no estés arrepentido. Yo ya era mayorcita para saber lo que hacía. Me metí yo solita en aquel lío.

–Porque lo amabas y yo permití que ocurriera.

Regina le miró a los ojos y Dell pudo sentir el pulso de la sangre de ella bajo sus dedos.

–No, creo que no le amé. Eso sí, me importó mucho y tienes razón, Lee era como un cachorrito y su bondad, lealtad y vulnerabilidad me resultaban muy atractivas.

Sus labios estaban tan cerca, tan llenos, sus palabras eran tan suaves.

–¿Todavía lo echas de menos? –preguntó Dell tragando saliva.

–Sólo echo de menos la parte de él que me gustaba, y...

–¿Qué? –la voz dura y áspera.

–Me encanta saber lo mucho que te preocupabas por él, cuánto quisiste que encajara para que no sufriera.

–No intentes ponerme como el bueno de la película. Me educaron para que cumpliera con el deber, para que acataras las normas. Ése era mi proyecto, convertir a Lee en un buen O’Ryan.

Pero esa mirada, ese brillo en la mirada de Regina, aquellos maravillosos ojos...

Dell se acercó y rozó los labios de Regina con los suyos. Saboreó los labios carnosos con intensidad, profundamente, dejándose llevar. Regina era tan suave, tan dulce y húmeda. El deseo lo atrapó y deslizó los dedos por los brazos de Regina hasta bajar a la cintura.

Regina se acercó más y le acarició el cabello. Se entregó al beso. Dell se dejó llevar por las caricias y la echó un poco hacia atrás. Al moverse Dell, la aguda bocina del coche sonó. Regina hizo un ruidito.

Unas voces en la distancia hicieron que los dos se dieran la vuelta. Una gente en la calle estaba sacando fotografías, no de ellos, sino de la casa. No

era infrecuente que esto ocurriera, la casa estaba en el Registro Histórico de Monumentos. Lo que era infrecuente era ver a Dell besando a su mujer a plena luz del día en un coche. Aunque no le importaba en absoluto.

–Dell –le dijo al oído Regina, a la que sí parecía importale–, nos están viendo.

–No, a nosotros no, a la casa.

–¡Pero estamos aquí! Si nos fotografian, tarde o temprano se darán cuenta de quién eres y...

–Estamos casados.

–Ahora mismo no me siento como una mujer casada.

Un arrebató cálido y salvaje se apoderó de él. Se apartó un poco y se quedó mirando a Regina, que no pareció darse cuenta.

–Me siento como una adolescente haciendo el amor por primera vez en el asiento de atrás del coche.

Aquel comentario le recordó a Dell que todavía no había echo el amor con su esposa. O por lo menos no del todo. Y la deseaba tanto. Y de inmediato.

–¿Qué diríamos si nos reconocieran?

–Regina, no todo el mundo sabe quién soy. Sólo están interesados en la casa.

Pero el grupo se acercaba cada vez más y más.

–Me siento mal –dijo Regina–, voy para dentro.

Sin decir más, salió del coche y se dirigió a la casa.

«¿Qué puede hacer un hombre en esta situación?», pensó Dell. Siguió a su esposa.

–Perdone –les espetó un turista–, ¿saben ustedes algo sobre esta casa, quién vive aquí?

Dell contempló cómo su mujer se ponía colorada.

–Los O’Ryan viven aquí.

El grupo de turistas pareció no conocer a la familia. Así que, aburridos, se dispusieron a ir a otro sitio. Contra todo pronóstico, Regina se mostró indignada por la respuesta del grupo.

–Los O’Ryan de las Galerías de Gemas. Son los joyeros de toda la gente famosa –el grupo mostró interés.

–¿Los conocéis? –preguntó un hombre.

Regina se mostró deliciosamente abrumada. Dell se quedó esperando su respuesta.

–No –dijo ella de repente–. O sea, no personalmente. Yo limpio la casa y mi marido, Donald, es el jardinero.

–¿Así que habéis visto el interior de la casa?

–Todos los días –les confesó Regina. Aunque Dell vio como se ponía tensa.

–La verdad es que es preciosa –dijo una mujer. Hizo un gesto al grupo y todos se alejaron.

Cuando estuvieron lejos, Dell estudió la cara de Regina. Vio como sus mejillas estaban sonrojadas.

–Me apuesto algo a que eras traviesa de pequeña. Seguro que eras la preferida de tus profesores.

–Sí, la verdad es que solía decir una o dos mentirijillas al día –Regina sonrió–, pero sólo cuando era una emergencia. Nunca mentí sobre nada importante. Y no habría mentido ahora si no me hubiera preocupado. Eres un O’Ryan, y ahora estás haciendo una gran operación en Chicago. Lo que menos necesitas es mala publicidad o tu foto publicada en la prensa amarilla.

Dell giró la cabeza. No pudo evitar sonreír.

–Puede que mejore mi reputación el ser un poco informal.

–No eres informal. Eres reservado y refinado.

–Y como Donald, el jardinero, apuesto a que soy bueno arrancando malas hierbas –bromeó.

–¡Agh! No me lo recuerdes. No sé como se me ha podido ocurrir. Ha sido porque... como estabas hablando de lo que cuesta convertirse en un buen O’Ryan. Estoy segura de que la dignidad es parte del credo O’Ryan. No quería que nadie pensara que te he hecho caer tan bajo. Si vamos a meternos mano, por lo menos podemos tener buen gusto y hacerlo en una limusina.

Dell sólo quería besarla. Una limusina hubiera servido, pero también cualquier otro lugar en el que hubiera podido quitarle la ropa y encontrar el tesoro que escondía. Controló el arrebató de deseo salvaje y pasó educadamente las manos por la cintura de Regina.

–Regina, shhh –le dijo–, no te preocupes. Eres mi mujer y lo que tú y yo hagamos no es asunto de nadie. Besar a mi esposa no es un crimen.

Pero Regina no dejaba de mirarlo. Estaba preocupada y Dell lo notó.

–Les he dicho que eres el jardinero –murmuró ella muy cerca del pecho de él. Aquel susurro le volvió loco.

–Ya lo sé. ¿Crees que soy buen jardinero? –bromeó.

–Estoy segura de que por lo menos tendrías un... aprobado –le dijo, de

mejor humor—. Además, ¿sabes una cosa, Dell?

—¿Qué?

—Besas de maravilla —entonces, se apartó de él y salió corriendo hacia la casa.

Dell la vio desaparecer y no pudo evitar sonreír. Su esposa había tenido la última palabra en el juego que se traían entre manos. En aquel momento no pudo evitar desearla aún más.

Capítulo 11

DELL se quedó mirando la hoja con la lista de citas que le acababa de pasar Louella. No obstante, todos sus pensamientos se centraban en Regina. Y mucha gente le habría dicho que estar tan pendiente de su esposa era positivo. Pero el problema radicaba en que ella se estaba convirtiendo en la fuerza motora de su vida. Especialmente después de haberle confesado que no había amado a Lee.

Sin embargo, Regina ni siquiera quería joyas ni el collar de esmeraldas. «Estoy obsesionado», pensó, e intentó concentrarse en la lista de cosas por hacer. Tomó el auricular del teléfono, a pesar de que no le apetecía ver a nadie, sólo quería estar con Regina, e hizo un par de llamadas. Después revisó la agenda del día. En el pasado el trabajo siempre le había distraído.

Cuanto más se acercaba Regina a la puerta de la mansión, más expectante se sentía. El tipo de expectación que quitaba la respiración, que dolía.

«Detente», pensó mientras se apoyaba en la puerta. Había tenido un día horrible. El principio del día no había estado mal, pero luego las Vandivers habían empezado a cambiar sus exigencias y habían obligado a las Bellas a revisar un gran número de detalles. Además, Charlie Wiley había llamado de nuevo preguntando por Bella, y Julie se había visto obligada a decirle que no estaba disponible.

La única cosa buena que había pasado tenía que ver con Dell. El corazón de Regina dio un vuelco. Aquel hombre...

No, no. Dell estaba empezando a significar demasiado para ella. Las imágenes se agolpaban en su mente, y el beso del día anterior...

Regina tembló. Empezaba a sentir algo por su marido. Deseaba estar con él a todas horas y eso no formaba parte del plan. Pero lo que la estaba

sucediendo en su interior no tenía nada que ver con el plan. El beso de Dell la había trastornado por completo.

Regina fue presa del pánico. Tenía que parar aquello cuanto antes, si no, se haría daño.

«Y no dejaré que eso ocurra», se dijo. Tenía que encontrar una forma de protegerse. Sin embargo, todavía tenía que dar las gracias a Dell por lo que había hecho aquel día.

Regina subió las escaleras que conducían a la oficina de Dell, pero no lo encontró allí. Extraño. Casi siempre estaba en casa a aquella hora del día. Pero era verdad que durante los dos días anteriores había estado trabajado mucho. Sería por la sucursal de Chicago.

Fue entonces cuando Dell apareció en el pasillo, parecía cansado. Llevaba la corbata medio desatada e iba un poco despeinado. Estaba muy atractivo.

Lo primero en lo que pensó Regina fue en acercarse más a él.

–¿Un día largo? –le preguntó en vez de aproximarse.

–Normal –le respondió. Tenía un brillo en los ojos que le indicó a Regina que deseaba acariciarla. Pero no lo hizo.

–Me ha llamado Jazz Ezland, el encargo del refugio. Phoebe tiene una nueva casa –le dijo–, así como muchos de los perros que visitamos ayer. Un número bastante inusual.

–Me alegro mucho –contestó sin ni siquiera pestañear.

–Dell, muchas gracias. Significa mucho para mí –entonces se acercó un poco más a él y le tendió la mano.

Dell le dio un beso rápido en los labios, dudó y la volvió a besar. Con más pasión.

Regina sintió un fuego en su interior. Se puso de puntillas y dejó escapar un gemido.

En aquel instante, Dell se quedó paralizado.

–Estoy haciendo todo lo posible por controlarme y no tocarte –le aseguró–, hasta que no estés preparada para más.

Regina pensó al instante que estaba preparada para más. Lo quería todo pero, ¿qué sucedería si no funcionaba? ¿Y si la dejaba?

Dell respiró profundamente. Le pasó los dedos por las mejillas y luego se dio la vuelta.

–Tengo que trabajar –soltó Dell. Parecía más una orden que una aseveración.

A los cinco minutos Regina escuchó como se encerraba en la oficina. Y no salió hasta que ella se había metido en la cama.

Regina se acostó pensando en qué diablos estaba haciendo. Aquellos besos...

Oh, cielos. Los labios de Dell, sus manos, no había duda que cualquier mujer desearía a su marido locamente. Regina se sentó en la cama abruptamente.

«¿Pero qué estoy haciendo?», pensó. Ella le había ofrecido el divorcio y él, sin embargo, le había pedido un periodo de prueba que se estaba tomando muy en serio.

«Tú nunca has sido una mujer apocada, Regina», se dijo a sí misma. «No empieces ahora. Al final puede que este matrimonio no dure, pero no será porque no me haya esforzado en ello».

Sin embargo, a pesar de la pasión que les consumía, Dell le había asegurado varias veces que aquel matrimonio no estaría basado en el amor. Las dudas obsesionaban a Regina y ya había llegado la hora de despejarlas. Tomó el teléfono móvil y marcó un número.

–Dell O’Ryan –la voz sonó profunda y aterciopelada. ¿Estaría dormido?

–Dell, soy Regina.

–¿Dónde estás? –dijo después de una pausa.

–En la cama –respondió automáticamente.

–Está bien, olvídate de lo que acabo de preguntar. ¿Estás bien, pasa algo?

–No exactamente.

–Me estás llamando desde casa, podrías haber bajado a verme.

No. Era valiente, pero no lo suficiente como para ir a su dormitorio.

–Mañana me gustaría terminar tus fotos –le dijo–, ¿te parece bien?

–Sí, estaré listo –dijo después de dudar unos instantes.

Regina no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Dell estaba levantando pesas en un gimnasio mientras Regina le sacaba fotografías cuando apareció un equipo de televisión por cable. Por lo visto, el hecho de que Regina hubiera estado siguiendo a Dell con una cámara y sus inusuales salidas habían llamado la atención de un canal local.

–Señora O’Ryan, ¿nos podría contar cómo conoció a su marido?

Regina se quedó helada, sin saber cómo reaccionar, no se había percatado de su presencia. Justo cuando su marido les iba a pedir que no la molestaran, respondió:

–Éramos vecinos. Lo conozco de toda la vida –Dell se sintió orgulloso de la respuesta.

–Y ¿es verdad que el señor O’Ryan se ha interesado por una de sus causas preferidas? Creo que una cantidad enorme de mascotas abandonadas han encontrado casa en uno de los mejores barrios de la ciudad –el hombre le enseñó una perrita que él mismo había adoptado.

–Trixie. No sabía que hubieras sido una de las elegidas. Y además tiene la patita coja –dijo mientras miraba al reportero como si le acabara de hacer el mejor regalo de su vida–. Mi marido es un hombre bueno –aseguró mirando a Dell, y las cámaras les enfocaron–. Sé que puede sonar extraño viniendo de una fotografía, pero no quiero que me graben en video. No creo que... –se miró a los vaqueros gastados que llevaba puestos, una blusa holgada y el pelo revuelto.

Al instante, Dell se dirigió al equipo y les dijo:

–No recuerdo haber autorizado esta entrevista.

–Pero usted es un personaje público, señor O’Ryan.

–Y éste es un club privado.

–Sí, pero...

–Aquí hay normas que se aplican rigurosamente –no tenía ni idea de si existían esas reglas o no. Pero no le importó. Aquellos dos hombres no habían seguido el protocolo y parecían novatos. Los dos periodistas se miraron y se prepararon para irse. Pero dudaron un instante.

–Disculpen, estoy en medio de una sesión de fotos sobre mi marido. La luz del foco está sobreexponiendo mis fotos –dijo Regina con determinación. Dell nunca la había visto tan erguida, tan segura–. Si no les importa, me gustaría seguir con mi trabajo.

Dell no supo si aplaudir o gruñir. Los dos hombres miraron a Regina y dijeron:

–Sentimos mucho el problema con la luz, pero es para la televisión –dijo uno–, no se preocupe, señora O’Ryan, desapareceremos enseguida y haremos un gran trabajo sobre su marido. Sacaremos las mejores imágenes. De calidad profesional.

–Si lo que tratas de decir es que estoy jugando a ser una profesional o que sois más expertos que yo, entonces estás equivocado. De hecho –Regina se giró para mostrar su Hasselblad a los dos hombres–, se me ocurre que un reportaje sobre mi marido debería incluir todos los aspectos de su vida, incluida la atención que despierta en los medios de comunicación. ¿Os importaría acercaos un poco, como si estuvierais teniendo una conversación con Dell? Sí, los dos –no esperó a la respuesta y empezó a sacar fotos.

–¿Qué? ¡Ay, espera un minuto! –objetó el hombre un tanto contrariado, pero ella siguió disparando.

–Gira un poco la cabeza –ordenó–, ya sabéis la importancia del contraste y el gesto en las fotografías. Intenta acercarte a ese rayo de luz que se filtra por la claraboya. Pregúntale algo a mi marido, da igual la respuesta, lo importante es atrapar el realismo de la acción. Oh, sí, así. ¡Me encanta!

Regina se olvidó en seguida del enfrentamiento y disfrutó de lo lindo de la sesión. Además, en poco tiempo, los hombres empezaron a participar gustosos. Cuando Regina terminó, los dos hombres la miraron con admiración. Obviamente, no habían conocido a nadie como Regina. Cuando por fin bajó la cámara y suspiró satisfecha, Dell pensó que los dos reporteros se habían enamorado de ella. ¿Cómo no hacerlo?

–Señor O’Ryan, su esposa es increíble. Maneja la cámara con una soltura pasmosa, pero no podemos volver a la redacción con las manos vacías. Denos un respiro. ¿Qué les parecen un par de preguntas y algún comentario? –sugirió uno de ellos–, lo haremos bien.

–Está bien, caballeros, ésta es la verdad: mi esposa, Regina, creció no muy lejos de aquí, de hecho muy cerca, pero no la conocí hasta hace relativamente poco. Seguramente debí de ser ciego al no darme cuenta del talento y gracia de esta mujer. Ahora soy muy afortunado de tenerla como esposa –dicho esto, se acercó más a Regina, le acarició la mejilla y le dio un beso en los labios.

–¡Oh, sí! –dijo el cámara–. Esto es perfecto.

Al instante Regina abrió los ojos. Las mejillas se le sonrojaron y se apartó un poco. Dell la dejó libre.

–Que no quede constancia de esto –dijo Regina.

Uno de los chicos la saludó mientras recogían el equipo.

–Estoy deseando ver algunas de las fotos que ha hecho, señora O’Ryan. ¿Le importaría mandar por correo electrónico alguna a la redacción?

Al poco, la pareja de reporteros salía por la puerta.

–Tengo que ir a la tienda. Hay que ver qué puedo hacer con estas fotos. Creo que con esto ya estamos casi terminando –le dijo. Parecía que estaba incómoda.

–Les debería haber echado –reflexionó Dell.

–No. Estamos intentando comportarnos como una pareja y lo hemos hecho bien. Como sabes, yo tiendo a ser impulsiva, pero sé que de ahora en adelante debo controlarme. No puedo permitirme más errores, especialmente cuando he cometido tantos –Regina miró a Dell.

–Regina, no era mi intención que te sintieras incómoda.

–No, no eres tú. Soy yo. Yo... –Regina se acercó más a él, pero de repente se alejó–. Lo siento, pero de verdad me tengo que ir a trabajar. Nos veremos más tarde.

Sin decir una palabra más, salió por la puerta. Dell se quedó solo en la sala. Sintió la necesidad de darse un puñetazo. ¿Pero qué había hecho, qué le había dicho?

Muchas cosas, obviamente, que habían hecho que Regina se apartara aún más de él. Una vez más había conducido mal una situación provocando que su esposa saliera huyendo.

Un deseo desesperado de hacer que todo volviera a la normalidad le invadió y le inquietó. No quería albergar sentimientos ni tan fuertes ni intensos por una mujer. Entonces, ¿qué iba a hacer al respecto? Esa dulce e impetuosa mujer parecía que hubiera puesto todo de su parte para que el matrimonio funcionara.

Debía pensar sobre aquello...

Capítulo 12

ESTÁS muy pálida, Regina –le dijo Serena–, ¿va todo bien?

–Sólo estoy un poco cansada –que era parte de verdad. También estaba asustada. Serena pareció preocupada.

–No se tratará de tu marido, ¿verdad? –le preguntó.

–Dell está estupendamente –le respondió sorprendida ante la capacidad de su amiga para leerle el pensamiento. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a salir adelante? La campana de la puerta de la tienda interrumpió sus pensamientos.

Bella sonrió amablemente al hombre que acababa de entrar. Probablemente fuera un comercial. Y ella sabía muy bien cómo quitárselos de encima con educación.

–¿Puedo ayudarlo en algo? –le preguntó al hombre, que debía de tener unos cincuenta años.

–Eso espero –le respondió–, busco a Bella Mackenzie. Ya he estado aquí en otra ocasión, pero ella no estaba. ¿Sabría usted dónde puedo encontrarla?

Bella se puso automáticamente en guardia. Y Regina también.

–Soy Bella. Y usted debe de ser un amigo de Rae Anne, ¿verdad?

–Sí, señora, y usted también, o eso tengo entendido –el tono de voz de aquel hombre llamó la atención de Regina. El hombre miraba a Bella con mucha dulzura.

–Sí, conozco a Rae Anne desde hace mucho tiempo. Y ella cree que me conoce a mí –por su tono se intuía que no le hacía nada de ilusión que su amiga le hubiera enviado a un hombre.

El hombre, en cambio, sonrió ampliamente.

–Ah, así que ¿no quiere vender su coche?

Bella parpadeó.

–¿Mi coche? ¿El Rolls?

–He oído que es una auténtica belleza. Un modelo *vintage* de un color verde tan bello como inusual.

–Oh, sí. Rae Anne me ha dicho que estaba interesado en el coche.

–Soy Charlie Wiley –se presentó el hombre–, y sí, estoy muy interesado. Por lo que sé tiene un Rolls-Royce Phantom II de 1930. Llevo tiempo buscando uno así. ¿Podría verlo?

Desafortunadamente la campana volvió a sonar, y Bella tuvo que atender al cliente que acababa de entrar ya que Callie estaba almorzando.

Regina sonrió a Charlie y volvió al trabajo. Serena estaba trabajando en un vestido de novia. Cuando Bella hubo terminado de atender al cliente, Charlie la contempló como si se tratara de un ave exótica.

–Bueno, volvamos al tema del coche –le dijo Bella con amabilidad.

–¿El coche? Ah, sí, el Rolls, que estoy seguro es una belleza –sin embargo no le quitaba ojo a Bella. Y ella se estaba poniendo un poco colorada.

–Lo siento. No puedo hacerlo –dijo de repente.

–¿No quiere vender el coche? –repuso él con tristeza.

–Pertenece a mi último marido.

–La entiendo perfectamente. Yo perdí a mi esposa. Es difícil deshacerse de las cosas que amaron. Pero cuando hablé con Rae Anne me pareció que me indicaba que estaría interesada.

–¿Interesada?

–En vender el coche. De verdad quiero ese coche –pero miraba a los labios de Bella, quien se los humedeció.

–No puedo hacerlo. Todavía no.

–Está bien entonces –dijo Charlie–, gracias por su tiempo. Pero si cambia de idea, hágamelo saber –y se marchó de la tienda.

Al salir Charlie, Bella se empezó a abanicar.

–Como le digáis a alguien que me he comportado como una tonta, lo negaré todo –aseguró.

Una sonrisa de simpatía se apoderó de los labios de Regina.

–Has estado muy bien, Bella. Pero sabes que no venía por el coche... le has gustado.

–Pero si es más joven que yo y más delgado. Voy a poner la cabeza de Rae Anne en una bandeja. Con patatas. He pensado por un momento que era uno de sus trucos para endosarme a un hombre. Pero sólo estaba interesado en el coche. ¿Creéis que se habrá dado cuenta de lo que estaba pensando? Tengo

que llamar a Rae Anne y decirle un par de cosas antes de la próxima boda.

Regina y Serena se miraron.

–Las cosas nunca son fáciles con un hombre, ¿verdad? –preguntó Serena.

Regina no respondió, pero estaba totalmente de acuerdo. Entonces empezaron a entrar clientes, alguien llamó al teléfono. Eran los Vandivers. Regina respondió y escuchó a Liz Vandiver gritando a alguien al fondo.

«Dame sólo unas semanas más y todo saldrá bien», pensó Regina, pero sabía que no se estaba refiriendo sólo a los Vandivers.

Dell se quedó parado en la puerta del dormitorio de su esposa. Era temprano. La tenía que ver antes de que se fuera al trabajo así que llamó a la puerta.

Diez segundos más tarde Regina abrió. Dell la miró. Llevaba puesta una camiseta de color rojo. Su mente empezó a volar, pero fue capaz de contenerse. Intentó desviar la mirada.

–Te invito a pasar el día en la ciudad conmigo –le dijo. Aquellos ojos del color de caramelo se abrieron como ventanas.

–Pero tengo que trabajar.

–Ya lo sé, y yo también. Pero... estos últimos días, creo que nos hemos olvidado de que en un tiempo fuimos amigos. Deberíamos intentarlo de nuevo. Por lo menos por un día.

–¿Estás de broma, verdad? –preguntó ella sonriente–. ¿Tomarte el día libre sin haberlo planificado? Me juego algo a que no has hecho novillos en tu vida. No me irás a decir que Louella está de acuerdo.

–Louella se horrorizará como sólo ella sabe hacerlo.

–Bueno, tienes suerte de tener una mujer como yo, una mujer con experiencia. Deja que llame y diga que estás enfermo.

–¿Perdona?

–Ya sabes, como cuando estábamos en el instituto y te apetecía ir a la playa pero necesitabas un justificante de tus padres, o por lo menos alguien que sonara lo suficientemente mayor como para llamar al colegio y decir que te encontrabas mal.

–¿Tú has hecho eso?

–Una o dos veces cuando era joven. Últimamente, casi nunca. Soy buena en mi trabajo y lo disfruto. Pero después del espectáculo de ayer de las Vandivers

no me vendrán mal unas horas de libertad. Hoy tengo que hacer los preparativos, nada de fotos, así que me puedo tomar unas horas. Mañana estoy ocupada todo el día así que, si hay que hacerlo, mejor hoy.

–Te dejo para que te prepares.

–¿Dónde vamos? –preguntó Regina.

–No tengo ni idea –dijo parpadeando. Regina soltó una gran carcajada.

–¿A que también es la primera vez en tu vida que no tienes un plan? Déjame a mí. Conozco sitios estupendos para un par de amigos. No te tienes que preocupar por nada.

«Excepto por mantener la relación a un nivel platónico», se recordó Dell.

Regina no podía parar de sonreír. Había arrastrado a Dell todo el día. Lo había llevado al parque, donde habían comido palomitas y nubes de azúcar. Allí se habían columpiado. Habían caminado por la Carretera de la Libertad hasta el Planetarium, un edificio de cristal de tres pisos que se encontraba dentro de la Biblioteca Pública Mary Baker. De allí habían ido al paseo marítimo y hasta la playa, sin que Dell se quejara una sola vez.

Habían decidido comer un picnic en la Isla de George.

–No has sacado muchas fotografías hoy –le dijo Dell.

–Sí, es difícil de creer, verdad –le respondió riendo–, casi todo el mundo que me conoce piensa que la cámara es una extensión de mi cuerpo.

–¿Y no lo es? –bromeó Dell.

–Está bien, la mayoría del tiempo sí que lo es. Para mí hacer fotos es parecido a hablar. Es una forma de comunicación. Pero hoy quería divertirme, sin sacar fotos.

–Me he divertido mucho. Y quiero que me enseñes más fotos tuyas. He visto algunos de tus trabajos, por supuesto los que están colgados en la tienda, pero en casa no tienes casi nada.

–No me parecía adecuado, pero te enseñaré las fotos que te he sacado últimamente.

–Pero esas son para el trabajo...

–No. No las hice por trabajo, lo hice por...

«Amor», pensó Regina. La palabra pareció flotar en el aire.

–Respeto al matrimonio –respondió finalmente de forma un tanto seca. A Dell no le pareció gustar la respuesta–. Y también por amistad –añadió

Regina, usando esa palabra que estaba empezando a odiar. El día había sido estupendo. Pero había algo con su marido que no terminaba de parecerse a la amistad. Ella sentía mucho más.

«Oh, Dios mío, ¿estaría siendo patética?», se preguntó. Aquel hombre se lo había dado todo: un matrimonio, una mansión, protección, su nombre, su amistad, incluso pasión. Pedir más era absolutamente erróneo. Además de imposible. «No pienses en eso, no pienses en eso. No destruyas el día», se dijo como si fuera un mantra.

–Así que amigo y marido en periodo de prueba –dijo Regina intentado sonar casual–, eres muy competitivo, ¿no crees?

–Eso me suena a pregunta con truco, pero picaré –dijo con tal sonrisa que dejó sin respiración a Regina–, amiga y esposa en prácticas, señora O’Ryan –añadió mientras Regina se contenía para no lanzarse a sus brazos–. Sí, dicen que soy un hombre competitivo.

–Perfecto, porque necesitarás ese espíritu competitivo la próxima media hora. Si no, voy a darte una paliza con el *frisbee* –Regina se levantó y sacó el disco naranja de la mochila.

Retozando sobre la hierba, Dell le preguntó:

–Pero si acabo de comer, ¿ahora quieres que salte y corra por ahí?

–Y también que atrapes el disco –añadió posando una mano en la cadera–, creciste en una casa con millones de reglas y normas. Apuesto a que nunca has jugado a esto.

–Que soy un O’Ryan, no un alienígena de otro planeta –se levantó y tomó posición.

–Humm, puede que no seáis tan distintos los alienígenas y los O’Ryan –bromeó lanzándole el disco.

Dell se agachó y atrapó el disco, volviéndolo a lanzar de inmediato.

–Muy bien, señor O’Ryan.

–Mi padre nunca nos llevó a pasar días en el campo ni nada de eso, pero siempre pensó que los varones O’Ryan debían ser atléticos. Teníamos que cumplir con las expectativas. Ser competitivos.

–Tener éxito está bien, pero a veces no es divertido.

–La diversión está sobrevalorada en nuestra sociedad, jovencita. Las personas normales se divierten, pero los O’Ryan trabajan por el éxito –Dell utilizó un tono tan solemne que a Regina le pareció estar oyendo al padre de Dell. Desde luego, su marido había pasado mucho tiempo trabajando y poco

divirtiéndose.

–¿Tu padre decía eso?

–No te preocupes, sobreviví a mi infancia –le dijo–, y cuando me hice mayor me casé con una mujer que valora las nubes de azúcar y los parques. Y que está dispuesta a pasar el día enseñándome cosas que considera importantes para poder sobrevivir.

Dell lanzó el disco, desafortunadamente, Regina estaba tan perturbada por lo que acababa de oír que no pudo alcanzarlo. El disco casi le dio en la cabeza y, en un intento de evitarlo, tropezó y cayó sobre la hierba.

Dell se aproximó corriendo.

–Regina, ¿estás bien? –le preguntó Dell preocupado.

La cabeza de Regina no paraba de dar vueltas. Su marido, con el sol iluminándole, era guapísimo. No tenía duda por qué Elise Allenby lo deseaba.

–Regina –le dijo mostrándola tres dedos–, ¿cuántos dedos ves?

–Tranquilo, estoy bien.

–¿Cuántos ves? –le ordenó.

–Eres bastante bueno en tu papel de comandante en jefe, ¿eh? –le dijo a pesar de que Dell parecía asustado–. Tres. Y gracias.

–Muy bien –dijo satisfecho por la respuesta–. ¿Y gracias por qué?

–No lo sé, por este día, por haber estado contento con mis planes. Sé que todo esto es... –dijo levantando las manos– algo fuera de lo común para ti. Y me alegra que consintieras que tomáramos el metro en vez de la limusina.

–Sí, ha sido un sacrificio terrible –replicó con sonrisa socarrona–, a nosotros los O’Ryan nos cuesta mucho prescindir de las comodidades.

–Sabes a lo que me refiero –se sentó y le golpeó levemente el brazo.

–Sí lo sé, y esto es de lo más agradable.

–No me puedo creer que no hayas estado aquí nunca. Estas islas tienen una historia fascinante. Por ejemplo, el único faro manual que queda en los Estados Unidos está aquí, en la Isla de George. Y dicen que en esta isla habita un fantasma. Aquí traían a los prisioneros de la Armada Confederada y se dice que la legendaria Dama Negra era la esposa de uno de los prisioneros. Hay exactamente treinta y cuatro islas justo en frente de tu casa y nadie te ha traído aquí jamás hasta ahora. Es tan...

Dell sonrió. Ella frunció el ceño.

–¿Qué? –preguntó Regina.

–No tienes por qué indignarte. Ya no soy un pobre niño rico. Soy un hombre

y no tengo que seguir las normas. Ahora puedo hacer lo que me plazca.

Dell se agachó un poco y la besó en los labios. Lentamente. Intensamente. Ella se acercó más y sintió los bíceps de él, que impedían que se cayera hacia atrás. La abrazó.

«No puedo permitirme dejarme llevar más. Aún más lejos», fue el primer pensamiento de Regina.

Los labios de Dell eran cálidos, su tacto mágico. Dell la volvió a besar con mayor intensidad.

–Mira, mamá, esa pareja se está besando –oyó Regina decir a un niño.

De inmediato, se sentó y se apartó de Dell. Miró a su esposo con deseo, culpabilidad y frustración.

–Bueno, esto ha estado muy bien –dijo Regina–, una buena guinda para completar el día.

–Regina –la voz de Dell sonó autoritaria–, yo...

–Si me vas a decir que lo sientes o vas a intentar hacerte el responsable de todo, te aseguro que te golpearé con fuerza. Se suponía que íbamos a pasar el día jugando y sin echarnos en cara nada, así que no lo digas. Por lo menos esta vez no hay cámaras alrededor.

Dell la estudió un instante, en silencio. Después se apartó, se incorporó y la ayudó a levantarse. Cuando Regina se atrevió a mirarlo de nuevo notó que él no había dejado de observarla.

–¿Qué? –exigió Regina.

–Sabes igual que las nubes de azúcar.

–Bien, eso está muy bien. Me gustan los algodones de azúcar.

–A mí también. Mucho más de lo que me gustaría.

Cuando volvieron a casa y Regina escuchó los mensajes que tenía en el teléfono, todos los pensamientos sobre el plan se esfumaron.

Se giró hacia donde estaba Dell y le dijo:

–Los Vandivers han cancelado. Estamos arruinadas, pero mucho peor, ellos iban a ser nuestra plataforma para el éxito y ahora que han cancelado el contrato que tenían con nosotras, el rumor se extenderá y no traerá nada bueno.

Todo el trabajo, todos los sueños, sus amigas...

–Regina –dijo Dell con gentileza–, ven aquí.

Eso era todo lo que necesitaba Regina, aquella voz profunda llena de

comprensión. Sin mediar más palabra, se entregó a los brazos de su marido.

Capítulo 13

DELL abrazó a Regina.

–Lo siento, pero, por favor, no te preocupes, yo te ayudaré.

–No.

–Los Vandivers son unos necios, no tienen derecho a hacerte daño de esta forma sólo porque sean unos egoístas. Ya sabes que tengo dinero y ni siquiera lo notaré.

Inmediatamente, Regina se apartó.

–No –dijo de nuevo–, no, por favor. Aprecio tu oferta, pero sé que comprenderás que no puedo aceptar tu ayuda. Toda mi vida he luchado para probar que soy suficientemente buena como para hacer las cosas sola. Y si aceptara tu dinero, entonces significaría que no he conseguido nada.

Dell abrió la boca para contrariarla, pero no dijo nada al ver a Regina negar con la cabeza.

–No me des las excusas habituales. Sé quién soy y lo que no quiero ser. Créeme, sé cuáles son mis puntos fuertes. Pero este altercado con los Vandivers... va a afectar a gente a la quiero. Estoy furiosa y enfadada, me cuesta pensar con claridad. Necesito un poco de tiempo y necesito... no sé el qué. Pero no puedo aceptar tu dinero para arreglar mis cosas. Las Bellas hemos llegado hasta aquí después de años de trabajo, amistad y muchas dificultades. Con lo bueno y con lo malo. No te puedo mezclar en todo esto. No quiero deberte nada. Si te debiera dinero y decidiéramos separarnos... no, es mejor que no haya dinero de por medio.

–¿Y si no ponemos fin a nuestro matrimonio?

Regina dudó por un instante.

–También deberíamos evitar las dudas entre nosotros. Cuantas menos complicaciones, mejor.

Dell vio en los ojos de Regina que aquellas dudas indicaban que estaba pensando en terminar con todo. Necesitaba tener la posibilidad de salir huyendo. Regina estaba dolida, asustada y no permitiría que él la ayudara. ¿Qué podía hacer?

Nada, absolutamente nada. Así que la abrazó con más fuerza. Era todo lo que le podía dar, todo lo que ella le permitía hacer. Su fortaleza, su protección.

Regina todavía tenía los ojos abiertos cuando se hizo de noche. Estaba pensativa y dolida.

Dell la llevó al dormitorio y la acostó en la cama.

–No me dejes sola –le susurró–, quédate. No quiero quedarme sola con mis pensamientos.

Dell asintió y se tumbó en la cama, cerca de ella. Acercó el cuerpo de Regina al suyo y descansó la barbilla en el sedoso pelo de ella, mientras lo acariciaba.

–¿En qué piensas? Si no quieres decírmelo, no pasa nada.

–Ya lo sé –y no dijo nada más durante unos minutos. Dell se concentró en escuchar la respiración de Regina. Sintió temblar su cuerpo cuando la acercó más a él–. Mis padres siempre quisieron que fuera secretaria –dijo finalmente Regina–, algo práctico. Se enfadaron muchísimo cuando insistí en que quería ser fotógrafa. Y manifestaron ese disgusto en cada palabra, en cada mirada que me dedicaron. Sólo me tuvieron a mí, su única oportunidad. Siempre quisieron una hija de la que pudieran enorgullecerse ante sus amigos. Y no una hija que pasara hambre, que rezaba para que las conservas le duraran hasta que vendiera el siguiente reportaje.

–¿Y nunca vieron tus trabajos, lo buena que eres?

Regina se acomodó en los brazos de Dell y le ofreció una sonrisa triste.

–Bueno, sí que trataron de sonreír y de ser educados cuando por fin se dieron cuenta que iba a ser imposible cambiarme. Pero para ellos era simplemente una irresponsabilidad vivir de vender fotos a la gente. Para ellos sólo estaba jugando a ser adulta. Y ya no están. La marea se los llevó en aquel accidente de barco mucho antes de que tuviera la ocasión de hacerles sentir orgullosos de mí.

–Lo mismo ahora sí que te entiendan –le susurró al oído–. Quizás la sabiduría y el aprecio les llegara con la muerte y ahora miran hacia abajo y te aprecian. Ven cosas que nunca antes habían sido capaces de ver.

–Obviamente, jamás conociste a mis padres.

–Pero te he conocido a ti. Y eres una mujer con un talento increíble.

Regina se acercó más a Dell. Sintió en su pecho como sonreía. Dell escuchó un «gracias» amortiguado que le calentó la piel del torso. Dell sintió, contra su voluntad, un arrebato de deseo que se apoderó de él y empezó a girarse lentamente.

Pero en la oscuridad, Regina se dio cuenta de lo que estaba pasando.

–No, no te alejes. Era inevitable que hiciéramos esto. Lo llevo deseando mucho tiempo y lo deseo ahora. Esta noche necesito tocarte y que tú me toques, que me acaricies. Soy, después de todo, una mujer que vive el día a día. No sería una artista si no tuviera esa actitud. No sabemos lo que nos puede pasar, así que vivamos el momento.

Dicho esto, se acercó más a él y lo abrazó con fuerza. Lo besó dispuesta a darle lo que Dell se moría por tener.

Dell se rindió, abandonó la batalla que llevaba librando aquellas semanas. Asíó a su esposa con fuerza. La besó de la manera que había deseado besarla todo aquel tiempo, saboreándola con pasión, acariciándole el cabello.

Regina se incorporó un poco para tenerlo más cerca y se abalanzó sobre los botones de la camisa de Dell. No era una mujer pasiva en ningún ámbito de la vida.

–Eres hermoso –le dijo Regina–, siempre has sido muy guapo.

–Me temo que esas palabras tendrían que ser mías –le dijo, tomándola con fuerza.

–No, me temo que en esta ocasión soy yo quien tengo que decirlo.

–Vamos a demostrarlo –propuso Dell. A oscuras, le quitó los zapatos, le arrebató la blusa y los vaqueros. Por último le quitó las últimas prendas que la separaban de él.

Por un instante, Dell creyó ver un atisbo de duda en los ojos de Regina, iluminados por la tenue luz de la luna.

–Eres preciosa –le dijo Dell con fuego en la mirada–, y me estás volviendo loco, necesito tocarte. Así que, mi pequeña y querida esposa, si vas a cambiar de opinión, mejor...

–¿Y perderme esto? No, te aseguro que eso no va a pasar –le dijo interrumpiéndolo y lanzándole una sonrisa encantadora–. De hecho, te voy a permitir que me digas más piropos y que me acaricies. Ahora, Dell, ahora. Por favor.

–No tienes ni idea del placer que es para mí obedecerte.

Dell le pasó los dedos por los sensuales labios. La besó en los ojos, las mejillas, el cuello. Y entonces, los dos cuerpos se encontraron en medio de la oscuridad. Dell perdió su legendario autocontrol. Regina lo estaba conquistando de una manera en la que nadie lo había hecho antes. Los dos se acariciaron con pasión descubriendo los rincones de ambos cuerpos.

Y cuando Dell la iba a penetrar, supo que tenía que hacerlo bien, tenía que ser algo especial para ella. Porque Regina era una mujer especial.

Y lo consiguió. Dell la amó en la noche, perdiéndose en la suavidad de su interior, respirando la esencia del cabello de Regina. Las yemas de los dedos de Dell dibujaron el contorno del cuerpo de Regina una y mil veces. Descubrió que, lo que previamente había pensado que era el éxtasis, no era más que una sombra del verdadero placer.

Cuando amaneció, miró a Regina durmiendo al otro lado de la cama, su pelo sobre la pálida piel. Entonces fue consciente de que quizás no viviría una noche tan mágica como aquella jamás.

Pero Regina todavía no le había dicho si se quedaría a su lado. La luz matutina se colaba por la ventana y lo iluminaba todo. Regina se despertó. Cuando abrió los ojos y miró a Dell, lo primero que hizo fue sonreír levemente. Dell tuvo miedo de que sus peores presagios se cumplieran.

Desazón, arrepentimiento. La noche mágica de Cenicienta había pasado. La realidad brutal se iba a imponer. Le había hecho el amor a su esposa por primera vez y había sido una experiencia sobresaliente. Pero con la luz del día ella se sentiría desconcertada.

–Buenos días –le dijo Dell con una sonrisa que ella no le devolvió–. No te disculpes.

–No me arrepiento de nada. Estoy contenta.

–Bien, porque la verdad es que yo tampoco me arrepiento de nada, ni por un instante –le dijo Dell besándola con suavidad.

Entonces pensó que Regina querría olvidarlo todo y se marcharía a trabajar, así que decidió levantarse de la cama y vestirse. Tenía que hacer algo muy importante y no podía dejarlo pasar.

Al volver a casa del trabajo, Regina no sabía qué se iba a encontrar. La tienda había estado muy tranquila aquel día. No sabía bien si había sido

porque ya se había corrido la voz de que habían perdido a su mayor cliente o porque había hecho mucho calor.

–Quizás sea mejor no tener mucho trabajo –había dicho Julie–. Con las caras que tenemos hoy, cualquiera que atravesase la puerta saldrá corriendo.

Pero Regina supo que su expresión tenía poco que ver con lo que había pasado con los Vandivers, sino por lo que había pasado la noche anterior. Se había dejado llevar y había hecho el amor con Dell. Había sido maravilloso, delicioso... devastador.

Porque ya no podría protegerse. Se estaba enamorando de su marido cuando él le había pedido, específicamente, que no lo hiciera.

Seguía sumida en esos pensamientos cuando abrió la puerta de casa. Se encontró con Dell esperándola en el vestíbulo. A Regina le dio un vuelco el corazón.

–¿Pasa algo malo? –preguntó Regina sorprendida de verlo esperándola.

–No, para nada. Todo va de acuerdo con lo previsto –contestó él tras un suspiro, y le dio un beso en los labios. Pero Regina le notó tenso. ¿Sabría Dell lo que ella sentía?

–Regina, tengo una cena hoy a las siete. Si te apetece, me encantaría que me acompañaras.

–Por supuesto. Estaré lista en seguida.

–Gracias –dijo Dell, le sonrió y la vio desaparecer. Poco después los dos salían de casa.

Durante el camino estuvieron en silencio. La casa a la que llegaron era imponente, pero no tanto como la mansión de los O’Ryan.

–Regina, te presento al señor y la señora Roger Stanson y a su hija Jennifer. Ésta es mi mujer, Regina –dijo con educación.

Entraron en la casa y al cabo de un rato se sentaron a la mesa.

–Mi esposa es una fotógrafa de gran talento que trabaja en Bodas Bellas, un servicio de planificación de bodas –Dell comentó en la cena–. Ella y sus socias ofrecen sólo los mejores servicios.

–Oh, eso está muy bien saberlo –dijo la señora Stanson.

Regina no sabía qué decir. Desde luego Dell era una persona generosa... Unas lágrimas se agolparon en sus ojos, pero las reprimió. Trató de no mirar a su esposo para que las emociones no la traicionaran.

–Menudo partido que es Dell, querida. No me puedo creer que una mujer haya podido meterle en cintura. Lleva buscando esposa mucho tiempo –desde

luego, la señora Stanson le estaba haciendo un cumplido a Regina. Pero ella no pudo evitar pensar que le había atrapado en sus redes por el embarazo.

–Soy muy afortunada –admitió Regina al tiempo que la mano de Dell agarraba la suya.

–No tanto como yo, corazón –dijo Dell besando la mano de su esposa. Al instante el cuerpo de Regina se puso en guardia, ¿qué estaba haciendo Dell?

–Sois tan románticos –dijo Jennifer llena de admiración.

–Seguramente sea por el trabajo de Regina –comentó Dell–. Cuando una mujer se pasa el día con sus amigas convirtiendo a chicas en princesas y creando bodas mágicas algo se pega. Mi mujer sabe cómo llevar el romanticismo a la vida real.

Regina se puso tensa. ¿Qué estaba haciendo Dell? Pronto lo supo, le estaba haciendo publicidad.

–Jennifer se casará pronto –apuntó la señora Stanson–, y como es nuestra única hija, queremos lo mejor para ella.

¿Qué podía decir Regina?

–Y debe tener lo mejor. Todas las novias tienen que disfrutar en su boda del día más especial de sus vidas. Y todo lo que suceda ese día, debe ser el reflejo del amor que la pareja se profesa –afirmó Regina.

–Eso me gusta –dijo la señora Stanson –. Parece que te ocupas de los clientes poniendo el corazón.

–Sí, es verdad –su respuesta hizo que la señora Stanson se pusiera aún más contenta.

El resto de la noche transcurrió entre conversaciones educadas.

Ya de vuelta a casa, en la limusina Regina se giró hacia su marido.

–Dell... te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí esta noche. Pero no me puedes rescatar cada vez que sufro un contratiempo. Así no funcionan las cosas. No soy Lee.

–Ya lo sé, pero no podía dejar pasar esta oportunidad.

En ese instante Regina comprendió que ése era el tipo de relación al que podía aspirar con Dell. Él le haría el amor con cuidado más veces y ella estaría cada vez más enamorada, hasta el día en que le dijera la verdad a su esposo. Y entonces, Dell admitiría que no deseaba ese tipo de matrimonio, pero se quedaría a su lado por su sentido de la responsabilidad.

«Y no sería su culpa. Me haría daño yo misma. Soy la única que se está enamorando porque no he sabido acatar las normas», reflexionó Regina.

Cuando llegaron a la puerta de la mansión, se giró y miró a su esposo.

–Estoy cansada –dijo como disculpándose. Dell le pellizcó la mejilla con dulzura.

–Ve y descansa, Regina, todo va a salir bien.

Pero no, no iba a salir nada bien. Regina subió a su dormitorio, pero no logró conciliar el sueño. Decidió trabajar en el libro. Trabajó toda la noche completando los apartados que le faltaban sobre Dell, sobre el auténtico Dell, no el millonario. Cuando se hizo de día, ya había terminado el trabajo. Mandó por correo electrónico un archivo. Con cuidado hizo una maleta, escogiendo sólo lo que más necesitaba y, con ella en la mano, se dirigió al estudio de Dell.

Al verla, él se levantó de la silla y se acercó.

–¿Es por lo de anoche? ¿Porque me pediste que no te ayudara y sin embargo lo intenté?

–No –dijo negando con la cabeza–. Hacerle la corte a los Stanson no tiene que ver con darme dinero en efectivo. Fue un bello gesto por tu parte. Es que... No tenemos nada que ver, Dell, me gustas, siempre me has gustado. Pero jamás podré ser feliz aquí. Perdóname. Jamás ha sido mi intención crear un escándalo en contra de ti o de tu familia. Estoy segura de que el divorcio será negativo para tu reputación.

Regina escuchó por primera vez como Dell maldecía. Pero en seguida recuperó la compostura. Avanzó hacia ella con el brazo extendido.

–No has provocado ningún escándalo –le aseguró–, me encantaría que pudieras ser feliz aquí, pero, si no puedes...

Dell le tomó la mano que ella le había ofrecido y la acercó hacia sí. La abrazó con fuerza y después le dio un beso en la boca y le dijo adiós.

Regina tenía el corazón en un puño. «Por lo menos el futuro de Dell se enderezará dentro de poco». Con estos pensamientos, abandonó la casa. Algún día aparecería una señora O’Ryan que diera la talla.

«Y yo...», pensó Regina.

Pero no pudo terminar aquel pensamiento. El mundo sin Dell era demasiado difícil de imaginar. Y no iba a ser fácil olvidarlo.

Capítulo 14

DELL nunca había sido un hombre que se dejara llevar por las pasiones.

¿Había realmente tirado aquel jarrón de cristal contra la pared? Se pasó una mano por el pelo y trató de concentrarse en el trabajo. Pero no podía y sabía muy bien por qué. Se había enamorado de su mujer. Y ella no quería seguir casada con él.

Todo el cuerpo le pedía salir en busca de Regina y rogarle un poco más de tiempo. Pero debía controlarse.

–Me aseguraré de que está bien –se prometió en voz alta.

Tomó el teléfono y marcó un número.

–¿Bella? Soy Dell O’Ryan.

–Tienes muchas agallas para llamar aquí.

Un millón de preguntas cruzaron su mente, pero sólo tres importaban:

–¿Por qué? ¿Dónde está Regina? ¿Está bien?

–Está aquí –repuso otra voz. ¿Sería la voz de Natalie? ¿Habría puesto Bella el manos libres?

–¿Está Regina escuchando?

–No. No le permitiríamos que hablara contigo. Está en su estudio con un cliente –dijo Audra.

–Pero sabemos perfectamente que le has hecho daño.

Un dolor terrible se apoderó de la cabeza de Dell. Ni siquiera supo quién acababa de hacer aquel comentario. Pero no le importó.

–¿Cómo sabéis que le he hecho daño?

–Lleva dos noches durmiendo en la tienda y tiene muy mal aspecto –dijo Bella–. No sé lo que os está pasando porque Regina nunca habla de los asuntos de vuestro matrimonio. Cree que estaría traicionando los votos que hizo...

–Yo me sentiría igual –asintió Dell–, pero en este caso estoy demasiado preocupado por Regina como para no hablar –así que les explicó lo que les había pasado a él y a su esposa–. Quiere marcharse –dijo sin intentar ocultar la desesperación en su tono de voz. Se hizo un largo silencio.

–No, ella piensa que ha roto el pacto –la voz de Serena era inconfundible.

–No lo entiendo, explícamelo.

–Regina nunca ha sido una mujer adecuada para un matrimonio práctico. No es posible en su mundo. Ella es puro sentimiento y emoción. Si ha decidido que no podía quedarse, es porque te ama.

Dell no se lo podía creer.

–O porque se ha dado cuenta de que yo la amo y no quiere hacerme daño –replicó. De nuevo otro silencio.

–¿Qué versión es la real? Nunca saldrás de la duda si dejas las cosas como están, ¿no? –el tono de Bella era ya más relajado y menos acusatorio.

Las dudas se apoderaron de Dell. No quería declararse y poner a Regina las cosas aún más difíciles. Además, no soportaría escuchar de sus labios que jamás lo amaría.

–Le diré la verdad –se decidió por fin Dell.

–Eso puede que funcione. Aunque quizás ella crea que simplemente te estás portando como un caballero. Regina ha dicho más de una vez que eres un buen hombre.

Callie tenía razón. Las palabras no serían suficientes, no para alguien tan increíble y complicada como Regina.

–Gracias –les dijo a todas, y se dispuso a colgar.

–¡Espera! Dime, ¿qué piensas hacer? –exigió saber Bella.

–No lo sé. No le digáis que he llamado.

Dell colgó el teléfono. Esperó. Pero, por primera vez en su vida, no se le ocurrió ningún plan. ¿Qué podía hacer un hombre para conquistar a una mujer a la que habían hecho daño tantas veces? «Y qué pasaría si me rechazara», pensó Dell. Se quedó sentado en el despacho durante mucho tiempo. El sol se empezó a poner y el cielo se volvió naranja y lila. Por fin se le ocurrió una respuesta. ¿Qué hubiera hecho Regina en su posición? La respuesta era obvia. Algo grandioso, algo inesperado. Quizá tuviera que decir un par de mentirijillas...

Segundos después tenía a Louella al teléfono y no paraba de darle instrucciones.

–Ya veo que esa mujer te ha cambiado bastante –comentó Louella.

–Sí, así es –dijo Dell con una gran sonrisa.

–Y parece que no te importa que haya plagado los periódicos de Chicago con historias en las que apareces ayudando a ex prostitutas.

–¿Perdón? –dijo Dell elevando una ceja.

–Sabía que no tendrías ni idea. Pero he estado siguiendo de cerca los movimientos de tu esposa. Y la historia ha empezado a circular hoy en Internet. Regina ha escrito un artículo ilustrado con fotografías. La mayoría de lo que dice está bien, o eso piensa ella, pero esa foto tuya con una prostituta está siendo la más descargada del día. Si no me crees, míralo tú mismo.

Y así lo hizo. Ahí estaba con Edna. Y con Maynard. Con los dos chicos del equipo de televisión. Las fotos eran buenas. Sólo faltaba una cosa, Regina no aparecía por ningún lado.

–Tu padre jamás hubiera aprobado algo así –espetó Louella–, y tampoco hubiera consentido que esos reporteros colgaran en Internet esa foto. Tu esposa parece una fulana. Menudo beso.

–No me digas –Dell hizo otra búsqueda en Internet y encontró la foto de él con su esposa entre los brazos. Y hacían muy buena pareja.

–Tu padre... –empezó de nuevo Louella.

–Mi padre ya no es tu jefe –dijo Dell–, ahora soy yo. Y de hecho, también mi mujer es tu jefa. Y si tienes algún problema con eso, estoy seguro que los dos encontraremos una solución.

–Yo... –dijo en un suspiro Louella, Dell la interrumpió.

–Supongo que las palabras que estás buscando son «lo siento, señor O’Ryan, no volveré a insultar a su esposa jamás».

Louella repitió aquellas palabras, pero Dell supo que tendría que encontrar otra solución con su secretaria. Pero en aquel momento no importaba.

–Olvídate de las instrucciones que te acabo de dar. Lo haré yo personalmente.

Dell colgó el teléfono, tomó una bocanada de aire y pensó en la mujer a la que adoraba. Estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo.

A Regina los pies le pesaban como el plomo. Cada día se le hacía más difícil no tener a Dell a su lado. Ni siquiera era capaz de hacer su trabajo bien, algo inusitado en ella.

«Y no es justo para mis amigas», pensó al meterse en el coche. Parecía que sus amigas habían recuperado la alegría y el buen humor. Bella había invitado a Charlie a ver el coche. Callie sonreía y cantaba en la tienda. Quizá ese buen humor se debiera a que los Stanson las habían contratado para que planificaran la boda de su hija. Dell había vuelto a hacer algo por ella. Le tenía que escribir una nota de agradecimiento. Pero hacer algo tan formal para él la revolvía el cuerpo. Además, debía pretender ser feliz, ya que su humor afectaba a sus amigas. Quizá por eso Callie le había mandado un ramo de flores aquella mañana.

Era hora punta y el tráfico era intenso. A Regina le llamó la atención un anuncio gigante, ¿con la cara de Dell? El corazón le dio un vuelco. Pero se calmó, se había acostumbrado a ver a Dell en sueños. Pensó que estaba tan enferma de amor que lo veía en todas partes. Pero miró de nuevo. No, era Dell, sin duda era él. Y debajo de su cara, unas grandes letras rojas decían: *Por favor vuelve a casa, Regina*. Un coche le pitó. Regina continuó calle arriba. Se encontró con otro cartel en el siguiente cruce que rezaba: *Ven a verme a la mansión*.

«Alguien debe de estar tomándome el pelo», pensó. Un O’Ryan jamás hubiera hecho algo así.

Cuando giró a la derecha, se encontró con un cuarteto que estaba cantando en medio de la calle, casi bloqueando el tráfico.

–Siento mucho si te he hecho daño, Regina –cantaba un hombre–, pero por favor, regresa a casa y dame la oportunidad de expresarte lo que siento por ti.

Quizás pudieran parecer una letra y una melodía un poco ñoñas, pero al escuchar las palabras «regresa a casa» los ojos de Regina se llenaron de lágrimas.

Alguien golpeó suavemente la ventana del pasajero del coche. Era un agente de policía. Se dio cuenta de que el semáforo se había puesto en verde y ella estaba parada, el policía le sonrió.

–Dice que te diga que te necesita. Y que siente mucho haberte hecho daño. Ah, también dice que por favor te des prisa –le dijo el hombre. Regina pestañeó y asintió, pero no se movió–. Date prisa –le repitió el policía.

–Gracias –respondió ella aún boquiabierta.

–Dell es un buen hombre, lo mismo está un poco loco, o muy loco, pero es un buen hombre. Más te vale darte prisa, que lo mismo se desespera tanto que llama a una orquesta.

Regina se tragó las lágrimas y, con obediencia, puso el coche en marcha.
«Dell me necesita», pensó. No era lo mismo que amarla, pero...

–Debo verlo –dijo Regina en voz alta. Por lo menos podrían hablar cara a cara.

Durante todo el camino a casa vio los carteles en las bicis, en los autobuses, en todos los lados.

–Oh, Dell –susurró. ¿Qué le había hecho ella a Dell? Por primera vez estaba de acuerdo con Louella, Dell se preocupaba demasiado de los demás. Jamás debía haber consentido que Dell se casara con ella. ¡Mira lo que le había hecho hacer! Seguro que los antepasados O’Ryan se estaban revolviendo en sus tumbas.

Regina llegó a la mansión, aparcó y salió corriendo del coche.

–¿Dell, Dell? ¿Estás en casa? –el corazón le latía con tanta fuerza que le dio la sensación de que se le iba a salir del pecho. No había visto a Dell en tres días, pero le parecían tres años.

Escuchó un ruido amortiguado. Entonces vio a Maynard que corría hacia ella. Se acercó y lo acarició mientras él movía el rabo.

–Un perro con suerte –dijo Dell con voz profunda. Regina se giró y lo vio apoyado contra la pared.

–Tienes un perro –dijo Regina. Dell negó lentamente con la cabeza.

–No, tú tienes un perro.

–Ah, sí, claro, has olvidado que a tus empleados no les gustan los animales.

–Al diablo con mis empleados. Ya aprenderán a querer a los animales. Puede que acabemos teniendo dos o tres o más perros si vuelves a casa...

Regina cerró los ojos.

–Dell...

–Ya sé –dijo Dell–, ya sé que no te puedes quedar aquí. Ya me lo has dicho. A Regina le dolía el corazón. El alma también. Se quería quedar con él.

–Sólo dime una cosa –continuó Dell–, ¿la razón por la que no te puedes quedar es porque no me quieres?

Dell se acercó más a ella y el cerebro de Regina pareció detenerse. ¿Qué le estaba preguntando? ¿Qué responder sin quedarse totalmente al descubierto y vulnerable? En cualquier caso, el daño ya estaba hecho. Mejor sería ser sinceros.

–No, no es porque no te quiera –le contestó finalmente, con voz espesa y entrecortada.

Dell dio otro paso más hacia ella.

–¿Entonces es porque sabes que te amo y no quieres hacerme daño? –añadió Dell. Los ojos de Regina se abrieron como platos.

–No digas cosas que no son verdad. Tú me dijiste una vez que las emociones sólo complican la vida.

–Y es verdad –respondió Dell, acercándose aún más–. Pero, desde que te marchaste, he sentido como si me estuviera muriendo poco a poco. No creo que las cosas se puedan complicar mucho más.

–Dell, yo...

–Jamás te haría daño, Regina.

Y entonces, Regina explotó.

–¿Acaso no sabes que ya soy consciente de que jamás me harías daño? Jamás quisiste hacerme daño, pero sin embargo lo hiciste. Yo siento tantas cosas por ti, y me ha resultado muy difícil porque tú siempre te has portado tan bien, has sido tan agradable... Sin embargo siempre he sabido que no sentías lo mismo que yo...

–¿Qué es lo que sientes por mí? –exigió saber Dell.

Regina se quedó inmóvil, luchando contra el dolor que oprimía su pecho.

Dell negó con la cabeza.

–Tienes razón, no es justo hacerte responder a esta pregunta cuando casi te he tenido que secuestrar para que vengas aquí. Regina, te amo, te quiero con mi corazón y con mi alma. Y te he echado de menos cada minuto que no has estado junto a mí. No sé si seré capaz de vivir sin ti, pero si a ti te causa tanto dolor estar conmigo, yo...

Regina sintió una punzada en el corazón. Se acercó más a él, se puso de puntillas y lo besó.

–No, lo que me hacía daño no era estar a tu lado, sino amarte tanto y pensar que tú no me corresponderías.

Dell le devolvió un beso profundo y largo.

–Pero no he podido evitar quererte. Lo eres todo para mí –le confesó él.

–¿Como amiga? –preguntó Regina.

–Oh, sí. Pero también como amante y confidente y la mejor esposa que un hombre puede tener en el mundo.

Regina sintió algo en su tobillo. Maynard estaba jugando con su pie.

–El perro tiene buen gusto –concedió Dell.

–¿Dónde lo encontraste? ¿Tenía entendido que ya le habían adoptado?

–Le dije al amigo mío que lo había adoptado que lo quería a toda costa.

–Oh, Dell, no deberías haberlo hecho.

–¿Quieres que lo devolvamos?

–No, para nada. Quiero quedármelo.

–¿Y a mí? –preguntó Dell.

–Ya te he dado tu oportunidad de huir. Y ahora ya no voy a dejarte escapar.

–Eso me hace el hombre más afortunado del mundo –reconoció Dell entre carcajadas.

Regina sonrió y los dos se volvieron a besar. Pero un ruido que venía de la calle les llamó la atención. Abrieron la puerta y se encontraron con un grupo de gente esperando. También con un helicóptero de un canal de noticias. Las Bellas estaban al frente de la multitud.

–¿De qué va todo esto? –preguntó alguien del grupo.

–Bésala –dijo otra persona más.

Regina pestañeó debido a los flashes de las cámaras.

–Dell, todos esos carteles... parece que has llamado la atención de todo Boston –le susurró Regina al oído. Dell la rodeó por la cintura.

–No me importa ni Boston, ni el mundo entero. Sólo me importas tú. ¿He conseguido que me prestes atención?

–Oh, sí –respondió Regina–, eso te lo puedo asegurar. Y ¿no has escuchado lo que ha dicho ese hombre? Ya va siendo hora de que me beses.

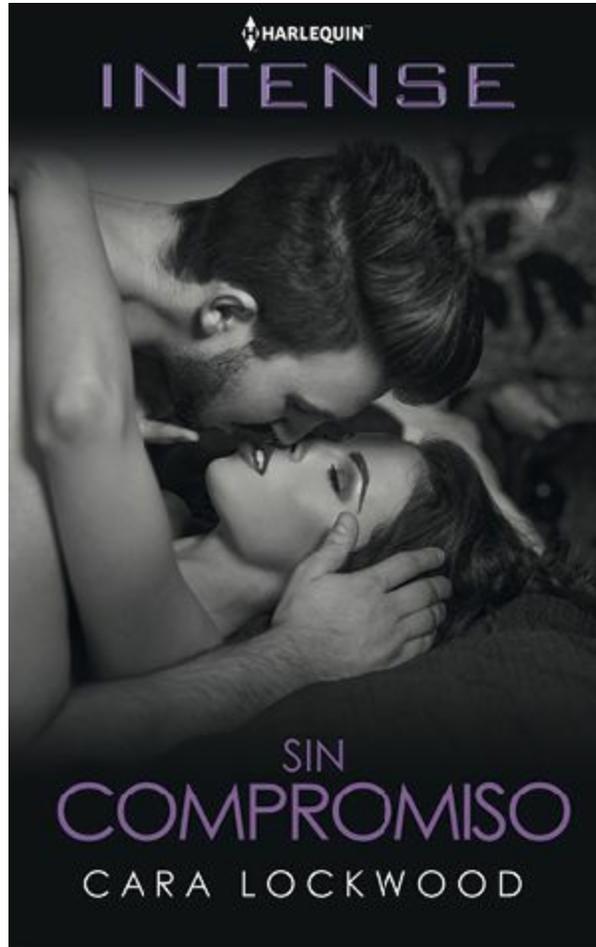
Dell obedeció las instrucciones de su esposa, y la besó.

–Estar casado contigo es lo más maravilloso que me ha pasado –dijo Dell cuando acabaron de besarse. Se sacó algo del bolsillo y lo mostró a la multitud. Luego miró a Regina y ella le devolvió una mirada cómplice–. No me dejes nunca, Regina –le pidió mientras le colocaba el collar de esmeraldas alrededor del cuello, se lo abrochó y la besó en la nuca. Regina tembló levemente, y se acurrucó en los brazos de Dell.

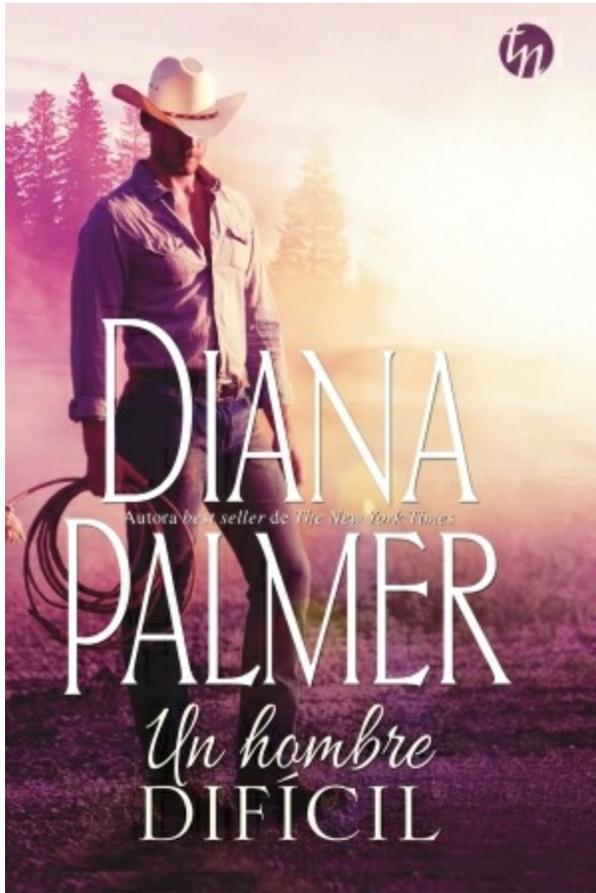
–Nunca más, Dell. Y ahora, ¿podemos ir dentro y comenzar con nuestro matrimonio desde cero?

–Siempre tienes unas ideas estupendas, mi amor –le aseguró Dell al tiempo que cerraba la puerta dejando atrás a la multitud. Estaba listo para entregarle a Regina su corazón para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



tn

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

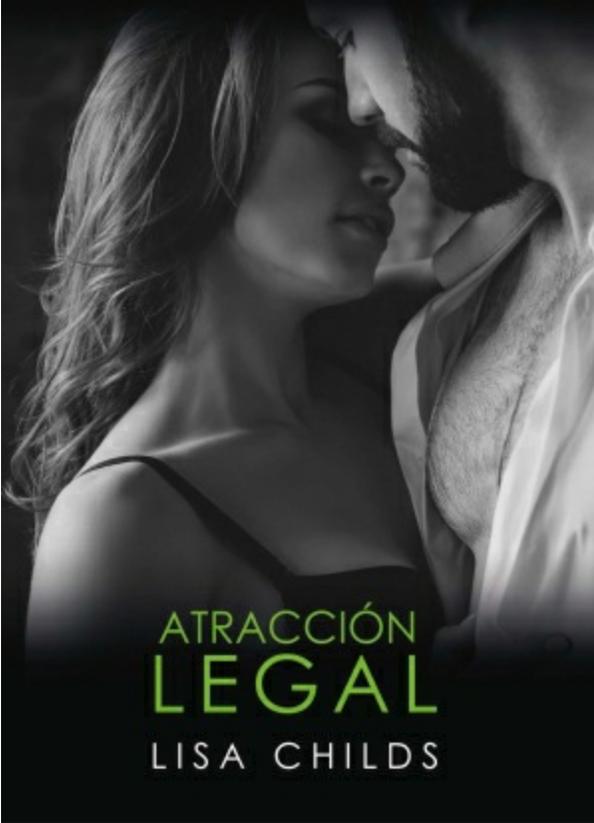
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

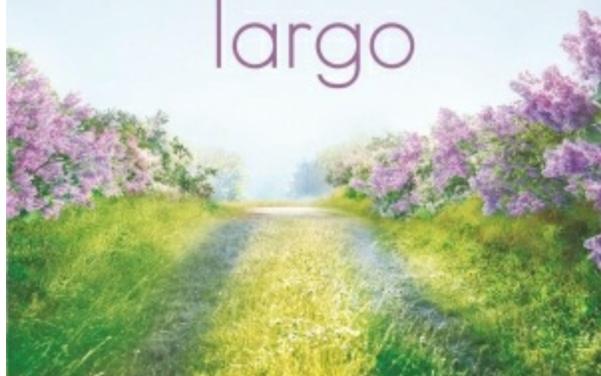
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

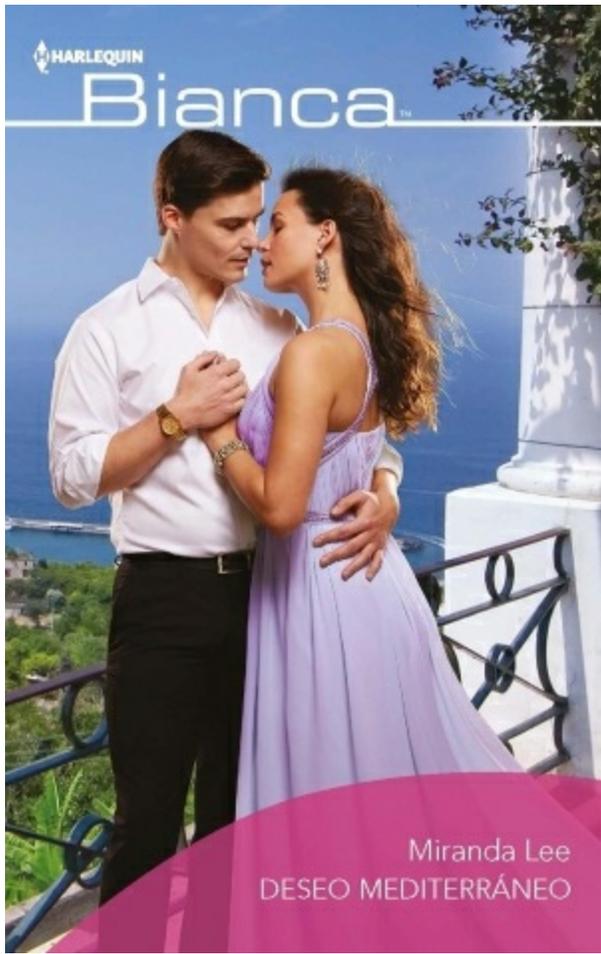
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)